



R. ORTEGA Y FRÍAS



LAS JUSTICIAS DE FELIPE II



LA NOVELA ILUSTRADA
REVISTA SEMANAL = NUMERO 313

TOMO SEGUNDO
35 CÉNTIMOS ==

2

12

2

12

R. 43.541
BIBLIOTECA
MADRID
1-7-304/8
Ramón Ortega y Frías

Las justicias de Felipe II

TOMO SEGUNDO



LA NOVELA ILUSTRADA

Director Literario: Vicente Blasco Ibáñez.

Oficinas: Mesonero Romanos, 42.

MADRID

Obras publicadas por La Novela Ilustrada

- 1.—Renata Mauperin, J. y E. Goncourt.
- 3.—El hijo de la parroquia, C. Dickens.
- 4.—Carmen, Próspero Merimée.
- 6.—El doctor Rameau, J. Ohnet.
- 7.—Humo, Turguenef.
- 8.—El pescador de Islandia, Loti.
- 9.—Raffles el elegante, E. W. Hornung.
- 10.—La Savelli, G. A. Thierry.
- 13.—Amor de española, J. B. d'Aureville.
- 15.—Fuerte como la muerte, Maupassant.
- 16.—La dama vestida de blanco, W. Collins.
- 17.—Crimen y Castigo, F. Dostoiewsky.
- 18.—Miss Meñistófeles, F. Hume.
- 19.—El sombrero del cura Cirilo, E. Marchi.
- 20.—Tiempos difíciles, Dickens.
- 23.—El hombre del antifaz negro, Hornung.
- 24.—Venganza corsa, P. Merimée.
- 25.—Padre y fiscal, F. Coppée.
- 26.—El ilustre Cantasirena, G. Rovetta.
- 27.—El ladrón nocturno, E. W. Hornung.
- 28.—El idolo de los ojos verdes, P. Brehner.
- 30.—Los buscadores de oro, E. Conscience.
- 31.—La bohemia, E. Murger.
- 33.—La peña del muerto, por Q. Couch.
- 167 al 169.—El hijo de Artagnan, P. de Feval.
- 170 al 172.—La señorita de Montecristo, C. Solo.
- 173.—El oro sangriento y
- 174.—Flor de alegría, Daniel Leuseur.
- 177.—Eugenia Grandet, H. Balzac.
- 221 a 222.—La dama de la gaza, G. le Faure.
- 223 a 234.—Los Girondinos, Lamartine, 12 t.
- 242 y 243.—El capitán Fracasa, T. Gauthier.
- 246 y 247.—El secreto del decapitado, Stacpoole.
- 251, 252 y 253.—La Maffia, Georges le Faure.
- 255.—Aventuras de Gordon Pym, Edgardo Poe.
- 257.—Werther, Goethe.
- 258.—Doloras y humoradas, Campoamor.
- 273 a 273 b.—Los pequeños poemas, Campoamor.
- Venganza africana, E. Sué.
- 265 a 272.—El judío errante, E. Sué.
- 274 a 281.—Los misterios de París, E. Sué.
- El año 2000, por E. Bellamy.
- 282.—Manon Lescaut, Abate Prevost.
- 290 a 293.—Lesage, Gil Blas de Santillana.
- 294.—Mariano de Larra.—Colección de artículos.

Colección Conan Doyle.

- 11.—Sable en mano. 12.—Al galope. 14.—La bandera verde. 21.—La tragedia del Korosko. 29.—El millón de la heredera. 43.—El robo del diamante azul.—El capitán de la Estrella Polar.—El campamento de Napoleón.

Colección Víctor Hugo.

- 35.—Bug-Jargal. 36.—Han de Islandia. 37.—El noventa y tres. 38.—El hombre que ríe; dos tomos. 39.—Los trabajadores del mar. 40.—Nuestra Señora de París.—Los miserables; dos tomos. (Agotado el primero.)—234.—El Año Terrible. 301.—El rey se divierte. Ruy Blas, Hernani. Angelo, tirano de Padua. 302.—Cromwell. Maria Tudor.

Colección Tolstol.

- 44.—Resurrección. 45.—La guerra y la paz. 46.—La sonata de Kreutzer. 47 y 48.—Ana Karenine; 2 tomos.

Colección Rocambole, por P. duTerrail.

- 77.—La herencia de los doce millones.—78.—El tonel del muerto.—79.—El club de los Veinticuatro.—80.—La rival de Baccarat.—81.—La estocada de los cien luises.—82.—El juramento de la gitana.—83.—Las dos condesas.—84.—El triunfo del mal.—85.—Rocambole tiene miedo.—86.—El espectro de la guillotina.—87.—Los caballeros del Claro de

- Luna.—88.—La sombra de Diana.—89.—El pacto de las tres mujeres.—90.—El hombre de las gafas azules.—94.—El número ciento diez y siete.—95.—La cárcel de mujeres.—96.—Los lobos de la nieve.—97.—El telegrama falso.—98.—Las garras de color de rosa.—99.—La taberna de la muerte.—100.—El fantasma de las cadenas.—101.—Las canteras del crimen.—102.—El cadáver de cera.—103.—La viuda de los tres maridos.—104.—Las fieras de la selva.—105.—El barril de pólvora.—106.—Los tres verdugos.—107.—El molino sin agua.—108.—El plan del hombre gris.—109.—El cementerio de los ajusticiados.—110.—Una cita de amor.—111.—Los dos detectives.—112.—El reo de muerte.—113.—La cuerda del ahorcado.—114.—La niña muda.—115.—El secreto de la cartera.—116.—La casa de las rosas.—117.—Los papeles del asesino.—118.—El rapto de una muerta.—119.—El hilo rojo.

Colección Dumas.

- 51 a 53.—Veinte años después; 3 tomos.—54 a 59.—El vizconde de Bragelonne; 6 tomos.—60 a 63.—El conde de Montecristo; 4 tomos.—64 y 65.—Ascanio; 2 tomos.—66 a 68.—Las dos Dianas; 3 tomos.—69 y 70.—El paje del duque de Saboya; 2 tomos.—71.—El Horóscopo.—72 y 73.—La reina Margarita; 2 tomos.—74 a 76.—La dama de Monsoreau; 3 tomos.—91 a 93.—Los cuarenta y cinco; 3 tomos.—120 a 125.—Memorias de un médico; 6 tomos.—126 a 129.—El collar de la reina; 4 tomos.—143 a 150.—Angel Pitou; 3 tomos.—151 a 153.—La condesa de Charny; 8 tomos.—165 y 166.—El caballero de Casa Roja; 2 tomos.—178 a 180.—Los compañeros de Jehú; 3 tomos.—186 a 196.—Los mohicanos de París; 11 tomos.—197 a 199.—Las lobas de Machecul; 3 tomos.—2.—Los mil y un fantasmas.

Ortega y Frías

- 130 a 138.—El Tribunal de la sangre; 9 tomos. 139 a 147.—El siglo de las tinieblas; nueve tomos.

Mayne Reid

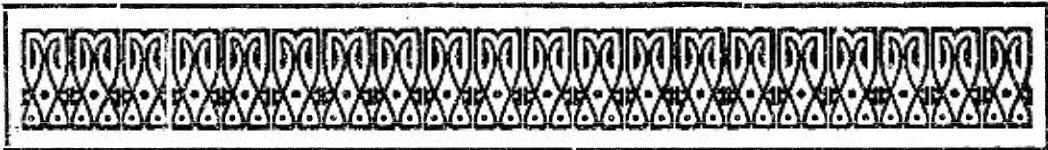
- 159.—La venganza del Amarillo. 160.—El bosque sumergido. 161.—El barco negrero. 162.—Los naufragos de la Pandora. 163.—Las dos hijas del bosque. 164.—Mano Roja. 181.—Los balleneros. 182 y 183.—El pabellón de socorro; dos tomos. 184 y 185.—La criolla de Jamaica; dos tomos.

Fernández y González

- 200 a 203.—Don Juan Tenorio; cuatro tomos. 204 a 208.—La maldición de Dios; cinco tomos. 210 a 215.—Diego Corrientes; seis tomos. 216 a 220.—El alcalde Ronquillo; cinco tomos. 235 a 139.—Leyendas de la Alhambra. 260 a 264.—Lucrecia Borgia.—La buena madre, 235 a 28.—La princesa de los Ursinos, 295 a 300.

Clásicos españoles

- 175 y 176.—Cervantes, Novelas ejemplares. 209.—Quevedo, El gran tacaño.—Guevara, El Diablo cojuelo. 241.—Moratin, La comedia nueva.—El sí de las niñas, y otras. 244 y 245.—Don Ramón de la Cruz, Sainetes. 248.—Lope de Vega.—La boba para los otros y discreta para sí.—Las bizarrías de Belisa. 249.—Tirso de Molina.—Don Gil de las Calzas Verdes.—Amar por razón de Estado. 250.—Calderón.—Casa con dos puertas mala es de guardar.—La devoción de la Cruz. 254.—Romancero del Cid. 256.—Luis Vélez de Guevara.—Reinar después de morir.—El diablo está en Cantillana.—I luna de la sierra. 259.—Moreto.—El lindo Don Diego.—El con el desdén.—De fuera vendrá...



Las justicias de Felipe II

CAPITULO XXXV

EL JURAMENTO

Saludáronse con palabras cariñosas doña Luz y Quirós, y éste, sin poder dominar su impaciencia, dijo:

—¿Qué pasa?... Nada me ocultes.

—No he pensado guardar reserva sobre lo que tanto puede influir en nuestra suerte; pero antes dime por qué estás agitado, por qué se contrae tu frente, por qué tu mirada es sombría.

—Tu dueña me ha hecho algunas indicaciones..

—Habla demasiado.

—¿Qué te importa en esta ocasión, si tú pensabas decirme todo?

—Es que quiero que sea discreta, y además, las noticias de cierta clase impresionan más o menos desagradablemente, según como se dan, y yo te hubiera dicho lo mismo sin producir tan mal efecto.

—Ahora puedes tranquilizarme con tus palabras, en cuanto la tranquilidad es posible.

—Procuraré hacerlo así.

—Tu padre, abusando de su autoridad, creyendo que sus derechos no tienen límite, promete tu mano al primero que se la pide.

—Y yo ignoraba que tal cosa hubiera sucedido, y estaba tranquila y esperando á que el tiempo y las circunstancias hiciesen desaparecer los obstáculos que se oponen á nuestra felicidad.

—Pero nuestra situación ha cambiado.

—Y lo peor de todo es que mi pretendiente ha dicho á mi padre...

—Sí, ya lo se.

—Creo que ignora quién es el hombre que ha

interesado mi corazón; pero, si se empeña, lo averiguará fácilmente, y entonces...

—Ante todo te haré una advertencia para tu tranquilidad: don Juan de Guevara es cobarde y no se atreverá á disputarme tu amor: por consiguiente, no debes temer cierta clase de sucesos que pondrían en peligro mi existencia.

—Si es cobarde, tanto peor, porque también es ruin, y apelará á la alevosía.

—Viviré prevenido.

—Mi amor me da valor para todo, y hoy lo he tenido para decirle cara á cara á don Juan, y de la manera más terminante y con tono de desdén profundo, que no lo amo ni jamás lo amaré, y que si algo me inspira es un sentimiento de repulsión invencible.

—¿Y tu padre?

—Quedó aturdido, aunque fácilmente no se aturde; pero no esperaba semejante cosa de mí, y aturdido también se sintió don Juan.

—¿Y luego?

—Nada más hasta este instante; pero mi padre me anunció para mañana una conferencia sobre tan grave asunto.

—Luz, si tienes un momento de debilidad...

—¿Acaso dudas de mi amor?

—No, pero...

—Mientras te ame como ahora, el valor no me faltará. Quizás no consiga lo que tanto anhele, lo que ha de constituir mi dicha; pero te juro que jamás seré esposa de otro y mil veces consentiré morir antes que olvidar mi juramento.

Repentinamente cambió la expresión del semblante de doña Luz.

Con el fuego de su amor brillaron sus azules y magníficos ojos, resplandeciendo como nunca su belleza sin igual.

Se puso en pie, cogió la diestra de Quirós, y le dijo:

—Ven.

El caballero obedeció maquinalmente.

La ercantadora joven dió algunos pasos, señaló hacia un cuadro de grandes dimensiones, donde estaba representada la imagen de la Virgen, y dijo con voz ahogada:

—Al pie de esta santa imagen oraba mi madre, que en el cielo está, y le dirigía súplicas al Omnipotente para que me concediese la dicha...

Se interrumpió doña Luz.

Dos lágrimas abrasadoras rodaban por sus mejillas.

Se arrodilló, puso sobre el corazón la diestra y con voz que revelaba su emoción profunda dijo:

—Ante esta santa imagen y por la memoria de mi madre adorada, que desde el cielo me escucha, juro no ser esposa de ningún hombre como no lo sea tuya.

—¡Ahl—exclamó el caballero arrebatadamente.

Y sin darse cuenta de lo que hacia, cayó también de hinojos, y exclamó:

—¡Yotambién juro por mi honor y por la memoria de mis padres, que sólo para ti será mi amor y que seré tu esposo, ó no lo seré de ninguna mujer!

Y ambos quedaron inmóviles y silenciosos, porque nada más podían decir.

¿Cómo habían de expresar lo que sentían en aquellos momentos solemnes?

Para expresar cierta clase de sentimientos no hay palabras en ningún idioma.

¡Con cuánta violencia latían sus corazones!

El llanto seguía corriendo por las mejillas de doña Luz.

Quirós no hubiera podido decir si sufría ó gozaba.

Cuando pudieron dominarse, se levantaron.

Enjugó el llanto la joven y empezó á sonreír con incomparable dulzura.

Ambos se levantaron más tranquilos y podían hablar con alguna calma de su situación.

—Ya sabes—dijo la joven—los motivos que tengo para ocultar nuestro amor á mi padre.

—Lo que no comprendo es cómo ha concedido tu mano á un hombre de las condiciones de don Juan.

—Sobre ese punto me dará explicaciones, aunque no las necesito.

—Mi rival está arruinado.

—Pero se dice que el rey quiere protegerlo, y que le concederá un puesto en su servidumbre, y así tendrá todo lo que mi padre ambicionaba y lo que tú no tienes ni puedes tener, porque tu carácter no te lo permite.

—Ni tampoco mis compromisos, ya lo sabes.

—Si el señor de Guevara no consigue el empleo, tengo la seguridad de que mi padre se considerará libre de todo compromiso.

—Pero tampoco entonces me concedería tu mano.

—No, porque no tienes cierta posición en la corte, ni siquiera pisas la cámara real, y mi padre no ha de permitir que yo sea esposa de quien no puede ofrecerme más que un nombre ilustre y honrado y riquezas, pero no esos halagos que á la vanidad proporcionan ciertas posiciones.

—Lo que sucederá el día de mañana no lo sé, pero ahora...

—Sí, es imposible que alcances, ni siquiera pretendas un puesto en la servidumbre real.

—No, no—dijo vivamente el caballero.

—Mi esperanza única se fundaba en que con el tiempo desapareciese ese capricho de mi buen padre. Es su defecto único, su manía, su flaqueza, y en vano he intentado combatirla.

—Nada conseguirás.

—Por de pronto debemos colocarnos en la situación tal como es. Yo he negado que te amase; pero don Juan no lo ha creído, y tengo la seguridad que desde hoy se convertirá en mi esposa.

—Peor para él—murmuró sordamente el señor Antonio.

—Y para nosotros también.

—Según.

—Si consigues verte entrar en esta casa...

—Se lo dirá á tu padre; pero tú exigirás la prueba.

—Lo que sucederá no es eso, sino que mi padre acechará á todas horas y concluirá por sorprendernos. ¿Qué sucederá entonces? Se irritará doblemente, y Dios sabe las resoluciones que adoptará.

—¿Y quieres que renuncie á la dicha de verte?

—No, pero...

—Entonces...

—No quiero, Antonio, y sin embargo, es preciso.

—Ya lo ves, empieza á faltarte el valor.

—Me sobra.

—Tarde ó temprano ha de conocer nuestro amor tu padre, y por consiguiente es inútil que ahora nos mortifiquemos, privándonos de lo que constituye nuestra felicidad. ¿Qué resoluciones puede adoptar tu padre? Vigilarle mucho ó encerrarte en un convento; pero mi amor encontrará medios siempre para llegar hasta ti, como tu amor te dará alientos para arrostrar todos los peligros.

Estos razonamientos no bastaban para vencer; pero á doña Luz le parecían incontestables.

No podía suceder otra cosa, porque estaba enamorada.

A través del prisma del amor todo se ve fácil, y esto consiste en que los enamorados viven en otra esfera, en otro mundo, en el de las ilusiones, y muy difícilmente se colocan dentro de la vida real.

Sin sentir que pasaba el tiempo, porque las horas les parecían minutos, continuaron su amorosa plática.

Cruzaron frases de inmensa ternura y miradas de fuego con las que mutuamente abrasábanse el alma.

Entretanto la señora Justina dormitaba.

Dieron las tres.

—Es muy tarde—dijo entonces doña Luz.

—Muy temprano para mi corazón.

—Vete, que aunque no quisiera separarme de ti...

—Hasta mañana, Luz de mi alma.

—No me atrevo tan pronto...

—¿Quién sabe cuál es el día destinado para nuestra desdicha?

—Es verdad—murmuró doña Luz.

Despidiéronse con palabras muy tiernas y otras demostraciones que del caso no son, puesto que la dueña, aunque allí se encontraba, no era un estorbo.

Para que despertara tuvo que moverla doña Luz.

—“Padre nuestro, que estáis en los cielos”—murmuró la vieja mientras abría los ojos.

Y dijo luego:

—Por siempre alabado y bendito. Amén.

Y guardó el rosario, se puso en pie y tomó la palmatoria.

La siguió el caballero, y ambos salieron de la cámara.

—¿Y en qué habéis quedado?—preguntó la dueña.

—No cambiaremos de conducta.

—¡Horror!...

—Tomad—dijo Quirós, poniendo en la diestra de la señora Justina algunas monedas.

—Os aseguro, señor caballero, que no tengo un instante de tranquilidad.

—No es el peligro tan grande como os parece.

—Y no puedo negarme á complaceros, porque se me parte el corazón al ver sufrir á mi noble señora. Soy débil, lo confieso, y cuando la pobrecita empieza á llorar, no reparo en nada y cometo todas las locuras. ¿Quién había de creer que yo, siempre tan severa y tan fiel para el cumplimiento de mis deberes, había de hacer lo que hago? Mentira parece... ¡Que Dios me perdone!... Aunque, bien pensado, no hay razón para que el señor don Luis mortifique así á su hija. ¿Por qué se opone á vuestro casamiento? Sois noble y rico, quizás tan rico como mi señor; pero... En fin, yo bien lo sé: á mi noble señor se le ha metido entre ceja y ceja una manía, y no se le irá fácilmente. Pretended un empleo, señor de Quirós; venid á esta casa diciendo que sois gentil hombre de la cámara de su majestad, y veréis cómo don Luis, sin meterse en más averiguaciones, os concede la mano de su hija.

—Eso no sucederá.

—Pues debéis tomar mi consejo, y después que os hubiéseis casado, como ya lo hecho no podría deshacerse, dejaríais el empleo y mi noble señor tendría paciencia. Es menester ingeniarse, caballero, porque en este pícaro mundo no todo se consigue con la justicia y la razón, sino que para muchas cosas es habilidad lo que se necesita.

La vieja siguió hablando sin que la escuchase el señor Antonio.

Llegaron á la puertecilla, que la dueña abrió, diciendo:

—Que la Virgen Santísima os acompañe.

El caballero salió.

Cuando estuvo en la calle miró á todos lados.

La oscuridad era la misma.

No encontró su mirada más que el espacio tenebroso.

¿Y don Juan de Guevara?

En el hueco de la puerta, inmóvil, anhelante y no del todo tranquilo, pues temía que su rival lo descubriese.

Preocupado con su crítica situación, alejose el señor Antonio lentamente.

El señor de Guevara lo siguió á larga distancia y mientras decía:

—¿Quién es?

Dejaron atrás varias calles, y llegaron á la de la Almudena y al sitio conocido por las Platerías.

Había por aquel tiempo allí una hostería, de la que muchos decían que era la mejor de la corte.

A su puerta llegó el señor Antonio, y llamó. Abrieron y entró.

—No tiene casa en Madrid—murmuró don Juan.

Reflexionó por algunos momentos, y luego dijo:

—Mañana sabré quién es mi afostunado rival. Lo dejaré dormir con sus ilusiones, y yo me iré con mis celos, mi desesperación, mi horrible martirio. ¡Vive Dios!... La fortuna me sonreía; pero empieza á volverme la espalda. Me dieron la noticia de que no estaba libre el corazón de doña Luz y en seguida se le perdió el papel á don Pedro, y luego doña Luz, con una desvergüenza inconcebible, me dice cara á cara, no solamente que no me amará, sino que mi presencia la repugna, que me aborrece. No es extraño, puesto que su corazón es de otro... ¡Por el infierno!... Tal vez no consiga yo realizar mi anhelo; pero tampoco setá para otro la belleza incomparable de esa mujer que me ha trastornado el juicio.

Al decir esto se alejó don Juan.

CAPITULO XXXVI

DON JUAN AVERIGUA

Muy mulla noche pasó don Juan; pero se levantó temprano, reflexionó otra vez y adoptó una resolución sin vacilaciones.

Ante todo necesitaba saber quién era su rival, tan afortunado como odiado.

De la posada salió el criminal, encaminándose á Platerías, adonde llegó cuando daban las ocho.

Entró en la hostería, donde había estado otras veces á comer con unos amigos, lo cual era una ventaja, porque ya conocía hasta cierto punto al hostelero.

No era éste notable en ningún sentido, ni por su persona, ni por sus cualidades, pues no era

ni alto ni bajo, ni flaco ni gordo, ni su semblante tenía nada de particular; y en cuanto á su inteligencia, era como la de todo el mundo.

Ganaba bastante con su hostería, porque era trabajador y sabía complacer á sus parroquianos.

Entre otros defectos, tenía el de la avaricia, complaciéndose en ahorrar, en acumular dinero, si bien lo hacía, no precisamente por el placer de atesorar, sino con el fin de vivir descansadamente los últimos años de su vejez.

No era tan discreto como debía; pero tampoco malintencionado, ni hubiera cometido una mala acción á sabiendas de lo que hacía.

Llamábase Bonifacio, tenía cincuenta años y hacía diez ó doce que se estableció como hostelero.

En un pequeño aposento del piso bajo, donde no había más que dos mesas, entró don Juan.

El señor Bonifacio acudió, sonriendo y haciendo profundas reverencias.

—Aquí me tenéis—dijo—para serviros en cuanto sea menester.

—Primeramente me daréis de almorzar, y luego nos ocuparemos de otra cosa que necesito.

—¿Y qué queréis?

—Lo que bien os parezca, señor Bonifacio.

—Procuraré dejaros complacido; y si lo que os traiga no os parece bien, me lo direis con franqueza para serviros otra cosa.

Pocos minutos después almorzaba don Juan.

Cuando terminó, y mientras sorbo á sorbo apuraba una copa de Jerez, le dijo á maese Bonifacio:

—Si nada teneis que hacer ahora, escuchadme.

—Lo único que tengo que hacer es cumplir vuestras órdenes.

—Quiero cambiar de domicilio, porque no me encuentro bien donde estoy, y he pensado en vuestra casa, porque siempre que aquí he venido he visto limpieza, orden y sosiego, y porque de vuestra honradez se hace lenguas todo el mundo.

—Cumpla mis deberes y nada más, señor caballero, y tengo el gusto de que nadie haya salido de mi casa sin quedar complacido. Me pagan, y mi obligación es servir bien.

—¿Teneis mucha gente ahora?

—Muy poca es la que hay todos los años por este tiempo. Hace pocos días ni una habitación había ocupada.

—¿Y ahora?



—Uno de los aposentos del piso principal.

—¿Qué clase de persona es?... Y os lo pregunto, no por satisfacer mi curiosidad, sino porque conviene saber entre qué clase de personas vivimos.

—Pues es un caballero que parece muy honrado. Habla poco, y poquísimo me molesta, y por añadidura me paga muy generosamente.

—Si es un caballero...

—Tal vez no lo conoceréis, porque tengo entendido que no vive en Madrid más que por temporadas, y que tiene su casa en no sé qué pueblo de Castilla la Vieja.

—Su nombre?

—El señor Antonio de Quirós.

—¡Antonio de Quirós!—murmuró don Juan en tono de extrañeza.

—No lo conocéis, ¿es verdad?

—Nunca oí semejante nombre, aunque sí sé que es ilustre el apellido Quirós.

—Así lo tengo entendido.

—Y decís que paga con largueza...

—Y bien se le conoce que no es por vanidad, sino porque el dinero le sobra. Visté con tanta sencillez, que no parece más que un simple hidalgo de mediano caudal; su vida es muy arreglada, aunque tiene la costumbre de recogerse bastante tarde todas las noches.

—Entonces...

—Pero en cambio apenas sale durante el día, y creo que esto consiste en que como hace tanto calor, espera á que llegue la noche para pasearse. Yo haría lo mismo si no tuviese la obligación de madrugar y mis ocupaciones me permitiesen dormir la siesta.

No necesitaba don Juan hacer más preguntas para saber quién era su rival; pero no lo conocía, y no había mentido al decir que nunca oyó pronunciar su nombre.

Era indudablemente un caballero, quizás de tan noble alcurnia como él, y en cuanto á riquezas debta suponerse que las poseía.

Muy poco tuvo que reflexionar el señor de Guevara.

—Está bien—dijo después de algunos minutos.—A vuestra casa me vendré si me conviene la habitación y el precio.

—Espero que así sucederá.

—Os advierto que yo también me recojo tarde de noche, y que apenas salgo durante el día.

—¿Y qué me importa?

—Mis negocios y mi posición me obligan á ir

con frecuencia al Escorial cuando allí se encuentra la corte.

—Comprendo.

—Pero eso á vos no ha de perjudicaros, porque yo pagaré mi habitación lo mismo cuando me encuentre en Madrid que fuera.

—Entendido.

—Pues cuando bien os parezca veremos las habitaciones del piso principal.

—Estoy á vuestras órdenes, señor caballero.

—Vamos, pues.

Subieron.

Maese Bonifacio designó la puerta de la habitación que ocupaba el amante de doña Luz.

Enfrente había una de las desocupadas, y otras á los lados.

Todas las vió don Juan.

Calculó detenidamente mientras entraba y salía, y al fin dijo:

—Aquí me quedaré.

El aposento elegido era el que estaba frente al del señor Antonio.

—Advertid, y perdonar la observación—le dijo el huésped—que esta habitación no tiene vistas más que al patio, y por consiguiente menos luz.

—Pero me parece más fresca que las otras, y mejor para este tiempo.

—Eso sí.

El lector debe tener presente que estamos en el mes de Agosto, y que por consiguiente el calor era mucho, y á nadie debía sorprender que el señor de Guevara eligiese la habitación más fresca.

Preguntó el precio, que le pareció muy bien; y desde luego pagó el importe de un mes adelantado, añadiendo dos ducados en concepto de percançe.

Maese Bonifacio hizo nuevas reverencias y dió las gracias á don Juan, prometiéndole complacerlo en cuanto le fuese posible.

Despidióse don Juan y salió sin decir su nombre, como si fuese olvidado.

El hostelero contó varias veces las monedas, se frotó las manos, y exclamó alegremente:

—¡Me protege la fortuna! Me parece que tampoco este caballero me incomodará mucho. ¿Y cómo se llama? Se me ha olvidado preguntárselo, y á él decírmelo. Debe ser persona muy conocida, puesto que anda entre los cortesanos.

El señor de Guevara, que no quería perder el tiempo, se encaminó á la vivienda de don Luis

de Guzmán, con la resolución firme de descargar el primer golpe contra su rival.

CAPITULO XXXVII

DON JUAN DESCARGA EL PRIMER GOLPE

Aún no había conferenciado con su hija don Luis; pero pensaba hacerlo aquella misma mañana, y no había salido porque quería reflexionar detenidamente.

Ya iba á mandar que á doña Luz llamasen, cuando le anunciaron la llegada de don Juan.

—Que entre—dijo don Juan.

El criminal se presentó.

Saludáronse muy cortésmente, y luego dijo el anciano:

—Señor de Guevara, habéis venido demasiado pronto, porque aún no he hablado con mi hija.

—A pesar de eso, ha de interesaros mucho nuestra conversación.

—¿Tenéis que darme alguna noticia?

—De grandísima importancia, aunque desagradable.

—No me sorprende, don Juan, porque desde hace algunos días todo son disgustos y contrariedades. "Bien vengas, mal, si vienes solo", dice el adagio, y esta verdad se está cumpliendo ahora.

—Lo mismo me sucede á mí que á vos.

—Vuestro semblante...

—No puede decirnos nada bueno.

—Verdad es que lo que ayer sucedió...

—Ninguna importancia tiene comparado con lo que ha sucedido después.

—En cuidado me ponéis, don Juan.

—¡Oh!... Es tan grave la situación...

—Explicáos.

—Sí, me explicaré con franqueza, y perdonad si no busco palabras suaves, porque me parece preciso decir la verdad desnuda y calificar los hechos como son.

—Así me complaceréis.

—Pues bien: doña Luz, con una serenidad que apenas se concibe, os engañó ayer cuando dijo que su corazón estaba libre.

—¡Caballero!...

—Sí, mentía—repuso don Juan sin poder contenerse.—Y ya tengo la prueba, y Dios sabe lo que he sufrido. ¡Y me miraba con desdén la que estaba cometiendo el crimen de engañar á su padre!

—Imposible, imposible.

—Imposible decís!—replicó el señor de Guevara con tono de amargura.

—La prueba, don Juan, la prueba, y por mi honor os juro que si no justificáis lo que acabáis de decir, os mataré.

Y los ojos de don Luis brillaron como si en su alma se encendiese de nuevo el fuego de la juventud.

Su mirada intensa y terrible se fijó en el criminal.

—¡Por Dios vivo!—añadió.—Es demasiado grave lo que acabáis de decir.

—Y mucho más grave lo que todavía no he dicho.

—¡Más aún!...

—Sí, caballero.

—Acabad, porque quiero saberlo todo, aunque sea muy horrible.

—Anoche á las doce en punto se introdujo en esta casa un hombre.

—¡Por Satanás!—exclamó don Luis, poniéndose en pie.

Y su rostro se tornó lívido, y sus manos temblaron convulsivamente á impulsos de la ira.

No pudo en aquellos momentos pronunciar una palabra más.

Sentíase ahogado por el coraje.

Un hombre tan severo y tan celoso de su honor, debía sufrir lo que apenas puede concebirse.

Después de algunos minutos volvió á sentarse. Se oprimió las sienes.

Esfuerzos sobrehumanos hizo para recobrar la calma en cuanto era posible entonces, y dijo al fin:

—Señor de Guevara, se trata de mi honor.

—Ya lo sé.

—Y no olvidéis que me llamo Guzmán.

—Tampoco lo olvido.

—¡Ay del que mi honor haya empañado!

—No tanto como eso, don Luis; pero sí es indudable que vuestra hija ha olvidado lo que no deber olvidar una mujer de su clase.

—¿Cómo sabéis que un hombre entró en mi casa?

—Porque lo vi.

—¡Oh!...

—Y salió á las tres de la madrugada.

—¿Y qué hicisteis entonces?

—Lo seguí para averiguar quién era.

—¡Vive el cielo! ¿Y por qué no lo matásteis?

Era vuestro rival, acababa de cometer un abuso, hería profundamente la reputación de la mujer que ha ser vuestra esposa, manchaba mi honor, y vos, como prometido de mi hija, tenéis la obligación de defender mi honra, y como enamorado ha debido encenderse vuestra sangre... ¡Ira del cielo!... ¿Cómo habéis podido permanecer impassible? ¿Por qué no habéis matado á ese hombre, por qué?

Don Juan se sintió, no solamente mortificado, sino avergonzado.

En buenas palabras le había llamado cobarde don Luis.

¿Como se defendería?

Su ingenio le suministraba recursos para todo, y replicó:

—Si nos dejásemos llevar de los primeros impulsos, de los arrebatos de la ira, cometeríamos muchas torpezas, muchas locuras, y nos colocaríamos en situaciones muy difíciles, dando á nuestros enemigos todas las ventajas y quedando comprometidos nosotros.

—Todo eso es verdad; pero...

—Señor don Luis, lo primero que tiene que hacer el hombre es aprender á dominarse.

—Ciertamente.

—Cuando llegue el caso sabré volver por mi honra y defender la vuestra, y también dar satisfacción al odio que en mi alma ha encendido ese rival afortunado. ¿Creeis que pienso dejar este asunto como se encuentra y concretarme á hacer observaciones para deplorar luego mi desdicha? Pues os equivocáis, caballero.

—No he puesto en duda vuestro valor.

—Lo que quiero es dar el golpe sobre seguro para aniquilar á mi enemigo; y si ahora me contengo, sufro y callo, es para poder desahogarme después y gozar con mi triunfo, ó por lo menos con mi venganza.

El señor de Guzmán se pasó las manos por la frente, que abrasada sentía.

—Estoy trastornado —murmuró—, y no lo extrañéis, don Juan, porque lo que habéis dicho es más que suficiente para que en ira estalle el hombre de más calma. Continuemos, que procuraré dominarme; seguiré vuestros consejos, y disimularé para descargar el golpe con mayor seguridad y más terriblemente.

—Sí, escuchadme con cuanta calma os sea posible, y tened entendido que si la ira arde en vuestro pecho, el fuego del infierno está en el mío.

—Ya escucho.

—Seguí á mi rival, á quien me era imposible reconocer con la oscuridad de la noche, y hasta las Platerías fuimos.

—¿Y allí?...

—Se metió en la hostería de maese Bonifacio.

—Pero su nombre...

—Hoy he ido á la hostería, he almorzado, he alquilado una habitación, y he conseguido averiguar que el hombre que mancha vuestra honra y se presenta como un estorbo para mi dicha, se llama Antonio de Quirós.

—¡Antonio de Quirós! No es posible.

—Maese Bonifacio asegura que mi rival es un caballero, que aunque viste con modestia, es muy rico y gasta el dinero como corresponde á su clase. Según parece, tiene su casa en una población de Castilla la Vieja, y...

—En Toro.

—¿Lo conocéis?

—Allí vivió un amigo mío que Antonio de Quirós se llamaba; pero murió hace bastantes años, y...

—Quizá éste...

—¡Ah!... Tenía un hijo.

—Entonces ya sabéis quién es.

—¡Misericordia divina! ¡El hijo de Quirós es el amante de mi hija; el hijo de Quirós es el que mancha mi honra, cuando su padre hubiera dado mil veces la vida por defender mi honor! Tenía ideas muy extravagantes: odiaba al emperador, lo cual no es extraño, porque su padre murió en Villalar, y él, aunque joven, tomó alguna parte en aquellos sucesos desgraciados; tampoco miraba con buenos ojos á Felipe II.

—Así se explica que, á pesar de la nobleza de su clase y de sus riquezas, viva tan retirado, y que ni siquiera amigos tenga en la corte, pues si los tuviese yo lo conocería.

—Supongo que nada más sabéis.

—Es cuanto necesitamos.

—De manera que ese hombre...

—Se introduce á media noche en esta casa.

Don Luis inclinó la cabeza sobre el pecho, cerró los ojos y quedó inmóvil.

El señor de Guevara esperó ansiosamente la resolución.

Después de algunos minutos, el anciano levantó la cabeza y preguntó:

—¿Por qué puerta entró ese hombre?

—Por la que da paso á las caballerizas.

—Necesito á toda costa sorprenderlo al lado.

de mi hija para que así no pueda defenderse con ningunas razones y tenga que reconocer que es justo el castigo; pero, ¿cómo lo conseguiré? Necesito la ayuda de otra persona, y en nadie tengo confianza, pues deben ser traidores mis criados cuando tales cosas suceden.

—Contad conmigo, don Luis.

—¿Y cómo me ayudaréis?

—Me parece muy fácil.

—Aconsejadme, porque estoy ofuscado.

—Todas las noches acecharé, y vos, fingiendo que nada receláis, os levantaréis á las doce y esperaréis junto á este balcón, con el oído atento y sin hacer el más leve ruido.

—Comprendo.

—Cuando entre Quirós, yo silbaré, y vos, siempre silenciosamente, bajaréis, abriéis la puertecilla...

—Y entraréis y quitaré la llave.

—Y quitaréis también la de la puerta principal, de manera que nadie pueda salir.

—Y entonces...

—Iremos á la cámara de doña Luz, y además de sorprender al seductor, conoceremos al traidor que le ayuda.

—Todo eso se hará con una condición.

—Decid.

—Juraréis que os concretaréis á ser espectador mudo.

—Don Luis...

—Sobre ese punto no transigiré.

—Pensad que al ver á ese hombre al lado de la mujer á quien amo con delirio...

—Os dominaréis lo mismo que anoche.

—¡Oh!...

—Medid vuestras fuerzas, don Juan, y si estáis seguro de que habéis de cumplir lo prometido...

—Lo cumpliré, aunque tenga que destrozar-me el alma.

—Pensadlo bien ahora.

—De todo, soy capaz si consigo lo que deseo.

—Está bien.

—Pero conste que luego quedaré en libertad para hacer lo que me parezca que conviene á mi honor.

—Sí.

—Pues mucha prudencia y disímulo.

—Descuidad.

—He concluído.

—Yo también.

—Pues que Dios os guarde.

—Y á vos os gufe.

Ni una palabra más dijeron.

Don Juan de Guevara salió más tranquilo, porque ya tenía la seguridad de vengarse y de inutilizar completamente al noble Quiros.

Don Luis quedó solo en su cámara y se entregó á las más tristes y desconsoladoras reflexiones.

Ya no quiso hablar con su hija de semejante asunto, y se concretó á esperar el desenlace, que debía ser el más triste para todos, menos para el señor de Guevara.

CAPITULO XXXVIII

SORPRESA Y CONFUSIÓN

Llegó la noche, cuyas horas pasaron con lentitud para el traidor, pues anhelaba con ansiedad creciente el instante de su venganza.

Se había instalado en la hostería, y antes de las once salió, yendo á situarse en el hueco de la puerta que la noche anterior le había dado abrigo.

No estaba la noche tan oscura, pues ni la más ligera nube empañaba el horizonte, y á la tierra llegaba alguna claridad de las estrellas.

Las doce dieron, y con la exactitud del reloj, el amante de doña Luz entró en la calle, se detuvo, llegó á la puertecilla y llamó.

Pocos momentos después entraba Quirós, y la puerta se cerraba sin producir el más leve ruido.

Con desigual violencia latió el corazón de don Juan.

Sintió como si á su rostro afluyese toda su sangre.

El miedo y la ira le hacían temblar.

Había prometido más de lo que podía cumplir, pues siendo tan cobarde como era, le faltaba el valor para ponerse frente á su rival.

En aquellos momentos no corría don Juan ningún peligro; pero ¿y después?

Bien comprendía que no era posible que el señor de Quirós lo perdonase.

Lo repetimos, había prometido con demasiada ligereza, y ya era tarde para retroceder.

Don Luis esperaba, y además la ocasión no podía ser más oportuna.

Esperó don Juan algunos minutos, para dar tiempo á que el señor Antonio llegase á la cámara de doña Luz, y luego silbó, según lo convenido con el señor de Guzmán.



Este esperaba, contando los minutos como se cuentan los de la agonía.

No hay amargura tan triste, tan desconsoladora, como la del desengaño, y más que lo que pudiera sufrir su honor, atormentábale á don Luis la reserva, el fingimiento y la mentira de su hija.

En ésta había tenido siempre ciega fe, y la prueba la hemos visto, y por consiguiente el desengaño fué doblemente terrible.

Hubiera querido el caballero que don Juan de Guevara mintiese ó hubiese soñado, creyendo que su ensueño era una realidad; pero, desgraciadamente, no había sucedido así.

Cuando dieron las doce se cubrió de nerviosa palidez el rostro del anciano.

Mortal angustia se apoderó de su alma.

—¡Dios mío!—exclamó, elevando al cielo una mirada de súplica desgarradora.—¡Salvad á mi hijo!

No puede imaginarse cosa tan extraña como la petición que acababa de hacer el caballero al Omnipotente.

Empero nada tenía que ver su deseo de que resultase mentira cuanto había dicho don Juan para que anhelase también salir de dudas.

Oyó el silbido, y se desvaneció su última esperanza.

Se puso en pie y tomó la palmatoria que había encendido algunos minutos antes.

Saló de su cámara.

Se detuvo para escuchar.

Le pareció percibir un rumor muy leve.

¡Pobre anciano!

Lo que sufría no tiene explicación.

Sin producir ni el más leve ruido atravesó varios aposentos, bajó, siguió por un pasillo y llegó al fin á la puertecilla.

Temblaba convulsivamente.

Le faltaban las fuerzas, no porque fuese coarde, sino porque era padre y se trataba de su hija, á la que amaba con frenesí.

—¡Dadme fuerzas, Dios mío!—exclamó.

Y su diestra, convulsa, dió vuelta á la llave, abriéndose la puertecilla y presentándose don Juan de Guevara.

No hubiera podido decirse cuál de los dos estaba más pálido.

Contempláronse por algunos momentos.

—¿Lo habéis visto?—preguntó con voz insegura don Luis.

—Y dentro de vuestra casa lo tenéis.

—¿Estáis seguro de no haberos equivocado?

—Debéis comprender que la equivocación era imposible.

—Sin embargo, muchas veces las apariencias...

—Miradme bien, don Luis; decidme si estoy despierto, y...

—Basta, basta.

—A menos que mi razón se haya trastornado.

—No es menester nada de eso, don Juan; pero bien sabéis que ejemplos hay de haber visto lo que no existe, particularmente cuando al tra nos trastorna ó nos devora la fiebre.

—¡Vive el cielo!... Aún parece que dudáis, lo cual me ofende, don Luis; pero vuestras dudas se desvanecerán muy pronto, por vuestra desgracia y por la mía.

—Como se trata de mi honor, no debe sorprenderos que yo necesite ver para creer.

—Me parece que estamos perdiendo un tiempo precioso.

—El seductor no puede irse.

—Pero cuanto más pronto acabemos...

—Es verdad... Vamos.

Don Luis quitó la llave y la guardó en uno de sus bolsillos.

Fueron á la puerta principal, haciendo lo mismo, y luego, paso entre paso y con el silencio de dos sombras, atravesaron algunos aposentos y empezaron á subir la escalera.

Entonces sucedió lo que nada de particular tenía; es decir, que el anciano, por efecto de su conmoción, cada vez más violenta, de su falta de agilidad, tropezó ó resbaló, que para el caso es lo mismo, al subir el último escalón.

Perdió el equilibrio, vaciló su cuerpo y hubiera caído si no lo sostuviese el señor de Guevara; pero si éste evitó la caída del anciano, no pudo evitar la de la palmatoria, que, al chocar contra el pavimento, como era de metal, produjo bastante ruido.

—¡Por el infierno!—exclamó don Juan.

—¡Oh!—murmuró sordamente don Luis.

Y quedaron inmóviles y silenciosos.

Quiso la casualidad que no se apagase la luz, y esta circunstancia fué para ellos una gran fortuna.

¿Y los dos amantes?

De su amor hablaban, cruzando miradas ardientes y cambiando frases de ternura inmensa, mientras la señora Justina empezaba á dormitar.

Bastante lejos de la escalera se encontraban, y aunque leve y confuso, llegó á sus oídos el ruido que produjo la palmatoria al caer.

—¡Ahl—exclamó doña Luz, palideciendo y poniéndose en pie.

Y también se levantó la dueña, estremeciéndose y mirando hacia la puerta con terror.

—¿Qué sucede?—dijo el caballero.

—¿No has oído?

—Sí, algo; pero...

—¡Dios mío!

—Vete, vete, Antonio.

—Esperad—dijo la señora Justina.

Y se acercó á la puerta, se inclinó, levantó la cortina y escuchó.

Pocos minutos después retrocedió.

El terror se pintaba en su semblante.

—¡Estamos perdidos!—exclamó.

—Pero...

—Es indudable que mi noble señor...

—¡Oh!

Y si es que sospecha, nos habrá cortado la retirada.

—¡Dios misericordioso!—exclamó la joven.

Sombria y terrible se tornó la mirada del caballero.

La dueña, á pesar de toda su timidez, fué la que mostró más serenidad, y asiendo por una mano al señor Antonio, le dijo:

—Venid por este lado...

—No, no—replicó enérgicamente y con voz reconcentrada Quirós.

—Sí vendréis, caballero; porque no se trata solamente de vos, sino de mí, que me he comprometido... Seguidme... Y vos, doña Luz, leed, rezad, haced cualquier cosa... Vamos, vamos.

Ya no resistió el señor Antonio.

La enamorada joven se arrodilló en su reclinatorio, cruzó las manos, inclinó la cabeza y quedó inmóvil.

La dueña había tomado la palmatoria de que antes se había servido, dejando la bujía en la cámara y saliendo con el señor Antonio por otra puerta: la del dormitorio de doña Luz.

Ya era tiempo, pues no bien habían dejado caer la cortina, cuando por la otra puerta entraron don Luis y don Juan.

El rostro del primero parecía el de un cadáver.

Dieron algunos pasos y se detuvieron, fijándose en la joven, que levantó la cabeza y exclamó como sorprendida:

—¡Ahl... ¡Padre mío!... ¡Y vos también!... ¿Qué significa esto?

Y se puso en pie.

La escena que entonces tuvo lugar apenas puede describirse.

A todos lados miró don Luis, y empezó á reflexionar, como quien se siente libre de una mano que le ahoga.

—¿Con quién hablabais?—preguntó.

—Con nadie.

—He oído...

—Tal vez mi voz, porque rezaba y... lloraba... Pero...

—Y otras voces—interrumpió don Juan.

—Caballero—replicó severamente doña Luz—, lo que yo digo no se pone en duda.

—Señora...

—Basta; que mi decoro estáis ofendiendo. ¿Por qué, padre mío, entráis en mi cámara á estas horas con una persona extraña? Si me hubiese encontrado durmiendo ó desnuda... ¡Oh!... Y aun vestida como estoy, ¿es posible, padre y señor, que hayais olvidado que la cámara de una mujer pudorosa es un santuario donde no puede penetrar ningún hombre sin hacer al pudor la más grave ofensa?

—Doña Luz...

—Señora—dijo don Juan, sin poder contenerse—, para entrar en este santuario tiene sin duda privilegio el hombre á quien secretamente amais, y si hay derecho para poner en duda vuestras palabras, lo hemos de ver muy pronto. Don Luis, concluyamos, que cada minuto que nos detenemos es un tesoro que se pierde.

—Sí; quiero que no quede sombra de duda.

Y el señor de Guzmán y el traidor, salieron por la misma puerta por donde pocos minutos antes habían salido la dueña y Quirós.

¿Conseguiría éste salvarse?

Era imposible, puesto que las puertas estaban cerradas, y la casa no tenía más que un patio, medio corral, medio jardín, con paredes demasiado elevadas para que pudieran escalararse.

No le quedaba el recurso de ocultarse en cualquiera rincón, desván ó interior de un mueble, pues todo, y muy escrupulosamente, habían de registrarlo.

Toda la extensión de su desgracia la comprendió el señor Antonio al llegar á la puertecilla y ver que habían quitado la llave.

—¡Por el infierno!—exclamó.

—Por aquí—le dijo la dueña, que aquella no-

che estaba dando pruebas de una astucia y de ingenio sin igual.

Y retrocedieron.

Y con cuanta prisa podían atravesaban pasillos y habitaciones.

Y claramente oyeron el ruido de los pasos de sus perseguidores.

Estos, á medida que registraban y avanzaban, iban cerrando puertas y llevándose la llave, reduciendo así el número de habitaciones y la extensión de terreno en que podían moverse los perseguidos.

No podía ser mayor el apuro.

Entraban en los dormitorios de los criados, para mirar también debajo de las camas, y así pudieron ver que nadie había en el de la dueña.

Esto era otro indicio.

—Ya sabeis quién es el traidor—dijo don Juan.

—Falta la señora Justina; pero, ¿dónde está?

Y unos y otros continuaron yendo y viniendo.

Muy poco faltaba ya que registrar en el piso bajo.

Todos los sirvientes habían ido despertando y preguntando qué sucedía; pero don Luis los dejaba sin darles contestación.

Particularmente la doncella de doña Luz, que era joven y bonita, mostróse airada al ver que en su dormitorio había penetrado su señor, con las circunstancias agravantes de ir en su compañía don Juan de Guevara.

Y otra circunstancia mucho más grave había, pues como era el mes de Agosto, y el calor sofocante, la doncella dormía con el más completo descuido, y dejando muy en descubierta su persona, de lo cual resultó lo que era forzoso que resultase, si bien ni don Luis ni don Juan, preocupados como iban, pudieron fijar mucho la atención en lo que por su belleza lo merecía.

Aturdidos estaban todos los criados, iban de un lado para otro, se preguntaban sin poder contenerse y hacían toda clase de comentarios.

Si había ladrones, ¿por qué no había pedido auxilio don Luis?

¿Y qué significaba la presencia del caballero que lo acompañaba?

Y entre tanto, la desgraciada doña Luz sufría lo que apenas se concibe.

No había salido de su cámara, y de una puerta iba á la otra para escuchar con ansiedad angustiosa.

Oía pasos y voces; pero no podía salir de dudas.

¡Situación horrible!

¿Y cómo terminarla?

Cuando los perseguidos no tuviesen más que una habitación donde moverse, ¿qué harían?

Y estaba muy cercano el momento en que así había de suceder.

—¡Vive Dios!—exclamó el señor Antonio al oír las voces de los criados.—Ya lo veis, toda la casa se ha puesto en conmoción.

—A pesar de eso...

—Inútil es que demos vueltas, porque llegará un momento en que no podremos avanzar, y al retroceder nos encontraremos con vuestro señor.

—¡Callad!...

—¡Fuego del infierno!... No quiero huir...

—Yo estoy comprometida también y vuestra obligación es seguirme... ¡Ah!... Por aquí.

Acababan de entrar en el patio.

Ya no podían ir más allá, es decir, que había llegado el instante crítico y terrible.

CAPITULO XXXIX

DE CÓMO, DESPUÉS DE ESTAR MEDIO AHOGADO, SE DESAHOGÓ EL SEÑOR ANTONIO DE QUIRÓS

El patio, que era de gran extensión, según ya hemos dicho, podía dársele este nombre y lo mismo el de corral, ó más bien el de jardín, pues había, en un lado una parra, en otro una higuera, algunos arbustos y plantas con flores; pero todo esto casi inculto. Por dos de sus lados se levantaban las paredes de la casa de don Luis, y en los otros dos se veían igualmente las de otros edificios.

No era, por consiguiente, posible un escalamiento, y así lo comprendió el señor Antonio al primer golpe de vista.

—¿Y para qué me habeis traído aquí?—dijo mirando á todos lados.

—Porqué no podíamos ir á otra parte.

—Y como tampoco podemos volver atrás...

—Ni perder el tiempo.

—Entonces...

—¿Teneis valor?... Me parece que sí, y por consiguiente no vacilareis para salvaros y salvarme, y no olvideis que también se trata de mi noble señora, que está más comprometida que nosotros.

—¿Qué es preciso hacer?

—Venid.

Si era bastante un acto de valor, ya nada temía el señor Antonio.

No quiso preguntar, porque hubiera parecido que vacilaba, que tenía miedo.

De todo era capaz con tal que doña Luz se salvase, y para conseguirlo se le hubiera visto morir con la más completa tranquilidad.

Atravesaron una gran parte del jardín, llegando donde había un pozo.

La dueña extendió un brazo y dijo:

—Caballero, si no habeis de temblar, atad esa cuerda á vuestro cuerpo, bajad y esperad en el fondo hasta que yo venga á llamaros.

—¡Ah!—exclamó sorprendido el caballero.

El plan era tan ingenioso como sencillo; pero se necesitaba mucha serenidad.

La señora Justina acababa de dar una prueba de astucia y de que era un tescro para aquellos lances.

No vaciló ni un instante el enamorado caballero.

Uno de los extremos de la cuerda estaba atado á un grueso barrote del hierro que se levantaba, y formaba después un arco de donde pendía una polea.

El señor Antonio cogió el cubo, fué dejándolo caer, y cuando en el pozo entró toda la cuerda, subió al brocal.

Su existencia dependía de una circunstancia cualquiera; pero ni en esto ni en ningún peligro pensó. Estaba dotado de fuerza muscular nada común, que en aquellos momentos se centuplicaba con la excitación del coraje, y era además muy ágil.

La dueña levantaba la luz, inclinábase y miraba al interior del pozo.

—¡Que Dios os proteja!—exclamó.

El señor Antonio pronunció el nombre de su amada, se asió de la cuerda y empezó á descender como el más hábil gimnasta.

Podía ir apoyando los pies en las paredes del pozo, donde había muchas grietas, lo cual era una gran ventaja, ya porque no se fatigaba tanto, sino porque así el peso de su cuerpo no cargaba todo sobre la cuerda, que quizás estaba medio podrida.

En pocos instantes desapareció.

No sabemos si llegó al fondo ó si se detuvo donde encontrase apoyo bastante seguro para los pies.

—¡Ah!—exclamó la astuta dueña.—Nos hemos salvado.

Y del patio salió, y en un aposento donde había algunos muebles viejos y amontonados se detuvo.

Instantáneamente se despojó de sus vestidos y de otras prendas, quedando en camisa.

No puede imaginarse figurarse más horrible.

Cogió la ropa que se había quitado, hizo con ella un lío y la ocultó entre los amontonados muebles.

En seguida salió, llegó á un pasillo, abrió una puertecilla y se metió, no en un aposento, sino en un lugar bastante sucio, pero indispensable en todas las casas, y allí quedó, cerrando otra vez.

Ya era tiempo, porque á los pocos instantes entraron en el pasillo don Luis y don Juan.

—Poco nos queda que ver—decía el primero.

—¿Pero hay cuevas en esta casa?

—Sí.

—Pues hemos de registrarlas también. Supongo que ya no dudareis, pues bien habeis visto que en su dormitorio no está la dueña.

—Sí, empiezo á comprender por qué...

—Esperad—interrumpió el señor de Guevara—, que aquí hay una puerta.

—Esa es de...

—No importa.

—Veamos.

Y violentamente empujó don Luis la puertecilla, quedando al descubierto y en la más crítica situación la dueña, que exhaló un grito, se movió de un lado para otro, buscando donde ocultarse, y al fin se acurrucó en uno de los rincones, mientras decía:

—Apartaos... Esto es un abuso...

—¿Qué haceis aquí?

—¿Puede hacerse más que una cosa en este sitio?

—¡Vive el cielo!...

—He tenido que levantarme... Estoy mala...

—¡Que os lleve el diablo!

Y se alejaron los dos caballeros mientras la señora Justina continuaba quejándose de aquella falta de miramiento que ofendía su pudor.

Y al jardín llegaron don Luis y don Juan, y le recorrieron de un lado para otro, sin encontrar lo que buscaban, pues á ninguno le ocurrió que dentro del pozo podía estar el amante de doña Luz.

Seguía cambiando de expresión el semblante del señor de Guzmán.

Alegrábase mucho de lo que estaba sucedien-

do, pues no quería convencerse que su hija lo hubiese engañado.

—Ya lo veis—dijo.

—Aún faltan las cuevas—murmuró don Juan con voz sombría.

—¡Las cuevas!... Iremos por la llave, que la tiene mi criado de confianza, para evitar que los otros toquen el vino.

Retrocedieron mientras don Luis llamaba al sirviente que tenía la llave.

Pocos minutos después entraban en las cuevas, y no hay que decir que perdieron el tiempo y el trabajo.

Volvieron á la puerta principal de la casa y á otra, y las revisaron, convenciéndose de que estaban lo mismo que las dejaron; y poniendo don Luis las llaves.

La situación había cambiado completamente.

El padre de doña Luz fijó en don Juan una mirada penetrante, y le dijo:

—Caballero, os habéis equivocado: habéis escudado, habéis visto visiones, os ha engañado el deseo.

—No y mil veces no—replicó desesperadamente el señor de Guevara.

—Pues decid dónde se encuentra el señor Antonio de Quirós.

—Se han burlado de nosotros...

—¿Y qué diré ahora á mi hija? ¿Cómo justificaré mi extraña conducta? ¿Qué explicación daré á mis criados? Todos se han puesto en conmoción, se ha producido el escándalo, y quedará en ridículo. Y la culpa es vuestra, don Juan... ¡Vive el cielo! Me habéis comprometido, me habéis hecho representar el más triste papel. Viendo estáis que no hay salidas más que por estas puertas, y que nadie las ha tocado, y no ha quedado rincón que no registremos, pues hasta en los camaranchones nos hemos metido. ¿Acaso un hombre se evapora como una bocanada de humo? Y os advierto, señor de Guevara, que yo no soy de los que creen en brujerías, y por consiguiente...

—¡Por Dios vivo!... Vuestras palabras...

—Caballero—interrumpió don Luis con crecient exaltación—, os pido las pruebas de que en mi casa se introducía un hombre; y si la prueba no me presentáis, tengo derecho á dudar. Mi hija niega, no se opone á que registremos la casa, y ahora tiene derecho á quejarse, á decir que la han calumniado y que la han ofendido poniendo en duda sus palabras.

—De manera que ningún valor tiene para vos lo que habéis visto.

—¿Y he visto algo?... A mi hija que rezaba, á mis criados que dormían...

—Y la dueña...

—Si no estaba en su dormitorio, se encontraba en otra parte, y no necesitaba dar explicaciones.

Don Juan no dudaba; tenía la seguridad de que en la casa había entrado el señor de Quirós, seguridad completa, puesto que lo había visto, no solamente aquella noche, sino la anterior.

A don Luis le parecía imposible que el señor de Guevara hubiese dado el aviso sin haber visto que en la casa se introducía su rival; pero no lo habían encontrado, ni siquiera señales del supuesto abuso, y, por consiguiente, no era posible acusar á doña Luz, porque ella seguiría negando, quejándose de que la calumniaban y pidiendo pruebas que no existían.

La verdad es que el señor de Guzmán se alegraba mucho de no haber encontrado al atrevido amante.

Profundamente trastornado se sentía el miserable traidor.

En aquellos momentos su cabeza era un caos.

Cavilaba sin poder adivinar cómo había desaparecido el señor Antonio de Quirós.

¿Qué recurso le quedaba?

Ninguno, como no fuese buscar otros medios para concluir con la vida de su rival.

Ya no necesitaba la ayuda de don Pedro de Carvajal, puesto que había hecho cuantas averiguaciones le convenían.

—Caballero—dijo—, lo mejor que podemos hacer es olvidarnos de lo que ha sucedido esta noche.

—Ciertamente.

—Me atengo á vuestra palabra, y cuando el rey me conceda lo que le tengo pedido, vendré para exigir el cumplimiento de vuestra promesa.

—Sí; y entre tanto, yo vigilaré, pues para guardar á mi hija no necesito ayuda de nadie.

Así pusieron término á la conversación.

Por la puertecilla salió don Juan para ir á situarse en su escondite.

El señor de Guzmán, más tranquilo, aunque dudaba todavía, volvió á la cámara de doña Luz.

Esperaba ésta el desenlace de aquellos sucesos.

Aún no sabía si su amante se había salvado.
—Señora—le dijo su padre—, aquí ha entrado un hombre.

—No—replicó enérgicamente doña Luz.

—Lo he visto.

—Imposible.

—¿Y si os lo presento?

—Hacedlo y me venceré—repuso doña Luz con una audacia que apenas se concibe.

Contra tanta firmeza y serenidad no había nada como no fuese la prueba.

El señor de Guzmán no supo qué decir ni qué hacer.

—¿Y vuestra dueña?—preguntó después de algunos momentos.

—Debe dormir, si no ha despertado con el ruido que hacíais.

—En su dormitorio no estaba.

—Pues pedidle explicaciones; porque á mí no me ha dicho que tuviese necesidad de salir de su aposento.

—Ya sé quién es el hombre que ha interesado vuestro corazón.

—He dicho que ninguno, y me ofendéis poniendo en duda mis afirmaciones.

—¿Y por qué todo el mundo asegura que amáis á un caballero que se llama Quirós y que no vive en Madrid sino por temporadas?

—Preguntádselo á los murmuradores.

—Doña Luz, esta situación es insostenible.

—Sí, padre mío, insostenible, porque yo no podría soportarla. Habéis dispuesto de mi corazón sin decirme una sola palabra sobre resolución tan grave, y esta noche, sin miramiento alguno, entráis aquí con don Juan...

—Era preciso.

—¡Preciso que ofendiese mi pudor!

—Acechaba en la calle lo mismo que acechó anoche; vió entrar á Quirós, y entonces me dió el aviso, porque ya estábamos de acuerdo sobre este punto. Para su satisfacción era preciso que me acompañase, y como yo creía firmemente que aquí se encontraba Quirós, no tuve reparo para dejarlo entrar.

—Y habéis recorrido toda la casa, habéis invadido todos los dormitorios y mañana nuestros criados soltarán la lengua y nuestro nombre andará de boca en boca y quedará mal parado, porque los maliciosos y murmuradores comentarán el suceso y dirán cuanto quieran. Si creíais que un hombre entraba aquí, ¿por qué no me lo

preguntásteis? Yo no miento, padre mío, y hubiérais sabido la verdad.

—Pero si yo tengo ciega fe en vuestra sinceridad, no sucede lo mismo á todo el mundo.

—¡Y queréis que yo sea esposa de quien mi sinceridad pone en duda! Jamás, padre mío, me uniré al hombre que me haya ofendido aunque no sea más que con el pensamiento. Todo podré olvidarlo, pero no la dignidad.

—Tengamos calma, doña Luz, porque así lo exige la gravedad de la situación.

—Calma tengo, ya lo veis.

—Frente á nuestra casa, y oculto en el hueco de una puerta, ha observado anoche y esta noche don Juan de Guevara.

—Y así me ofendía, porque ponía en duda hasta mi honradez.

—Ello es que lo hizo, y anoche vió que un hombre entraba por la puertecilla que á las caballerizas da paso.

—Miente don Juan.

—Y si tal cosa no vió, ¿cómo ha podido atreverse á decirlo y ofrecer una prueba?

—Me calumniaba porque es ruin.

—Pero no se concibe que haga lo que puede perjudicarle, puesto que si mentía, en grave compromiso había de quedar.

—Lo que se ha propuesto no lo adivino.

—Muy ruin puede ser don Juan; pero hacerse daño...

—Tal vez por ese camino piensa llegar al fin que desea.

—Por ese camino puede perderlo todo.

—Si se ha equivocado, si ha calculado mal...

—No, no.

—Pues no lo entiendo, padre mío.

—Jura que en esta casa ha entrado el señor Antonio de Quirós, porque entrar lo ha visto.

—Y no ajuraré yo lo contrario; pero sí afirmaré que para verme á mí no ha entrado ese caballero.

—¿Es posible que sea el amante de Juana?

—Me parece que no.

—Y Juana dormía con el mayor descuido...

—Pues no queda en la casa otra mujer más que la señora Justina, y bien comprendéis...

—¡Vive el cielo!...

—Nos atormentamos inútilmente—dijo doña Luz cambiando de tono.—En paz hemos vivido siempre, mi amado padre, siendo yo feliz con vuestra ternura y dichoso vos con la mía.

—Y da repente la paz se ha turbado...

—Porque la discordia ha traído á esta casa don Juan.

—No negaré que con don Juan ha venido la desdicha; pero...

—Que á esta casa no vuelva, y el mal quedará remediado.

—Eso es imposible.

—Si en algo se estima, no volverá.

—Tengo mi palabra empeñada...

—¿Sin ninguna condición?

—Con una.

—¿Y esa condición?

—Consiste en que han de darle en palacio un empleo.

—Padre mío, amándome tanto como me amáis, ¿sacrificaréis mi dicha á una vanidad que ninguna importancia tiene?

—Mal ó bien hecho, lo prometo y no puedo dejar de cumplir lo que prometo.

—¿Y me obligaréis?...

—Sí—respondió con firmeza el caballero.

—¡Dios mío!...

—Hecho está y no puedo retroceder; si á don Juan de Guevara se le concede lo que ha pedido y principia á representar en la corte el brillante papel que yo quiero que represente el marido de mi hija, su esposa seréis.

—¡Ah!...

—Y sobre este punto las súplicas serán tan inútiles como la rebeldía, porque conozco toda la extensión de mi autoridad, y de mi autoridad haré uso. Hecha la promesa, es cuestión de honra para mí este asunto; y mi honra he de poner á salvo cueste lo que cueste.

A replicar iba doña Luz; pero no quiso escucharla su padre, que tomó la palmatoria y se volvió á su cámara.

Mientras esta conversación desagradable sostenían el anciano y la enamorada joven, volvió á vestirse la señora Justina, fué al patio, llegó al pozo, se inclinó y dijo con voz concentrada:

—Subid, señor caballero.

Y esperó con ansiedad, porque era posible que hubiera perecido el desdichado Quirós.

No había sucedido así.

Se movió la cuerda.

Pocos minutos después asomó el caballero, saltó y exclamó:

—¡Por el inferno!... Ya sé agotaban mis fuerzas.

—¡Dios sea bendito!...

—¿Y don Luis?

—En la cámara de mi señora, y el otro debió irse.

—¡El otro! —exclamó sorprendido Quirós, puesto que ignoraba que allí se encontrase don Juan.—¿De quién habláis?

—Del señor de Guevara...

—¡Por Lucifer!...

—Supongo que os acechaba y que ha dado aviso á mi noble señor cuando os vió entrar.

—¡Traidor miserable!...

—Y es preciso que en paz lo dejéis.

—¡Dejarlo en paz!...

—Sí, porque si le pidiérais cuenta de su proceder, quedaría compronetida mi señora, sin que sirviesen de nada sus negativas.

—Pero...

—Paciencia, señor de Quirós, paciencia, como mi señor la tiene, que vuestra obligación es sufrir y callar si os da el ejemplo la mujer á quien tanto amais.

Muy fea era la señora Justina, pero le sobraba entendimiento y discurría muy bien.

No podía el señor Antonio provocar un lance con don Juan, porque esto hubiera sido equivalente á confesar, de la manera más terminante, no solamente que amaba á doña Luz, sino que en la casa se había introducido para verla.

Tenía, pues, que dominarse, que ahogar los impulsos de su justa cólera, y dejar que el traidor continuase cometiendo abusos.

—Vamos—dijo la dueña—, que si no aprovechamos estos momentos, no podréis salir después.

—Pero si no tenéis la llave...

—Otra vez la ha dejado en la puerta mi señor, porque debe haberse convencido de que nada conseguiría con las precauciones que había tomado.

—Vamos, pues.

Y antes de cinco minutos y muy silenciosamente, abrió la dueña y salió de la casa el caballero.

Una vez que estuvo en la calle, quedó inmóvil y reflexionó.

No era menester que cabilase mucho para que comprendiese lo que había sucedido, pues la circunstancia de haber estado don Juan con don Luis cuando registraron la casa, fué un rayo de luz para el señor Antonio.

A pesar de toda su astucia no había podido el señor de Guevara adivinar cómo desapareció su rival; pero convencido de que no había podido

do salir, era natural que se situase en los alrededores de la casa para seguir observando.

—¡Oh!—murmuró el amante de doña Luz—, necesito un desahogo.

Y desenvainó la espada y muy despacio avanzó, mirando á derecha é izquierda.

Ya hemos dicho que la oscuridad no era tan profunda como la noche anterior, y así pudo el señor Antonio distinguir un bulto en el hueco de una puerta.

No le quedó duda de que era don Juan de Guevara, y sin meterse en más averiguaciones ni pronunciar una palabra, blandió el acero, lanzándose sobre el traidor.

Un grito de terror y de sorpresa exhaló éste. No había previsto el caso.

Instintivamente presentó su espada, consiguiendo parar el primer golpe; pero le faltaba el valor para continuar aquella lucha, y salió del hueco de la puerta con intención de huir.

Antes de que pudiera hacerlo quedó desarmado.

Otro grito exhaló.

Ya no era posible que esperase más, y volviendo la espalda...

Al mismo tiempo que la espalda volvía y movía las piernas para correr, el acero del señor de Quirós, aunque de plano, cayó sobre sus costillas.

Muy poco faltó para que con su cuerpo diese en tierra el criminal; pero pudo sostenerse, y al recibir un segundo cintarazo huyó con la velocidad del que se ve perseguido por la muerte.

En un instante desapareció.

Allí quedó su espada, que recogió el señor Antonio.

Encaminóse éste á su casa mientras decía:

—No viviré tranquilo hasta que lo mate.

A la hostería llegó, llamando y entrando.

—Buenas noches—le dijo el hostelero.—Hoy no habéis paseado tanto, y yo dormiré más, porque ya estáis los dos en casa y podré acostarme.

—¿Y quiénes somos los dos?—preguntó con indiferencia el señor Antonio.

Vos y el otro caballero que desde ayer honra mi casa y ocupa la habitación que está frente á la vuestra.

—¡Un caballero!...

—Yo creí que lo sabíais.

—No.

—Pues es don Juan de Guevara.

—¡Guevaral—exclamó el señor Antonio, con acento de profunda sorpresa.

—¿Lo conocéis?

—De vista.

—Pues ahí lo tenéis... En ese aposento... Hace como un cuarto de hora que se recogió.

—Me alegro que prosperéis, señor Bonifacio.

—Gracias, Caballero.

Aunque parecía que el huésped tenía ganas de hablar, no quiso seguir la conversación el amante de doña Luz, y entrando en su aposento y dejando las espadas, la capa y el sombrero, exclamó:

—El miserable me espiaba en mi propia vivienda... ¡Oh!... Peor para él... Si aquí se encontrase ahora don Pedro de Carvajal y supiese lo que ha sucedido, ¿qué diría?

A pasearse empezó el señor Antonio mientras reflexionaba.

Su situación era bastante crítica.

Se había salvado aquella noche; pero, ¿se atrevería doña Luz á seguir recibéndolo en su cámara?

No era posible que á tanto se atreviese después de lo que sucedió aquella noche.

—¡Vive Dios!—exclamaba el caballero...—¿Y cómo viviré sin verla?... No puede ser y no será.

Si no imposible, debía ser muy difícil que viese á doña Luz, aunque su padre no adoptara más determinación que la de vigilar muy cuidadosamente.

Más de dos horas pasó el caballero cavilando y trazando planes.

Luego se acostó, y al fin pudo conciliar el sueño.

A las siete de la mañana se levantó, llamando al hostelero y preguntándole si había salido don Juan de Guevara.

—En su habitación está y en estos momentos almuerza. Si es que deseáis visitarlo...

—Ahora no, ni le digáis tampoco que he preguntado por él

—Descuidad.

—Dejadme.

—¿No queréis el almuerzo?

—Aún no tengo apetito y más tarde os avisaré.

—Esperaré vuestras órdenes.

Maese Bonifacio salió, y el señor Antonio dijo:

—Veamos hasta dónde llega la ruindad y la cobardía de ese hombre.

CAPITULO XL

LO QUE RESULTÓ DE LA ENTREVISTA DE LOS
DOS RIVALES

El señor Antonio de Quirós tenía una gran fuerza de voluntad y sabía dominarse como pocas criaturas, resultando que en los lances de mayor apuro se le veía tranquilo ó poco menos, y muy rara vez en su vida los arrebatos de la cólera trastornaban su razón.

Esto era una gran ventaja.

La noche anterior había sufrido mucho, no por el peligro que pudiera correr su persona, sino por el compromiso grave en que podía quedar colocada doña Luz si se le presentaba la prueba de que había mentido y que engañaba á su padre. Además odiaba á don Juan, porque se presentaba como un nuevo obstáculo, una nueva complicación, porque era un rival, en fin, y rival afortunado, puesto que contaba con el apoyo de don Luis, cuya autoridad de padre tenía en aquellos tiempos, no solamente más prestigio, sino más fuerza y más medios para hacerse respetar. Para el padre eran entonces todos los derechos, absolutamente todos, sin ningún deber, mientras que el hijo tenía todos los deberes, sin que se le reconociese derecho alguno. Añádase á esto las ideas de aquellos tiempos, la presión que en el ánimo de los hijos ejercían las terribles amenazas de condenación eterna, y no se extrañará que muchas mujeres, á pesar de estar dotadas de gran valor, se sometiesen á la arbitrariedad de sus padres, haciendo el sacrificio de su corazón, de su dicha, y uniéndose á un hombre á quien tal vez odiaban.

Cuando los medios legales no bastaban, apelaban, como acabamos de decir, á los espirituales, y la infeliz mujer que se había atrevido á entablar la lucha y había resistido por algún tiempo, veíase amenazada por el anatema del Omnipotente. Téngase en cuenta que en aquellos tiempos había, no solamente creencias, sino fanatismo, un fanatismo que ahora no podemos concebir.

Teniendo presentes todas estas circunstancias y razones, se comprenderá que no era posible que los dos amantes estuviesen tranquilos, y que el señor Antonio de Quirós temiese que, una vez entablada la lucha, sucumbiese doña Luz, á pesar del juramento que había pronunciado, juramento de que fácilmente la relevaría cualquier sacerdote.

No podía el señor Antonio provocar un lance con su rival, pues así públicamente, hubiera dado la prueba de que era el amante de doña Luz; pero sí podía permitirse algún desahogo, amenazar para contener, intentar siquiera hacer desistir de sus pretensiones al señor de Guevara.

¿Cómo había de permanecer impasible Quirós?

Exigirle esto hubiera sido equivalente á pedirle un imposible.

Si la calma se restablecía en apariencia, en el fondo se agitaría violentamente la borrasca.

Una vez adoptada la resolución, no se detuvo el señor Antonio.

Tomó la espada de su rival, salió de su aposento y llegó á la puerta del otro empujándola sin pedir permiso ni avisar.

La escena muda y breve que tuvo lugar entonces apenas puede describirse.

Almorzaba don Juan, y al oír que la puerta crujía levantó maquinalmente la cabeza.

Su primera mirada fué de indiferencia, de extrañeza, puesto que se le presentaba una persona que le era completamente desconocida; pero empezó á ponerse en cuidado cuando reparó que aquel hombre tenía en la mano izquierda una espada desnuda, si bien no la empuñaba como para amenazar, puesto que de la hoja la llevaba cogida.

¿Qué quería aquel hombre?

¿Por qué se le pedía licencia entraba?

¿Se había equivocado?

Pronto salió de dudas don Juan, porque el otro avanzó, llegó junto á la mesa, se detuvo, fijó una mirada penetrante y terrible en su rival, y le dijo con una calma que en aquellos momentos era espantosa:

—Tomad la espada que anoche arrojásteis cobardemente para huir.

Y dejó el arma sobre la mesa.

Un grito ahogado exhaló el señor de Guevara.

Mortal palidez cubrió su rostro.

Sus ojos se abrieron como si de sus órbitas fuesen á saltar, y su mirada se fijó con ansiedad indescriptible en el señor Antonio.

No pudo el traidor articular una sílaba.

—¿No me conocéis?—preguntó el amante de doña Luz después de algunos momentos.—Soy Quirós, vuestro rival.

Algunas gotas de sudor frío corrían por la frente del señor de Guevara.

Se le vió temblar por algunos momentos.

Sin armas había ido el señor Antonio; pero no era esto bastante para que se tranquilizase el criminal.

Tampoco entonces acertó á responder.

—¡Vive el cielol... ¿Tanto es vuestro pavor que ni siquiera acertáis á hablar?

—Caballero... Vuestra presencia...

—¿Os ha sorprendido?

—Sí—dijo don Juan con voz insegura.

—Debíais haberme esperado, porque bien se os alcanzaba que después de lo que anoche sucedió no era posible que yo dejase las cosas como estan. Hay además otra circunstancia que parece olvidáis y que debíais tener muy presente: os ofendí de la manera más grave y que más puede humillar á un hombre de honor, y aquí me tenéis para daros cuenta de mi proceder.

El señor de Guevara se pasó las manos por la frente, hizo un esfuerzo y empezó á comprender que con alguna astucia no era imposible conjurar el peligro.

Su situación era más ventajosa, y debía sacar de ella todo el partido posible.

Por lo que pudiera suceder, tomó la espada, la colocó á su lado y fuera del alcance de las manos de Quirós.

Este desplegó una sonrisa desdefiosa.

—Sentáos—dijo por fin don Juan—, pues si para hablar habéis venido, debemos hacerlo sosegadamente, porque el asunto tiene mucha gravedad. Aturdido me sentí cuando entrásteis, porque no os conocía, y más aturdido después porque no os esperaba. Cada cual es como Dios lo ha hecho, y yo soy así, me aturdo fácilmente. No está en mi mano cambiar las condiciones de mi naturaleza, y sería injusto acusarme por lo que no hago, por lo que no depende de mi voluntad.

—Sí—replicó el señor Antonio—, de nuestra voluntad depende nuestro proceder, y es justo que seáis responsable de vuestras acciones, como todo el mundo lo es. Sois un miserable, un traidor, que habéis intentado herirme alevosamente.

—Señor de Quirós, si así principiamos, ¿cómo hemos de concluir? ¿Es posible que lleguemos á entendernos? Me parece que no, y tanto á vos como á mí nos conviene dominarnos, examinar la situación, y decidir lo que más nos convenga, que tiempo nos sobra después para dirigirnos insultos y desahogar nuestra cólera.

—Con calma hablaré; pero el resultado será siempre el mismo.

—Me odiais, y yo también os odio, y esto es natural que suceda cuando dos hombres aman á una misma mujer; pero ¿de qué podéis acusarme? ¿Por qué habláis de alevosías? Ninguna he cometido, porque alevosía no fué lo que anoche sucedió, ni en semejante suceso, tan desgraciado para vos como para mí, tengo yo tanta parte como habéis creído. Colocando la cuestión en el terreno en que vos la colocáis, también don Luis de Guzmán es un traidor.

—Es un padre que tiene el derecho de vigilar en su casa.

—Y de ese derecho hizo uso, queriendo que yo lo acompañase para que no me quedase duda de que era un padre celoso y de que hacía cuanto puede hacerse para evitar que su hija cometiese cierta clase de faltas.

—No es esa la cuestión, don Juan.

—Entonces...

—Supisteis que doña Luz amaba.

—Y como era natural, quise convencerme de que no mentaban los murmuradores, y observé en las cercanías de la casa.

—Antes de anoche me visteis entrar y salir.

—Es cierto.

—¿Y por qué no os presentásteis á mí para disputarme frente á frente y como buen caballero el corazón de doña Luz?

—Ya hemos llegado al punto difícil—dijo don Juan.

—Sí, difícil es que vuestra conducta la justifiqueis.

—Según, porque si no queréis atender á razones...

—De la razón soy esclavo.

—Así como la naturaleza de cada cual tiene sus condiciones, así también cada cual discurre de su manera—dijo el señor de Guevara, que parecía haber recobrado completamente la tranquilidad.—Yo aspiro á ser dichoso, y para realizar mi dicha hago cuanto me es posible dentro de los límites del honor. Partiendo de este principio, me ha parecido siempre una gran torpeza disputar con la espada el amor de una mujer, porque bien puede suceder que, después de haber uno triunfado, se encuentre con que ella no quiere corresponderle, en cuyo caso nada ha conseguido con matar á un hombre, y posible es también que el que tiene la dicha de ser correspondido sucumba, resultando así que lo pierde

todo cuando todo podría ganarlo. Suponed que yo os mataba; ¿qué hubiera sucedido? Que doña Luz me odiase, sin esperanza de que jamás correspondiese á mi amor. Después de reflexionar muy detenidamente, me convencí de que lo que me convenía era evitar que se fomentase el amor que por vos sentía la hija de don Luis, y dejar que el tiempo, que todo lo cambia, me proporcionase la felicidad que deseo. Principié por acudir al padre, esperé con paciencia, observé, y cuando vi un estorbo, traté de quitarlo. ¿Por qué acudir á la espada? Me pareció más sencillo y menos ocasionado á desgracias, hacer llegar al padre las noticias que corrían, para que evitase que su hija os viese. Vos, irritado, lo cual no me sorprende...

—Ya os habéis explicado bastante—interrumpió Quirós.

—Pues decidme en qué consiste la traición de que hablábais. No soy vuestro amigo, ni siquiera os conocía, y por consiguiente...

—Lo de las traiciones os lo probaré luego.

—Y yo os escucharé con mucho gusto; pero entretanto pensad que hubiera sido cándido, hasta rayar en la estupidez acudir á vos para que renunciáseis al amor de doña Luz. ¿Qué me hubierais contestado? Probablemente antes de hablar hubierais sacado la espada, y eso era precisamente lo que yo quería evitar.

—Pues bien, yo haré lo que vos no habéis hecho y os preguntaré si queréis renunciar á vuestras amorosas pretensiones.

—¿Y qué haréis si me niego?

—Lo que vos no habéis querido hacer.

—Señor de Quirós, no sois un asesino, y por consiguiente no temo que me matéis de una puñalada.

—Pero espada tenéis ya.

—Y vos me provocareis como lo hacen los caballeros y nos batiremos en presencia de testigos.

—¿Os negaríais?

—No, á pesar de que mis ideas son contrarias al duelo; pero una vez que la provocación se iniciase pública, me sería preciso aceptar.

—Hemos concluido.

—Escuchad aún, porque no he dicho lo más interesante.

—Cuando la espada va á decidir, no hay nada que tenga valor.

—Os advertiré que sobre el motivo de nuestro duelo daré las más amplias explicaciones á

todo el mundo, y cuando me matéis, pues ya sé que he de morir...

—¡Mirerable!—gritó el señor Antonio, de cuyas pupilas se escaparon dos centellas.

—Puesto que sois esclavo de la razón, ¿por qué me lo negáis todo? Puesto que he de morir, ¿no queréis permitirme siquiera un desahogo y el consuelo que ha de proporcionarme la seguridad de que quedaréis en grave compromiso? Doña Luz ha negado con mucha arrogancia y también con mucha ligereza se ha envanecido con su sinceridad y con aquello de que nunca sus labios se habían manchado con la mentira, y veremos cómo se arregla cuando probado quede que mintió; y en cuanto á don Luis de Guzmán, cuyo carácter quizás no conocéis, cuya sinceridad es exagerada, cuyas extravagancias son una monomanía...

—Basta, basta.

—Cuando bien os parezca, provocadme, que yo aceptaré; pero será preciso que todo el mundo sepa por qué cruzamos la espada.

Don Juan de Guevara dió así una prueba de su ingenio y de su astucia.

Comprendía perfectamente la situación y se colocaba en un terreno donde no era posible que lo atacase su rival.

Para dominarse hacía grandes esfuerzos Quirós.

—Pues bien—dijo después de algunos minutos—no os provocaré; pero la primera vez que os encuentre haré lo mismo que anoche, os obligaré á defenderos, y...

—Os equivocáis, señor de Quirós, porque no me defenderé, sino que haré lo que anoche hice; arrojaré mi espada y huiré, y como vos no habéis de matar á un hombre indefenso...

—A tal punto puede llegar el trastorno que en mí produzca la ira...

—Os llamáis Quirós—replicó tranquilamente don Juan.

—¡Abusais de mi nobleza!...

—Aprovecho los medios que me prepara la fortuna.

—Sois un cobarde.

—Nunca he dicho que tenga valor—repuso el señor de Guevara.

Y para probar que su tranquilidad era perfecta, empezó otra vez á comer.

Ya había ganado la partida ó por lo menos así lo creyó, porque ni remotamente sospechaba

que aún tuviese reservados el señor Antonio otros medios de ataque.

Por algunos minutos guardaron silencio.

—Está bien—dijo Quirós—; puesto que os empeñáis, sera.

—Me parece que lo razonable y lo justo es que vos hagáis lo posible para ver á doña Luz de Guzmán, y para interesar su corazón y que tenga así más alientos para resistir á la autoridad de su padre, mientras que yo trabajaré con el padre cuanto pueda...

—Y si es os presenta la ocasión de inutilizarme para siempre...

—Lo haré, caballero, y os lo declaro con noble franqueza.

—Pero reconoceréis que yo estoy también en mi derecho para hacer lo mismo.

—Nada más justo.

—Y si la ocasión se me presenta...

—Debéis aprovecharla.

—Sin reparar en los medios, ¿no es verdad?

—Buenos son todos, menos el del asesinato.

—Vos habéis sorprendido un secreto, don Juan, el secreto de mi amor...

—Y de vuestras entrevistas con doña Luz.

—De ese secreto habéis abusado.

—Abuso legítimo.

—Suponed que algún día consigo yo hacerme dueño de un arma de esa clase.

—Necio seríais si no la esgrimíais contra mí.

—Acordaos, don Juan, de lo que acabáis de decir.

—No lo olvidaré.

—Y tened presente que no han de conmovirme vuestras súplicas.

—Y yo podré suplicar á doña Luz, pero no á vos.

—Así me evitaréis el enojo de escucharos.

—Está declarada la guerra, caballero; ha principiado la lucha, no con la espada sino con el ingenio, con la astucia, con la habilidad, con el disimulo.

—Comprendo.

—Pues el tiempo dirá para quién es el triunfo.

—Lo veremos muy pronto.

—Señor de Quirós, por mi parte he concluido.

—Aún he de deciros lo más interesante.

—Vuelvo á escucharos.

El señor de Guevara llenó su vaso, bebió y desplegó una leve sonrisa:

—Don Luis de Guzmán os ha prometido la mano de su hija con una condición.

—Es verdad.

—Y esa condición consiste en que os den un empleo en la servidumbre del rey.

—Empleo que tengo solicitado y se me ha prometido.

—Sí; pero don Luis ignora que esa gracia prometida por su majestad es el precio de una traición.

—¡Caballero!...

—El precio de una vil delación.

Otra vez interrumpió don Juan el almuerzo. Dejó de sonreír.

Lívido se tornó su rostro.

Imóvil quedó como si se hubiese petrificado.

—Conozco vuestro secreto—añadió el señor Antonio—, y es inútil que neguéis. Sois un infame, señor de Guevara. Estais fingiendo que servís la causa del príncipe don Carlos y de los rebeldes flamencos; estais representando el papel de conspirador y engañando á don Pedro de Carvajal. Para dar el golpe, para consumar vuestra traición, esperábais á que el conde de Norigens devolviese firmada una declaración en que también había puesto su firma el señor de Carvajal. El papel llegó, y si no habeis consumado vuestro abuso, se debe á una circunstancia que ignoro, pero que conoceré mañana mismo. Así se explica lo que nadie ha podido comprender. Antes ibais á los salones de palacio como un humilde pretendiente, á quien todos miraban con desdén y á quien el rey ni siquiera se dignaba mirar, y de repente se ha visto que el rey os recibía á todas horas, y con vos hablaba largamente, y se ha traslucido que os prometió el empleo que solicitábais. Tanto favor, tanta influencia quien ninguna tenía, no se concibe; pero ello es que vos habeis podido así aceptar la condición que os imponía el extravagante don Luis, y no solamente la habeis aceptado, sino que habeis podido asegurar que muy pronto se realizarían vuestros deseos. Contábais con la promesa de Felipe II, y no debíais dudar.

Anonadado se sentía don Juan.

Su pálida frente estaba empapada en frío sudor.

Era su respiración desigual y trabajosa.

¿Qué conseguiría con negar, si su aspecto revelaba lo que sentía?

Entonces le tocó al señor Antonio sonreír, y

ya sabemos que el último que se ríe es el que ríe mejor.

Gozando con el martirio de su rival, el amante de doña Luz se mostró implacable, diciendo:

—No necesito provocar un sangriento lance.

¿Para qué, si puedo aniquilaros con mucha facilidad? ¿Para qué he de rebajarme, cruzando mi espada, la noble espada que me legó mi honrado padre, con el acero de un villano como vos? Si en noble cuna habeis nacido, manchasteis ya vuestra nobleza, y no he de igualarme al que comete las villanías que vos estais cometiendo. Me preguntábais cuales eran las alevosías... Ya os he contestado, y puesto que vos habeis concluido y yo también, os dejo, don Juan, y que Dios dé el triunfo á quien dársele quiera.

—¡Ah!—exclamó por fin el traidor.

Púsose en pie el señor Antonio.

—Esperad, esperad—dijo con ansiedad angustiosa el señor de Guevara.

—Ya nada tengo que hacer aquí.

—Lo que habeis dicho...

—¿Acaso no es verdad?

—No, no.

—Entonces, ¿qué os importa?

—Pero...

—Nada habeis perdido, sino que habeis ganado mucho, porque conoceis un secreto de gran importancia que puede seros muy útil.

¡El infierno se conjura contra mí!

—¿Por qué tembláis, don Juan?

—¿Cómo habeis conocido ese secreto?

—¿Y qué os importa?

—¡Oh!...

—Creo que sabréis pronto cómo lo he conocido, y no será menester que yo os lo diga, y entonces comprendereis que puedo saber por qué no habeis dado el golpe contra don Pedro de Carvajal y sus amigos, según teníais proyectado.

—Tengo que someterme.

—A nada os obligo.

—Podéis imponerme condiciones.

—Por mi parte...

—Señor de Quirós, sepamos lo que exigís á cambio de vuestro silencio.

—Si en paz me dejáis, en paz os dejaré, y si renunciáis á vuestras pretensiones...

—Renunciaré.

—Entonces...

—Si en vuestras entrevistas con doña Luz os sorprende su padre, no será mía la culpa, y si

por efecto de sus extravagancias os niega la mano de su hija...

—No os acusaré.

—Hoy mismo veré al señor de Guzmán y le diré que relevado lo considero del compromiso que adquirió, y para que ni sombra de duda os quede, hoy mismo también saldré de Madrid y me iré al Escorial.

—Que Dios os guarde.

—Esperad aún.

—¿Qué más queréis?

—Decidme que quedaréis convencido de que cumpliré lo que prometo.

—El tiempo ha de decirlo.

—No por virtud, sino por conveniencia...

—Os conozco bien, don Juan.

—No debéis conocerme, porque...

—Sí; una casualidad me ha revelado los secretos de vuestra vida, y alguno hay que para el caso presente es de tanta importancia como el de la conspiración.

—No adivino...

—Es imposible que hayáis olvidado una historia tristísima, en la que como víctima figuró una infeliz mujer, casi una niña.

—Os juro...

—No os molestéis en negar, porque tengo pruebas y...

—Pues bien, si ese secreto conocéis.

—Y estoy en camino de conocer también á la infeliz criatura, fruto de vuestra seducción y vuestra maldad, y si consigo encontrarla...

—Cumpliré mis deberes, caballero...

—Dudo que lo hagáis por vuestra voluntad.

—Mi conciencia...

—Callad, que vuestro cinismo me repugna tanto como vuestra hipocresía. Haced el sacrificio de vuestras pasiones ruines, porque os conviene, don Juan.

—Lo haré.

—Ya estais advertido y no podréis quejaros el día de la desgracia, el día de la justicia.

—Si con el arrepentimiento he de librarme del castigo...

—Sí.

—Entonces nada temo... ¡Ah!... Señor de Quirós, no dejéis de ser generoso, porque os juro que en estos momentos soy digno de compasión.

—De vos depende todo.

—Os debo un gran beneficio.

—Qu era Dios que no intentéis pagármelo con alguna nueva traición.

—Y al decir esto el señor Antonio salió del aposento para volver al suyo.

Don Juan se pasó las manos por la frente.

Cambió de expresión su semblante.

Siniestro fulgor iluminó el fondo de sus pupilas.

—¡Por el infierno!—exclamó.—Es preciso que este hombre muera, y morirá aunque renuncie al amor de doña Luz.

Una sonrisa diabólica desplegó el señor de Guevara, y luego dijo:

—Conoce los dos secretos... Peor para él... En vez de amenazar ha debido descargar el golpe; pero ha cometido la torpeza de decirme que puede aniquilarme. Cree que me conoce... Se equivoca, porque si me conociese, su proceder sería distinto.

Efectivamente, el señor Antonio había cometido una torpeza que debía costarle muy cara, y la cometió porque no conocía bastante bien al criminal.

Las consecuencias de aquella conversación debían ser las peores.

CAPITULO XLI

SIGUEN LAS CASUALIDADES DESGRACIADAS PARA DON JUAN

Don Juan, completamente tranquilo, y aun regocijándose con el mal que había de hacer, salió de la hostería; pero no bien hubo puesto el pie en la calle, cuando se detuvo, cambiando su rostro de expresión.

Habíase encontrado frente á frente con don Pedro de Carvajal.

Hay días aciagos, y aquel era uno para el señor de Guevara, pues estaba escrito que apenas pasase de una sorpresa y un susto, hubiese de sufrir otro.

Mucho le desagradó el encuentro; pero tenía que disimular, y como si se alegrase exclamó:

—¡Qué afortunado soy!

La mirada de don Pedro se tornó sombría y se fijó casi amenazadora en el señor de Guevara.

Como no sabía dominarse y con facilidad dejábase arrebatar de la cólera, dijo ásperamente:

—Yo también soy muy afortunado, porque os encuentro cuando perdí la esperanza de averiguar dónde estábais escondido.

—Efectivamente—repuso don Juan con tono de sencillez—, no era fácil averiguarlo; pero si yo hubiese sabido que estábais en Madrid... Venid, don Pedro; que aquí tengo ahora mi posada, y sabréis el por qué... Me evitáis un viaje, pues era preciso que hablásemos de un asunto de muchísimo interés... Pocos minutos hace me hubierais visto temblar; pero Dios ha querido que la tormenta se conjure, si bien no ha pasado completamente el peligro.

—No os entiendo.

—Me entenderéis muy pronto... Venid, venid.

—Pero...

—Repito que aquí tengo mi posada.

—Vamos.

El señor de Guevara había conseguido cuanto necesitaba entonces; pues pasado el primer arrebato de la cólera de don Pedro, nada había que temer.

En la hostería entraron, subieron, y cuando se encontraron en la habitación de don Juan; dijo éste:

—Supongo que me habéis buscado, y como en mi casa no os han dado razón de mi persona, habéis cavilado inútilmente.

—Don Juan—interrumpió don Pedro—, deseo concluir cuanto antes esta conversación enojosa.

—Estáis de mal humor.

—Os he buscado para que me déis explicaciones de vuestro proceder, pues lo demás no me importa.

—Pues precisamente os hago subir para daros esas explicaciones sin necesidad de que me las hayáis pedido, y como yo ignoraba que hubiéseis venido á Madrid, pensaba salir esta tarde para el Escorial.

—Habéis cometido un abuso.

—Varios he cometido durante mi vida—dijo el señor de Guevara con la mayor naturalidad.

—¡Vive el cielo!...

—Pero, ¿por qué os enfadáis?... Os encuentro muy cambiado, y me parece que convendría más que os explicáseis antes que yo, pues es posible que cada cual hable de un asunto distinto, y así no llegaremos á entendernos. El tono con que me dirigís la palabra, el gesto y...

—¿Nada os dice vuestra conciencia?

—¡Ahl... Mi conciencia me diría mucho si fuese escrupulosa; pero afortunadamente es la misma que la vuestra, duerme á todas horas con tranquilidad, y no se toma la molestia de acusarme. Verdad es que sería tiempo perdido. Me

sorprende, don Pedro, que de conciencia habléis después de lo que habéis hecho en el Escorial.

—Mis amigos no pueden echarme en cara una traición.

—Eso es otra cosa.

—Y vos...

—Me sucede lo mismo, porque, no lo dudéis, nos parecemos mucho, señor de Carvajal. Somos dos desalmados; pero los criminales tienen también su conciencia bajo cierto punto de vista, y son honrados á su manera. Ya veis que os conozco y que también me conozco á mí mismo.

—¿Acabaréis de explicaros? —replicó con impaciencia don Pedro.

—Menester será que antes os expliquéis vos, puesto que, según parece, algo receláis de mí.

—¿Qué hicisteis en el Escorial la última noche que nos vimos?

—Empecé á trabajar para cumplir lo que habíamos tratado, y por cierto que no se me mostró la fortuna propicia.

—Fuisteis á ver á la viuda del señor Alonso de Vargas.

—Sí, porque creía y sigo creyendo que en su poder se encuentra la declaración que vos firmáteis y que para vos es una sentencia de muerte; pero me encontré de manos á boca con el hombre que más miedo me infunde, el doctor Olivares, y como no me fué posible explicarme en su presencia y tenía que justificar mi visita, hablé de vos, diciéndole á la vida, ó más bien principiando á decirle que debía guardarse de vuestras acechanzas, lo cual ella sabía demasiado bien, como lo sabe el doctor.

—¿Y luego?

—Sucedió lo que era natural que sucediese, que la señora Ana me echó en el rostro la fealdad de mi proceder, me dijo una porción de palabras altisonantes, y me despidió con toda la grosería que puede hacerlo esa clase de gente. No había yo cometido una torpeza, sino que mi plan, muy bien combinado, lo desbarató la presencia de Olivares. Convencido de que convenía dejar pasar algún tiempo, quise aprovecharlo para lo que tanto me interesaba, y apenas amaneció tomé el camino de Madrid.

La explicación no podía ser más clara ni más sencilla.

¿De qué podía quejarse don Pedro?

Podía sospechar mucho, pero vagamente, sin tener pruebas de nada.

Antes le había parecido cosa muy clara la

traición de don Juan, y entonces no encontraba motivo para acusarlo.

—¿Y por qué sin decirme una palabra os vinisteis á Madrid?

—Cuando yo determiné mi viaje dormíais, y del Escorial salí cuando apenas apuntaba la aurora. Sobre no querer interrumpir vuestro sueño hubiera sido imprudente llamar la atención de vuestros criados, yendo á semejante hora á vuestra casa.

—Y cuando aquí habéis venido...

—Me convenía ocultarme, y aunque esto no os daña, ni es asunto en el que nada tenéis que ver, os daré también explicaciones, porque unas cosas traen otras, y el negocio de mi amor ha ido á parar á donde nunca creí, y ahora es negocio en el que también vos tendréis que entender.

—Sepamos, don Juan, por qué tales cosas decís...

—Muy extraña.

—Os escucho.

—Conseguí averiguar quién es el amante de doña Luz, y además que entraba á media noche en la morada de don Luis.

—Eso no me importa.

—A mí me importaba mucho, y como ante todo me convenía descargar un golpe terrible contra mi rival, dí al señor de Guzmán parte de lo que sucedía y convinimos en sorprender al amante. Esperamos anoche; llegó el otro; se metió en la casa; avisé á don Luis; entré; quitamos las llaves de las puertas; registramos y... ¡Vive Dios!... No conseguimos encontrar más que á doña Luz, que rezaba ó que fingía rezar.

—Se burló de vosotros.

—Algo más ha hecho, que tiene mucha importancia.

—Os compadezco, don Juan—dijo don Pedro con tono de humillante lástima.

—Yo también á vos—replicó el señor de Guevara como si quisiera vengarse.

—En cuanto á mí...

—Seguid escuchando.

—Con mucho gusto, porque el lance me interesa.

—Salí de la morada de Guzmán y cometí la torpeza de volver á colocarme en mi escondite.

—Y después saldría el amante...

—Y me arremetió furiosamente, y me desarmó y tuve que huir.

—¿Y qué tengo yo que ver con ese acto vergonzoso?

—Mucho, porque mi rival recogió mi espada y aún no hace media hora que vino á devolvérmela. Cuando me habló de bñtarnos le amenacé con publicar el motivo de nuestra querella.

—¿Entonces él?...

—Le fué preciso renunciar á la venganza.

—De manera que habéis quedado...

—Yo en la situación más crítica, y vos también.

—¡Por el infierno!... Mi paciencia apurais, don Juan, pues os habéis empeñado en decir que yo tengo parte en este asunto.

—Sigo explicándome.

—Y yo escuchando con cuanta paciencia me sea posible.

—Cuando me creí triunfante, mi rival me amenazó.

—Otra vez con un desafío.

—Con la revelación de un secreto de mucha importancia, y para que no me quedase duda de que podía cumplir su amenaza, relató punto por punto lo de nuestro negocio con el príncipe don Carlos y los flamencos, y dijo que vos y el conde de Noringens habíais firmado una declaración...

—¡Fuego de Satanás!—exclamó don Pedro cuyo rostro se tornó lívido.

—Me parece que ya os interesa este asunto.

—¿Quién es ese hombre, quién?

—Aguardad.

—¡Oh!...

—Dijo también que la declaración había vuelto á vuestras manos hacia pocos días, y que yo debía firmarla, así como también...

—¡Rayos!... ¿Y no habéis matado á ese hombre?

—Nos encontrábamos aquí...

—Don Juan, sois un cobarde

—¿Pues qué, á un hombre se le asesina con esa facilidad en pleno día y en un sitio como éste?

—Conoce nuestro secreto, tiene en sus manos nuestra vida y nuestra honra, y vos...

—¿Por qué no habéis matado á la viuda, que también conoce el secreto?

—Porque tiene un papel que no se destruye con su muerte.

—Y mi rival, que vale mucho...

—Su nombre, su nombre.

—No debéis conocerlo.

—Su nombre, ¡vive Dios!

—Es un caballero que no viene á Madrid más

que por temporadas, y que vive oscurecido en una población de Castilla la Vieja. Se llama Antonio de Quirós.

—¡Quirós!...

—Sí.

—¡Ese es vuestro rival!...

—El mismo...

—El señor Antonio de Quirós...

—¿Acaso lo conocéis?

—¡Por Dios vivod... Don Juan, no os perdono lo que me habéis hecho sufrir.

Y otra vez cambió de expresión el semblante de don Pedro.

—Limpióse el sudor frío que había empezado á correr por su frente.

Respiró con libertad.

Se entreabrieron sus labios para sonreír.

Don Juan lo contemplaba sorprendido y casi aturdido.

¿Qué significaba tan repentino cambio?

—¿Ya no tenéis miedo?—preguntó

—¿Y por qué?

—Ese hombre que conoce el secreto de la conspiración...

—¡Bah!...

—Don Pedro, si no os habéis vuelto loco...

—No ha faltado mucho, y la culpa es vuestra.

—¿No debo matar á ese hombre?

—Matadlo si podéis, porque os conviene para quitar un estorbo, porque es vuestro rival; pero por el otro asunto...

—¡Vive el cielod... ¿Queréis explicaros, señor de Carvajal?

—La explicación es muy sencilla: el señor Antonio de Quirós tiene un alma tan noble, que antes que delatarnos se dejaría matar. No me sorprende que conozca el secreto de la conspiración, porque conoce los secretos de todo el mundo; aunque en la corte no vive.

—A pesar de toda su nobleza, como soy su rival y me odia...

—Es posible que os haga mal.

—Y á vos también, porque si el secreto revela...

—A mí no, ni tampoco al conde, ni á ningún otro.

—Entonces resultaría que yo pagaría las culpas de todos.

—No es eso, don Juan.

—Me parece que...

—Debírais decir que queréis que todos paguen vuestra culpa, ó lo que es igual, que yo,

para defenderme, os defienda, y para librarme de un enemigo os libre de un rival muy temible.

—Pensad que Quirós no puede hacerme daño sin hacerlo á todos.

—Le sobra ingenio para arreglarse de manera que sólo vos tengais que sufrir el golpe.

—Y para evitarlo me será preciso aceptar las condiciones que me imponga.

—Haced lo que mejor os parezca.

—Y yo haré el sacrificio en bien de todos, sin que me lo agradezca nadie, ni nadie siquiera hacer nada por mí.

—Pues matad á Quirós.

—Eso no es fácil, y además me comprometería...

—¡Vive Dios!... Nada os parece bien. Ya os lo he dicho, don Juan, no me importa vuestro amor. Si tenéis un rival, entendeos con él y dejadme tranquilo, que bastante tengo yo que hacer con la hija de la viuda. Yo también tengo un rival, y...

—Y habéis hecho lo posible para que desaparezca del mundo.

—Os he dado el ejemplo: haced lo mismo si os parece bien.

—De manera que sois amigo de Quirós...

—No soy su amigo, puesto que una sola vez en mi vida lo he visto, hemos cruzado algunas palabras, y nada más.

—Entonces...

—Por lo que he podido entender, sé que es hombre muy temible, porque tiene mucho valor y mucha inteligencia, y es también muy rico, aunque no lo parece.

—Me abandonáis, don Pedro.

—¿Qué deudas de gratitud tengo con vos?

—La amistad que nos une...

—No os he pedido ayuda.

—Está bien.

—Como buen amigo os hago una advertencia para que vivais prevenido. Siendo vuestro rival el señor Antonio de Quirós, no os casareis con doña Luz.

—Lo veremos.

—¿Nada más tenéis que decirme?

—Nada más.

—Pues al Escorial volveré esta misma tarde.

—Que Dios os dé fortuna.

—Yo también os la deseo.

No hablaron más.

Don Pedro salió sin que ni siquiera se pusiese en pie el señor de Guevara.

—¡Oh!—murmuró éste cuando estuvo solo.—Me trata con desdén, pero afortunadamente su perdición está en mi mano. El documento lo tiene la viuda, y... no importa: esta circunstancia no significa más que una dilación. Seguiré fingiendo, engañándolos á todos, y el día que menos lo esperen sufrirán el golpe.

Reflexionó don Juan, y dijo luego:

—Lo que no entiendo es esa tranquilidad de don Pedro. Mucha seguridad puede tener en la nobleza de sentimientos de Quirós; pero esto no es bastante. Dice que apenas lo conoce. ¿Miente? Todo es posible, porque de un hombre como don Pedro no debe fiarse. Contra éste tengo bastante con el documento que en manos de la viuda se encuentra, y para el otro me sobrarán amigos que de una puñalada le atraviesen el corazón. Sufriré hoy para gozar mañana. Ahora veré á don Luis y le diré que me parece oportuno esperar algún tiempo sin violentar á doña Luz; y cuando muera mi rival... ¡Oh!... Entonces hablaré de otro modo. Entre tanto haré que el documento venga á mis manos ó que vaya á las del Rey, y tendré el placer de ver rodar la cabeza de don Pedro, y recibiré la recompensa que se me ha prometido. Ni los unos ni los otros me conocen... Peor para ellos. En apariencia es muy mala mi situación; pero en realidad no puedo quejarme de la fortuna.

Dejaremos al señor de Guevara para ver lo que hacía don Pedro de Carvajal.

CAPITULO XLII

DON PEDRO VE CLARO Y QUIRÓS DA UN BUEN CONSEJO

El diablo se complace en complicar las situaciones, en combinar las circunstancias, porque no tiene que hacer otra cosa, y no ha de aburrirse permaneciendo en la inacción por los siglos de los siglos.

Sucedió, pues, que cuando don Pedro salió del aposento de don Juan y al ir á cruzar el pasillo, encontróse de manos á boca con el señor Antonio de Quirós.

—¡Vive el cielo!—exclamó el señor de Carvajal.—Casualidad como ésta no se concibe.

—¿Que Dios os guarde, don Pedro. ¿Qué haceis por aquí? ¿Habéis venido á buscarme?

—No, porque ignoraba que aquí tuviéseis vuestra habitación; pero me felicito mucho de encontraros.

—Yo también.

—Y si no teviéseis que hacer otra cosa, hablaríamos.

—Nadie me espera, y si queréis honrar mi pobre habitación...

—Honrado me considero al ser recibido por una persona que vale tanto como vos.

—Entrad.

Y entraron en el aposento del amante de doña Luz.

—Todo podéis imaginarlo—dijo el señor de Carvajal—, menos lo que acaba de sucederme.

—No lo adivino; pero si no hubiérais de tenerme por vanidoso, os diría que lo sospecho.

—¿A quién creéis que he visto?

—A don Juan de Guevara, que ocupa el aposento que está frente á éste.

—No os equivocáis, y por cierto que indirectamente habéis sido causa de que yo pase un mal rato.

—Sí, porque sin deciros mi nombre os habré dado parte de los sucesos que anoche tuvieron lugar, y cuyo recuerdo y testimonio lleva en sus espaldas, porque desahogué el mal humor regalándole un par de cintarazos.

—Todo lo ha dicho menos ese detalle.

—Otros de mayor importancia debe haber callado.

—Sé también que hoy le habéis devuelto su espada; y que como no ha querido batirse, le habéis amenazado con el secreto de la conspiración.

—Es verdad; con ese secreto y con otro, el de una historia que ya va siendo antigua y en la que don Juan de Guevara representa un papel nada envidiable.

—Por lo que pudiera conveniros, señor de Quirós, no le he dicho más sino que os conozco de vista.

—Os lo agradezco.

—Y acabé por reirme de vuestras amenazas, fundando mi tranquilidad en vuestros nobles sentimientos, pues aseguré que jamas seriais delator, jamás me haríais daño, ni tampoco al conde por hacérselo á don Juan.

—Pues sabed, don Pedro, que no le amenacé con ir á revelar al rey el secreto de la conspiración, sino con revelar á don Luis otro secreto de mayor importancia, el de que mi rival está representado con vos, con el conde, con todos nosotros, el papel de Judas.

—¡Caballerol...

—Y nada podeis hacer, señor de Carvajal, porque si intentáseis siquiera, no más que intentarlo, castigar á ese traidor, os costaría la cabeza. Supongo que conocéis á Felipe II.

—Sí, sí.

—Pues que de gobierno os sirva el saludable aviso que os doy.

—Es tan grave lo que decís...

—Muy grave.

—¿Qué pruebas tenéis para acusar á Guevara?

—No necesito ningunas.

—Si os fundáis solamente en que ha cometido otros abusos...

—No.

—Caballero, explicaos, pues bien sabéis que juego la cabeza.

—Antes quisiera yo saber lo que habéis hecho con la declaración que os entregué firmada por el conde, pues me sorprende mucho que á estas horas os encontréis libre.

—Tuve la desgracia de que el papel se me perdiese.

—Pues esa desgracia ha sido vuestra salvación.

—¿Acaso sabéis?...

—Cuando os pregunto, es porque nada sé.

—De mi casa salí llevando el papel en el bolsillo, y no estoy equivocado, puesto que me encontré á don Juan, se lo enseñé, y quedamos en vernos aquella noche para que firmase.

—¿Y qué más?—preguntó con vivo interés el señor Antonio.

Yo me paseaba y se me presentó el príncipe de Eboli, diciéndome que fuese con él, porque me llamaba su majestad. Fuí sin ningún recelo.

—Ya debía saber el rey que en vuestro bolsillo se encontraba el papel.

—No os equivocais, porque Felipe II mandó á Rui-Gómez de Silva que me registrase, y cuando me consideré perdido...

—No estaba en vuestros bolsillos el papel... Ya lo veis, la desgracia fué una fortuna, os salvasteis por casualidad.

—Sí.

—Nadie sabía que en vuestro poder se encontraba semejante documento.

—Solamente don Juan.

—Y á los pocos minutos ya lo sabía también el rey, y no os dió tiempo para que volviéseis á vuestra casa.

—¡Oh!...

—El plan estaba admirablemente combinado.

—¡Por el infierno!...



—Y un empleo en la servidumbre del rey solicitaba don Juan.

—¡Traidor!...

—Y antes nadie le hacía caso, y ahora su majestad lo atiende...

—Basta, basta,—interrumpió don Pedro, de cuyos ojos se escaparon centellas de ira.—Ahora mismo pagará ese miserable su alevosía.

Y se puso en pie y dió un paso hacia la puerta. Quirós lo detuvo, diciéndole:

—No cometeréis tal locura, porque yo lo es-torbaré.

—Dejadme.

—¿Queréis entregar vuestra cabeza al verdugo?

—¿Y he de dejar que ese miserable?...

—Ahora nada puede hacer... Dominaos, don Pedro, que aún hemos de hablar, y es de mucho interés lo que tenemos que decir.

Hizo un gran esfuerzo el señor de Carvajal y volvió á sentarse.

El señor Antonio añadió:

—Decidme lo que habéis hecho para recuperar el documento que tanta importancia tiene, pues sabiendo el sitio donde se os perdió...

—Y sé también quién lo ha encontrado.

—Entonces...

—La más negra fatalidad me persigue, señor de Quirós.

—¿No tenéis esperanza de que esa persona os devuelva el papel?

—Ninguna.

—¿Con qué fin quiere guardarlo?

—Para amenazarme, para imponer condiciones.

—Un abuso.

—Tal vez no—murmuró don Pedro, cuya frente se contrajo más de lo que estaba.

—Voy viendo que una coincidencia...

—Sí, una coincidencia infernal.

—Señor de Carvajal, vuestra situación no la conozco, sino con respecto al gravísimo negocio de Flandes; siempre resulta que sois muy afortunado, porque fortuna muy grande fué que el papel se os perdiese, y fortuna también que haya caído en poder de quien se concreta á guardarlo como un arma para amenazaros y conseguir lo que de otra manera negaríais.

—Sí—dijo maquinalmente don Pedro.

—Si no os piden nada contrario á vuestro honor...

—No...

—Haced el sacrificio y recuperad á toda cos-

ta ese documento, que nunca debísteis firmar ni tampoco el conde, pues entre caballeros bastante es la palabra, y esos compromisos están de más.

—No es posible que apreciéis mi situación.

—Por de pronto os habéis salvado.

Silencioso y pensativo quedó el señor de Carvajal.

Sobre el pecho inclinó la cabeza y se cerraron sus ojos.

El amante de doña Luz lo contempló, mientras decía para sí:

—Violenta, terrible es la borrasca. ¿Qué misterio hay en la vida de este hombre?... Es malo, quizás tan malo como don Juan de Guevara; pero siquiera tiene valor y no sería imposible hacer que en su alma renaciese un sentimiento noble. Quiero conocer la situación... Haré la prueba.

Silenciosos continuaron algunos minutos.

Por fin don Pedro levantó la cabeza y murmuró:

—Mis ideas empiezan á ser confusas.

—Caballero—dijo el señor Antonio—os haré una advertencia, porque me importa mucho.

—Decid.

—No soy curioso.

—Ya lo sé.

—No hay cosa que más me desagrade, que conocer secretos de la vida ajena, porque los secretos son una carga muy pesada para quien honradamente quiere guardarlos.

—¿Y bien?...

—En vuestra situación particular hay algo de muchísima importancia que no quiero saber, y os agradecería que dieseis por terminada esta conversación. Os he dicho cuanto puede seros útil, y ahora no os quedará duda de que me sobra la razón para no poner mi firma en el malhadado papel y para desconfiar del señor de Guevara.

—No os equivocásteis.

—Pues bien, convencido como estáis...

—Perdonad—interrumpió don Pedro.

—¿Qué queréis?

—¡Oh!... Necesito luz para mi inteligencia... ¿A quién acudiré que con sinceridad me aconseje?

—Amigos debéis tener.

—Como don Juan de Guevara.

—Vuestro amigo leal es el conde, y no han de faltáros otros.

—Pero si el que es leal no tiene bastante inteligencia...

—Y los que tengan bastante inteligencia no han de querer echar sobre sí la responsabilidad de los consejos. El hombre no necesita que le den esa luz que con tanto afán buscáis, porque todas las dudas se resuelven colocándose en el camino de los deberes, de la virtud.

—¿Y las pasiones que se encienden contra nuestra voluntad?

—Con la voluntad se hace todo, don Pedro.

—Cuando la razón se trastorna...

—Cuando el hombre se empeña en no hacer una cosa, no la hace: sufrirá mucho, morirá; peso no hará lo que su conciencia condenaba. En el último apuro, en último resultado, puede sobrevenir la muerte, y con morir todo ha concluido. Si nuestra voluntad no tuviese fuerza bastante para dominar todas nuestras pasiones, no seríamos responsables de nuestra conducta. Todo consiste en hacer ó no hacer uso de esa fuerza prodigiosa, incontrastable, inmensa que se llama voluntad.

—¡Qué feliz debéis ser!

—Nunca he dicho que soy desgraciado.

—¿A pesar de todas las contrariedades que estáis sufriendo?...

—Esos son pequeños accidentes que valen poco.

—Señor de Quirós, según entiendo, amáis con delirio á doña Luz de Guzmán.

—Sí.

—Para la realización de vuestros deseos...

—Todo lo haría, menos olvidar mis deberes, menos cometer un abuso.

—¿Y si doña Luz os rechazase?

—Me resignaría, porque no tengo derecho á imponerme ni obligarla á que me ame.

—¿Y si amase á otro, si viérais que de otro iba á ser esposa?...

—Quizás la desesperación me mataría.

—¿Pero qué haríais con vuestro rival?

—Huiría de él para evitar que en un momento de arrebató...

—Señor de Quirós—interrumpió don Pedro—no me comprenderéis, porque sabéis dominar vuestras pasiones, y yo nunca he dominado las mías.

—Empezad ahora.

—Ya es tarde—dijo con amargura don Pedro.

—Pues si consejos me pedís...

—Escuchadme.

—Decid lo que bien os parezca; pero os recuerdo que no soy curioso.

Cuanto más aparentaba rehuir aquella conversación el señor Antonio, más deseos tenía el señor de Carvajal de decir en qué consistía su apuro.

—En mi pecho arde una pasión que me trastorna.

—Es una gran desgracia.

—Momentos hay en que pierdo la razón, y entonces hago todo lo que puede hacer un loco. Después me arrepiento, me horroriza mi proceder; pero ya es tarde para remediar el mal.

Empiezo á comprender.

—La mujer que esta pasión ha encendido en mi pecho, no me corresponde ni ha de corresponderme, porque á otro ama. Es una infeliz que quedó sin padre y trabaja y se sacrifica para endulzar en cuanto es posible los sufrimientos de su pobre madre. Y á pesar de ser tan triste su situación, tiene orgullo, soberbia...

—Dignidad diréis.

—Exagerada.

—Como es siempre la dignidad del pobre.

—A todos los medios he acudido para conseguir que esa mujer corresponda á mi amor.

—¿Queríais que fuese vuestra esposa ó vuestra manceba?

—Señor de Quirós—dijo turbado don Pedro—, lo que yo quería...

—Era que esa infeliz sacrificase á vuestra pasión el tesoro de su pureza, su honra, que es lo único que posee. Le habréis ofrecido dinero...

—Lo ha despreciado.

—Le habréis amenazado...

—Y siempre ha resistido.

—No necesito más explicaciones.

—La fatalidad ha querido...

—Dios ha dispuesto que el papel que perdísteis vaya á parar á manos de esas mujeres.

—Sí—murmuró sombríamente don Pedro.

—Y son nobles y generosas hasta el punto de que renuncian á vengarse; pero como tampoco han de quedar indefensas, guardan el papel y os amenazan, os exigen que las dejéis en paz, que las olvidéis.

—No os equivocáis.

—Otra vez os lo digo, don Pedro, no podéis ser más afortunado. En vuestro poder era un peligro ese documento, pero en el suyo...

—No me lo devolverán.

—¿Y qué os importa?

—¡Oh!...

—Me habéis pedido un consejo, y os lo daré lealmente.

—Sí, sí.

—Supongo que esas mujeres habitan en el Escorial.

—Allí tienen lo único con que cuentan para vivir: la casita y una tierra que les dejó el honrado Alonso de Vargas.

—¡Alonso de Vargas!...

—¿Lo conocisteis?

—Me parece que alguna vez he oído pronunciar ese nombre... Pero esto no importa... Iréis al Escorial, veréis á esas infelices, les diréis que ya estáis tranquilo y que lo único que les suplicáis es que guarden el documento en lugar seguro. Tal vez os lo entreguen.

—No lo harán.

—Pero si lo hacen, no lo toméis, y decidles que lo guarden ó que lo rompan, dándoles así una prueba de que vuestro arrepentimiento es verdadero.

El señor de Carvajal miraba con asombro á Quirós.

Este prosiguió diciendo:

—Y antes de dar tiempo á réplicas ni observaciones saldréis de la casa y os volveréis á Madrid.

—¿Y qué sucederá después?

—No os importa, don Pedro, porque nada teméis que temer mientras la declaración se encuentre en manos de esas infelices.

—Hay una circunstancia que es preciso tener en cuenta.

—¿Cuál?

—El doctor Olivares, no sé por qué razón, parece que se ha declarado protector decidido de las dos mujeres.

—El doctor Olivares... ¡Oh!... Mucho cuidado, señor de Carvajal.

—Quizás ellas, para darle una prueba de gratitud, le han confiado el secreto, en cuyo caso...

—No abusará Olivares; pero al fin...

—Es un peligro.

—El peor de todos.

—Y si él les aconseja...

—Para nada sirven los consejos cuando esas almas nobles quieren ser generosas.

—Mucho le deben ellas al doctor.

—Si las socorre...

—Está haciendo lo que más puede halagar á la hija; pues sucedió que al amante de ésta, que

es un pobre hidalgo, quisieron asesinarlo cuando una tarde se encaminaba á pie desde el Escorial á Valdemorillo.

El señor Antonio fijó una mirada escudriñadora en don Pedro.

Este se estremeció y bajó los ojos.

—Entiendo—dijo Quirós, después de algunos momentos—: hirieron gravemente al pobre hidalgo, y el doctor lo cura y lo salvará.

—Y además ha conseguido que el rey se interese por esa familia.

—Don Pedro, estáis á los bordes del abismo, y si no retrocedéis...

—¡Retroceder!... No puedo.

—¿Por qué?

—Me lo estorba mi pasión.

—Dominadla.

—Mi voluntad es impotente.

—Ya os he dicho que la voluntad lo puede todo.

—Olvidáis, señor de Quirós, que los locos no tienen voluntad.

—Pero como vos no estais loco...

—Sí.

—Si os empeñáis...

—¡Vive el cielo!... Si pudiéseis comprender...

—Que Dios os proteja, porque los hombres nada pueden hacer en vuestro favor.

—Intentaré salvarme.

—Me habéis pedido un consejo y os lo he dado lealmente.

—Desde hoy os considero mi mejor amigo, y tened por seguro que no diré al confesor lo que á vos no os diga.

—Gracias, don Pedro; ¿pero de qué sirve que hayáis depositado en mí tan ciega confianza? No me escucháis...

—Sí os escucho.

—Pero nada más.

—Haré cuanto me sea posible; si triunfo, si me salvo, á vos lo deberé.

—A Dios.

—Hoy mismo saldré para el Escorial.

—No habéis visto lo que está más claro.

—¿Qué?

—Supongo que habéis hecho mucho mal á esas mujeres.

—No lo niego.

—Y supongo también, y perdonadme, que alguna parte tenéis en la desgracia de ese hidalgo.

—Uno de mis criados, con un celo mal entendido...

—No digáis más.

—Pero yo...

—Todo eso debe haber llegado á noticia de Felipe II; pero como no le presentan pruebas, no puede castigaros, y busca un motivo cualquiera que justifique la más terrible determinación. Si el documento no se hubiera perdido, os entregarían al verdugo, y si bien para el mundo sufriríais la pena de vuestra traición, en realidad el castigo se os imponía por los demás abusos que habéis cometido para satisfacer vuestras pasiones.

—Quizás no os equivoquéis, porque han sucedido cosas tan extrañas...

• —Si dudáis, el tiempo os convencerá.

Cada vez miraba don Pedro con más admiración al amante de doña Luz.

La calma de éste no se había alterado ni por un solo instante.

No necesitaba más para conocer á don Pedro tan bien como conocía á don Juan de Guevara.

Muy poco más hablaron, poniendo fin á la conversación y despidiéndose el señor de Carvajal con ánimo resuelto de partir aquella misma tarde.

—¡Oh!—murmuró el señor Antonio.—No abrigo esperanza de que se regenere este miserable... ¡Vive el cielo!... Con buena gente se ha metido el conde. ¿Y es con tales hombres con los que hemos de hacer que triunfe la causa de la libertad, la causa de la justicia?... El príncipe don Carlos es un niño loco, y éstos que le ayudan no tienen otra mira que la de sus ambiciones. Nada conseguiremos como no sea sacrificarnos estérilmente.

A reflexiones bien tristes se entregó el señor Antonio.

Media hora después salió de la hostería.

También había decidido ir al Escorial para hacer averiguaciones y conocer en toda su extensión los abusos que había cometido don Pedro de Carvajal.

Lo dejaremos para buscar otra vez á don Juan de Guevara, de quien ya dijimos que salió de la hostería para ir á visitar al padre de doña Luz.

También entonces necesitaba el traidor ser muy astuto, si había de quedar en situación ventajosa.

CAPITULO XLIII

SIGUE DON JUAN DANDO PRUEBAS DE SU ASTUCIA

Muy preocupado continuaba don Luis, porque la situación no era para menos.

Dudaba todavía en cuanto á si era ó no verdad que su hija amaba al señor Antonio de Quirós, y si éste había ó no estado allí la pasada noche.

Además, mortificábase mucho la resolución firme de la joven de no ser esposa de don Juan de Guevara, y la mortificación no consistía en que don Luis se inclinase más ó menos en favor del criminal, sino que aquella determinación era para él una rebeldía, y con esto no podía transigir quien era tan celoso de su autoridad.

No había querido hablar nuevamente con su hija de tan desagradable asunto, y le desagradó la visita de don Juan; pero tenía que recibirlo, siquiera fuese por lo que convenía para ver si algo se aclaraba lo que se presentaba tan oscuro.

El señor de Guevara apenas entró dijo:

—Caballero, procuraré molestaros lo menos posible.

—No sois vos quien me molesta, sino las circunstancias, la situación en que me encuentro colocado sin saber cómo.

—Yo me lo explico perfectamente.

—Pues yo confieso mi torpeza.

—La causa de todo es vuestra excesiva bondad, la buena fe, que lleváis hasta la exageración.

—Tal vez.

—No lo dudéis, don Luis.

—¿He debido mostrarme más severo con mi hija?

—Mucho más, y perdonadme que os lo diga con tan ruda franqueza.

—Pensad que no tengo en este mundo más que su cariño.

—Es verdad; pero...

—Y ella siempre me ha respetado, ha pagado mi ternura con ternura sin igual, y nunca me ha dado el más leve motivo de queja.

—Pero como todas las criaturas son débiles, porque no puede haber ninguna perfecta, ha llegado un día en que doña Luz, dominada por una pasión...

—Aún lo dudo, don Juan.

—Pronto os daré una prueba de que antes que mi dicha quiero vuestro reposo, y de que haré

todos los sacrificios antes que traer el dolor y el llanto al seno de una familia honrada.

—Gracias, don Juan.

—Me parece un crimen imperdonable amargar los últimos días de vuestra existencia.

—Amargados están mis días desde que á mi esposa perdí.

—Os queda el consuelo de vuestra hija...

—Y ese consuelo...

—No os desesperéis, don Luis, que doña Luz es virtuosa como pocas mujeres, y más ó menos tarde la veréis en el camino de la razón.

—Dios lo quiera.

—Pero entre tanto necesito quedar en el lugar que me corresponde; porque sería muy triste que después de hacer todos los sacrificios y de sufrir todas las contrariedades, se pusiese en duda mi sinceridad, ó se creyese que soy un impostor.

—No he creído semejante cosa.

—Anoche me condenaron las apariencias.

—Debéis reconocer...

—Contra lo que veo y lo que toco no hay razones que tengan bastante valor.

—¿Estáis seguro, completamente seguro, de que ese hombre entró en esta casa y no en la de más arriba ó en la de más abajo? Porque junto á la puerta que da á las caballerizas, á tres ó cuatro pasos no más de distancia, hay otra puerta, la de la casa del señor Florencio de Acuña, que también tiene una hija joven y hermosa.

—No me equivoqué.

—Y con la obscuridad de la noche, y si algo lejos os encontrabais...

—Tengo otras pruebas, don Luis.

—¿En qué consisten?

—Cuando anoche salí, volví á situarme en el hueco de la puerta donde antes me oculté.

—¿Y visteis?

—Que media hora después salió el señor Antonio de Quirós.

—¡Oh!...

—Y consiguió descubrirme, y cuando yo me encontraba más descuidado, me acometió furiosamente.

—¡Ah!... Recuerdo ahora que me pareció haber oído...

—¿Ruido de espadas, no es verdad?

—Sí; pero por algunos momentos.

—Como desprevenido me encontraba y mal colocado en el hueco de la puerta, apenas pude parar los primeros golpes, y en aquella posi-

ción al señor Antonio le costó poco trabajo desarmarme.

—¿Y vos?...

—Ya no podía defenderme, y el miserable me acometía y tuve que huir.

—Villana fué su acción, porque si estabais desarmado...

—¡Y tamaña ofensa he tenido que sufrir!...

—Don Juan...

—¡Vive el cielo!... La soberbia me ciega, y Dios sabe los esfuerzos que tengo que hacer para contenerme.

Se había contraído más y más el rostro del señor de Guevara, y de sus ojos se escapaban dos centellas de ira.

—¿Y qué pensáis hacer?

—Aún ha sucedido más.

—¡Más todavía!...

—El señor Antonio de Quirós, con un cinismo sin igual, ha ido á verme esta mañana, y mi espada me ha devuelto, y cuando quise pedirle cuentas de su proceder, me dijo que se bataría, pero que todo el mundo sabría la causa, y que por consiguiente la reputación de doña Luz...

—¡Dios mío!...

—Puedo castigar al miserable que me ha ofendido; pero á costa de vuestro honor, porque todo el mundo sabría que á media noche, y sin más testigos que Dios, ha entrado en vuestra casa mi rival.

—Señor de Guevara...

—Para que á salvo quede la reputación de vuestra hija tengo que hacer el sacrificio de mi dignidad, de mi honor ofendido gravemente... ¡Oh!... Decidme ahora en qué consiste mi deber, decidme lo que haríais en mi lugar.

Don Luis se pasó las manos por la frente.

Sufría mucho.

Pedirle á don Juan que se dominase y renunciase á vengar la ofensa, era demasiado pedir, y dejarlo que venganza tomase á costa de la reputación de doña Luz, era también imposible que lo aconsejase el noble caballero.

La alternativa en que se encontraba era bien dura.

De su astucia acababa de dar una prueba don Juan de Guevara, y ya no podía dudarse de que con su astucia dominaría todas las situaciones.

El verdugo aparecía como víctima la más noble y la más interesante.

Después de algunos minutos, dijo don Luis:

—Haced lo que os dicte vuestra conciencia, pues la mía no me permite aconsejaros.

—Ya he adoptado una resolución.

—¿Y en qué consiste?—preguntó con ansiedad el infeliz padre.

—Haré el sacrificio por completo.

—¿Don Juan!

—Mi deber antes que todo.

—Tanta nobleza...

—Seguid escuchando, don Luis.

—Mi gratitud...

—Vuelvo á suplicaros que me escuchéis.

—Decid.

—Opino que dejéis en paz á vuestra hija, y yo aparentaré que desisto de mis pretensiones. Una vez colocados en esta situación, con vuestros consejos, con dulces reflexiones, con vigilancia incesante...

—Comprendo...

—Abrigo la esperanza de que así volverá doña Luz al camino de la razón, y entonces, respetando vuestra autoridad y reconociendo la nobleza de mi proceder, conseguiré lo que deseo, y seré el más feliz de los hombres.

—Os debo mucho, don Juan.

—Entre tanto, yo me ocuparé de mis pretensiones sobre el empleo á que aspiro para que complacido quedéis, pues por mi parte os juro que mi ambición única es hacer dichosa á vuestra hija al mismo tiempo que yo soy dichoso.

—Tranquilizaos, señor de Guevara, que ese hombre no verá más á mi hija, pues tales precauciones adoptaré, que aunque el diablo le ayude, no conseguirá penetrar otra vez en esta casa.

—Y os aconsejo que de las palabras de los enamorados no os fiéis tan ciegamente, pues si bien reconozco que doña Luz es incapaz de mentir, cuando se trata de asuntos de amor ha de hacer lo que haría la mujer más escrupulosa.

—Entiendo.

—Fuera de duda está que hay un traidor entre vuestros criados.

—Así debe ser.

—Observad, que tarde ó temprano los traidores se dan ellos mismos á conocer.

Don Luis quedó pensativo.

A pesar de los razonamientos incontestables que acababa de oír, no estaba convencido por completo en cuanto á que su hija fuese capaz de mentir.

Y sin embargo, lo que había dicho don Juan de Guevara tenía mucha fuerza, pues no era po-

sible que hubiese inventado lo de que el señor Antonio de Quirós había salido de la casa la noche anterior y lo había desarmado amenazándole después con el escándalo que había de producir al ser conocido el motivo del duelo.

Las dudas y vacilaciones de don Luis de Guzmán tenían muy fácil explicación: resistíase á creer lo que para él era muy horrible, porque nunca nos convencemos de lo que nos desagradaba ó es contrario á nuestras ideas.

Después de algunos minutos levantó la cabeza y miró á don Juan, que en aquellos momentos no disimulaba.

No sabemos lo que el padre de doña Luz encontró en el fondo de las pupilas del señor de Guevara, pero sí podemos decir que se estremeció, y pensó entonces que aquel hombre podía representar una farsa.

Si doña Luz mentía, ¿por qué no había de suponerse que también podía mentir el señor de Guevara?

Estas ideas, estas sospechas, estas dudas eran el consuelo del señor de Guzmán, que dijo al fin:

—Soy amante de la justicia y no quiero fallar fiando en apariencias.

—Hacéis bien; pero...

—¿A cuál de mis criados debo acusar?

—Ya visteis que la dueña...

—No estaba en su aposento; pero en cambio...

—Una farsa.

—O la verdad, porque todo es posible.

—Pues entonces...

—La doncella dormía.

—Los demás criados son inocentes.

—Y mi hija estaba rezando y se levantó indignada, y ella misma me rogó que registrase.

—Don Luis, en vuestra casa hay algún escondite con el que no acertamos anoche.

—No.

—Los sucesos lo prueban.

—¿Creeis que yo no conozco el interior de mi casa?

—Sí, pero...

—No es posible que una persona se oculte sin que yo la encuentre.

—¿Y cómo explicáis que el señor Antonio de Quirós saliese mucho después de haber yo salido?

—No lo sé.

—Si sois de los que creen en brujerías...

—No.

—Pues ante la evidencia...

—Dejemos al tiempo lo que no podemos resolver. Hemos convenido un plan y lo pondremos en práctica. Po lo demás, os agradezco con toda mi alma que hagáis el sacrificio de vuestro amor propio en bien de la reputación de mi hija y de mi honor.

—Creo que así cumplo mi deber.

—Ocupaos en pretender el empleo y aprovechad esta ocasión, en que parece que su majestad se muestra propicio, y entre tanto yo os aseguro que tales cosas haré, que mi hija no podrá ver á ese hombre, si cierto es que en mi casa se ha introducido, y en caso de apuro la encerraré en un convento hasta que llegue el día de resolver esta situación.

—Conste que ni siquiera pasaré por esta calle

—Pues á mí me parece que debierais vigilar y observar con disimulo.

—No lo haré, porque no quiero responsabilidades de lo que pueda suceder.

—Verdad es que hay el peligro de que os encontréis con ese hombre.

—Y como no puede uno siempre dominarse...

—Entendido.

—Don Luis, lo de mi empleo es cosa segura, y por consiguiente...

—Mi hija será vuestra esposa, mal que pese al señor de Quirós y á todo el mundo.

—Hoy mismo saldré para el Escorial.

—Tranquilo podéis ir.

El señor de Guevara había quedado en la más ventajosa situación.

¿Para qué había de prolongar aquella conversación?

Su astucia había triunfado por tercera vez aquella mañana.

Se puso en pie y se despidió, estrechando la diestra de don Luis y dirigiéndole las palabras más afectuosas.

—¿Cuándo volveréis?—le preguntó el señor de Guzmán.

—Cuando vuelva la corte, que quizás permanezca algunos días allí, porque ahora tienen que ocuparse del motín de los trabajadores, y me parece que este negocio ha de dar mucho que hacer.

—Yo creí que ninguna importancia tenía semejante alboroto.

—Tiene mucha, porque la obra está paralizada, y porque los rebeldes se han esparcido por

los pueblos cercanos y cometen todo género de atropellos.

—¿Y qué hacen los soldados?

—No es fácil atacar á unos cuantos miles de hombres que se hacen fuertes en las asperezas de las montañas y en las espesuras de las selvas.

—Dios los ilumine.

—Falta nos hace la paz.

Tampoco de este asunto hablaron más, porque para ello no tenía ninguna importancia.

Salió don Juan.

Don Luis volvió á entregarse á las más tristes reflexiones.

CAPITULO XLIV

LO QUE SUCEDIÓ EN EL ESCORIAL

Aquella misma tarde, aunque á distinta hora, salieron de Madrid don Pedro de Carvajal, Guevara y Quirós, encaminándose los tres al Escorial.

Allí también iremos nosotros para presenciar escenas, no solamente tristes, sino verdaderamente horribles.

En las cuevas del monasterio dejamos á muchos trabajadores que el día de la lucha habían tenido la desgracia de caer en manos de los soldados, y que no se dejaron matar, porque creyeron que la justicia se consideraría satisfecha con la sangre que se había derramado.

Los sucesos que nos ocupan son uno de tantos borrones de la historia de Felipe II, borrón de que apenas se hace mención en los documentos de aquella época, porque no se le da bastante importancia al motín de unos desdichados que nada representaban en el mundo.

Cuando tuvieron lugar aquellos sucesos horribles, Juan de Herrera no se encontraba en el Escorial, y dicen unos que para asuntos urgentes y privados había ido á Valladolid con licencia del monarca, mientras que otros aseguran que previendo la borrasca y comprendiendo que su situación había de ser muy comprometida, buscó un pretexto para alejarse y no volver hasta que se hubiesen resuelto las dificultades.

Juan de Herrera amaba sinceramente á todos los trabajadores, y en particular á los que se distinguían por su inteligencia, pues decía que sin la ayuda de todos éstos no hubiera podido realizar la gigantesca obra que es admiración del mundo y se considera una maravilla.

Hijo del pueblo y elevado solamente por su inteligencia, por su genio casi inconcebible, no podía aquel hombre superior reconocer más jerarquías ni más grandezas que las adquiridas con el trabajo y el genio, y claro es que en la cuestión que nos ocupa debía estar de parte de los obreros, que tan acertadamente le secundaban y ayudaban á inmortalizar su nombre.

El dictado de padre le daban aquellos infelices, y él había acudido más de una vez al monarca y á los cortesanos que gozaban de mayor influencia ó que disfrutaban de ciertos puestos, en demanda de justicia, es decir, pidiendo que se pagasen los jornales, por cierto bien mezquinos, y pintando la situación tristísima en que se encontraban aquellos hombres, que algunos días fueron á trabajar sin haber comido y dejando en sus chozas á sus familias estenuadas.

Nada había conseguido Juan de Herrera, pues si alguna orden vaga dió Felipe II para que se atendiese la petición, no fué cumplida.

Cansado y aburrido de reclamar en vano, dejó de gestionar Juan de Herrera; pero comprendiendo que el hambre es mala consejera, y viendo que algunos hablaban de emplear la fuerza para conseguir lo que se les negaba pacíficamente, determinó salvarse de compromisos y buscó un pretexto para alejarse.

No podía el arquitecto hacer nada contra los trabajadores, ni tampoco mostrarse favorable á ellos, porque hubiera sido considerado como una rebeldía.

Por su fortuna, y por desgracia de los obreros, produjose el conflicto cuando ausente se encontraba aquél.

Quizá hubiese podido Juan de Herrera salvar algunas víctimas; pero nada hubiera sido posible hacer en favor de todos.

Felipe II había prometido hacer justicia, y la hizo como otras muchas veces, sacrificándolo todo á la fría razón de Estado y al prestigio de la autoridad.

A los trabajadores se les debía, y mandó que se les pagase.

Hecha así justicia, dijo:

—Ahora falta castigar á los que se han amotinado y á viva fuerza han penetrado en mi cámara.

Y mandó hacer las prisiones que produjeron una nueva lucha y que costaron tanta sangre.

Los soldados, según hemos dicho ya, entregáronse á todos los excesos, y se cometieron abusos

que no podemos referir por lo repugnantes. ¿Podían someterse los trabajadores?

No, porque ya sabían la suerte que les esperaba, y antes que morir ahorcados, como si fuesen criminales, preferían morir luchando como hombres valerosos y dignos.

Alejáronse, pues, del monasterio, se internaron en los bosques y montañas, y buscaron subsistencia en los pueblos inmediatos, donde entraban para devorarlo todo, porque ya no era posible que obedecieran otra ley que la imperiosa de la necesidad.

Los soldados se esparcieron también en persecución de aquellos infelices, y el que quedaba rezagado, porque sus fuerzas se agotaban, perecía á manos de la soldadesca.

Así murieron particularmente mujeres y niños, pues para los perseguidores eran criminales todos los que huían, cualquiera que fuese su sexo ó edad.

Escenas hubo que por lo horroroso no pueden pintarse.

Recorriendo aquellos bosques y montañas, encontrábanse cuerpos mutilados, á los que ni siquiera se daba sepultura.

Consternados estaban los habitantes de la comarca, pues los fugitivos, como una bandada de langosta, lo arrasaban todo.

Entretanto se había pronunciado la terrible sentencia contra los que en las cuevas se encontraban, y todos fueron ahorcados, llevando la crueldad hasta el refinamiento, pues á muchos se les colgó precisamente en los sitios donde habían trabajado y dado pruebas de su inteligencia y laboriosidad.

Acúsase á los cortesanos, y particularmente á don Ruy Gómez de Silva, de alentar al monarca en aquella obra de destrucción. Comprendemos que Ruy Gómez se ensañase en cuanto le fuese posible, puesto que desde antes que se produjese el motín había oído gritar muchas veces: "¡Muera Ruy Gómez!"

No podía el favorito vivir con tranquilidad mientras existiese uno de los que habían pedido su cabeza.

Debemos advertir que el valor no era la cualidad que resaltaba en Ruy Gómez de Silva, ni tampoco el talento, pues el favor de que gozaba lo debía exclusivamente á los encantos arrebatadores de su esposa doña Ana de la Cerda.

Esta fué la única mujer que consiguió fascinar á Felipe II.



Lo que parece inverosímil es que éste escuchase en aquella ocasión los consejos de sus cortesanos, pues nunca consiguió nadie influir en su ánimo, nunca se cuidó de las opiniones de los demás, y siempre hizo lo que mejor le parecía.

La responsabilidad de aquellas desgracias es toda de Felipe II, y en vano sus panegíricos intentaron probar otra cosa.

Los cuerpos de los infelices que ahorcaron fueron en los andamios y cimbras del monasterio, quitáronse de allí para evitar impresiones desagradables al monarca, pero algunas cabezas se colocaron en los caminos de las villas cercanas para que allí pudieran contemplarlas los rebeldes y sirvieran de saludable escármiento.

El efecto debía ser contrario al que se proponían los que adoptaron estas resoluciones, pues aquel espectáculo debía encender más y más la ira y la sed de venganza de los fugitivos.

No era fácil infundir terror ni mucho menos someter al padre que había perdido á su hijo, al hijo que contemplaba la cabeza de su padre, al esposo que veía el cadáver horriblemente mutilado de su esposa, ni á la madre que había visto morir en sus brazos á su tierno hijo.

Aquella debía ser una lucha sin tregua, sin misericordia, una lucha de represalias, y todos debían cometer los más horrendos abusos.

Para juzgar con acierto es preciso buscar la causa.

Si desde luego se hubiesen atendido las reclamaciones de los infelices obreros, no se hubiera producido el motín; pero no escucharon sus reclamaciones pacíficas, y ellos se morían de hambre y tuvieron que apelar á la fuerza.

Dado el primer paso, era forzoso que se diese el último.

Quiso el monarca mantener el prestigio de su autoridad que maltratada se vió por algunas horas, y los trabajadores quisieron también, como era natural, defenderse, puesto que ningún crimen había cometido.

Debieron dejarlos vagar por aquellos bosques algunos días y ofrecerles perdón; pero cometieron la torpeza de ahorcar á los que habían podido prender y de asesinar á los que encontraban ocultos en aquellas escabrosidades.

Así, la sublevación que en su principio no tuvo ninguna importancia, se convirtió en una guerra de exterminio.

Podían los obreros perdonar á los que durante la primera lucha habían herido; pero no á los

que mataban fríamente á hombres indefensos y exánimes, á débiles mujeres ó á inocentes niños.

A pesar del daño que en todas partes hacían los rebeldes, encontraban cierta protección; pues los habitantes de las cinco villas sabían que habían de quitarles muchos terrenos de que disfrutaban y que consideraban suyos, por haberlos roturado ó cultivado mucho tiempo, terrenos que debían servir para dotar á los frailes del nuevo monasterio.

La edificación de éste no la miraban con buenos ojos los habitantes de la comarca, y así se atrevieron á manifestarlo en una petición que elevaron á Felipe II, y en la que sin miramiento alguno calificaban de zánganos á los monjes, y decían que, lo mismo que San Jerónimo, á cuya Orden pertenecían, estaban en la obligación de buscar el sustento predicando ó trabajando de cualquier otra manera.

En pleno siglo XVI tenía grandísima importancia este acto de independencia de los habitantes de las cinco villas.

Sus temores no eran infundados, pues las apropiaciones se hicieron sin tener en cuenta más ley que el capricho y la conveniencia de la comunidad.

Así resultó que, tomando proporciones gigantescas aquella cuestión de tan poquísima importancia en su principio, no pudieron ceder los unos y los otros sin considerarse humillados.

El monarca, convencido al fin de que no podía dominarse con tanta facilidad la sublevación, dispuso que fuese otro cuerpo de tropas al Escorial; pero entretanto no podía resolver lo que para él era una cuestión gravísima. Las obras estaban paralizadas, y si bien podían encontrarse braceros para los trabajos que no necesitaban más que fuerza, era imposible contar con el auxilio de operarios inteligentes, sin los que no había medio de proseguir la obra.

De distintas provincias habían acudido los artífices más hábiles, y algunos, aunque pocos, del extranjero, y ni era fácil encontrar quien los sustituyese, ni tampoco inspiraban confianza después de lo que había sucedido.

Tristemente contemplaba el gran tirano su obra querida y gigantesca, la obra que debía, no conmemorar la batalla de San Quintín, como algunos suponen, sino servirle de refugio para entregarse á sus recuerdos cuando su conciencia se levantase terrible, como al fin se levantó.

Mientras consultaba al Consejo de Estado so-

brevemente la resolución que era conveniente tomar, llamaba á Juan de Herrera para que buscara un medio de salir de aquel apuro.

¿Qué había de hacer el célebre arquitecto?

Le dejaban la cabeza, pero le quitaban los brazos, y por consiguiente le sería imposible terminar la obra.

Tal era la situación cuando al Escorial volvieron Carvajal, Guevara y Quirós.

Desiertos estaban los alrededores del monasterio, y sin habitantes las chozas donde antes se abrigan los infelices trabajadores.

Las voces de éstos no resonaban entre los andamios, y el rey, para no recibir impresiones desagradables, evitaba en cuanto le era posible presentarse en aquel lugar.

Antes tanta animación, tanta vida, tanto bullicio, y pocos días después silencio y soledad y una calma que tenía mucho de lúgubre.

De vez en cuando veían salir al doctor Olivares para ir á visitar al rey; pero otra vez se encerraba en su habitación para cuidar al herido, y con nadie hablaba como no fuese con el padre de Felipe ó con las desgraciadas víctimas de don Pedro de Carvajal.

Este no se atrevía á dar entonces un solo paso para satisfacer sus impuros deseos, ya porque no podía olvidar los consejos del señor Antonio de Quirós, ya porque pensaba siempre en que la terrible declaración estaba en poder de sus víctimas.

Tampoco don Juan de Guevara podía hablar de sus pretensiones, porque ni los momentos eran oportunos, ni tampoco podía pedir nada sin cumplir su promesa de probar que don Pedro conspiraba contra el rey.

Tenía que aguardar á que lo favoreciesen las circunstancias, y principalmente se proponía que todos viesan que en el Escorial permanecía sin ocuparse de los que estaban en Madrid, y así nadie pensaría en él si al señor Antonio de Quirós le sucediese una desgracia.

En cuanto al viaje de este último, sabemos ya que lo que deseaba era hacer averiguaciones; pero lo que el lector ignora es que conocía á las dos infelices mujeres, y también al señor Felipe, con la circunstancia de que el padre de éste y el señor Alonso de Vargas habían sido amigos del padre del señor Antonio.

Con estos medios podía averiguar mucho y acabar de conocer toda la perversidad del alma de don Pedro.

En el otro personaje tenemos también que fijar particularmente la atención para que se comprendan los sucesos que vamos á referir y que han de complicar la situación de todos.

¿No había entre los fugitivos alguno que merezca particular mención?

Una pobre mujer, casi una niña, que ningún papel representaba en el mundo, una de esas criaturas que pasan desapercibidas, aunque su historia tenga muchísima importancia.

Nos alejaremos del monasterio, aunque no mucho, y nos internaremos en la selvática espesura del sitio que hoy se conoce con el nombre del Castañar y donde hubo una pequeña población que desapareció en aquella época, á consecuencia del motín de los trabajadores y de las expropiaciones hechas en favor de los frailes.

CAPITULO XLV

CUADRO DOLOROSO

Ocultábase el sol.

Las aves atravesaban el espacio en busca de sus nidos.

No se veían en la campiña rebaños, porque sus dueños los habían sacado de la comarca temerosos de que los sublevados se los arrebatasen.

En la umbría espesura del bosque no se percibía más ruido que el de las hojas al ser agitadas por el céfiro, ó el del susurro de los arroyos y de las fuentes.

Entre aquellos seculares árboles y muy cerca del límite meridional del bosque, junto á un cristalino manantial y sobre la hierba y apoyando la espalda en un grueso tronco, había un anciano, cuyo rostro lívido y desfigurado y cuyos ojos sin brillo ni expresión revelaban grandes sufrimientos y quizás la agonía.

Estaba vestido miserablemente con la túnica de grosera lana hecha jirones.

A sus pies y arrodillada, estrechándole las manos, contemplándolo con ansiedad angustiosa y dejando que el llanto corriese por sus pálidas mejillas, había una joven, casi una niña, puesto que no debía tener más de quince años.

Su rubia y fina cabellera estaba en desorden, destrozados sus pobres vestidos, y ensangrentados sus pequeños pies.

También debía sufrir mucho; pero su juventud podía resistir lo que era insoportable para el débil anciano.

No puede imaginarse nada más bello ni belleza más delicada que la' de aquella criatura, que en aquellos momentos tenía el doble interés que inspiraba su tristísima situación.

Grandes, rasgados y azules como el cielo eran sus ojos, y todas sus facciones hubieran podido servir de modelo el artista más exigente.

La garganta mórbida y blanca, de redondos hombros y turgente pecho, que á medio descubrir tenía, y todas sus formas, eran admirables y con algún desarrollo más, debían tener un encanto irresistible.

¿De dónde había salido aquella belleza prodigiosa?

¿Quién era?

¿Por qué se encontraba allí y en tan tristísima situación?

Con facilidad se comprende que el anciano era uno de los fugitivos y que después de vagar par aquellas asperezas, sin descanso ni alimento, se había detenido allí desfallecido y esperando la muerte ó el socorro de la Providencia. Como no fuesen los soldados, nadie había de llegar á aquellos sitios, y si los soldados llegaban, las dos infelices criaturas serían asesinadas como ya lo habían sido otras muchas.

De vez en cuando la pobre niña elevaba al cielo una mirada de dolor ó desesperación.

—Agua—murmuró por fin el anciano con voz débil.

Y la joven se acercó al manantial y convirtiendo en taza sus bellísimas manos, llevó una pequeña porción del cristalino líquido al moribundo, que humedeció sus labios y dijo luego con tono de amargura desgarradora:

—¡Pobre hija mía!... ¿Qué será de ti?...

—¡Padre mío!—exclamó la joven.—Dios nos socorrerá, y aun seremos felices con nuestra ternura.

—No—replicó el anciano.

—¿Y por qué no ha de enviarnos socorro la divina Providencia?

—Ya es tarde.

—Padre mío...

—Siento sobre el corazón la mano helada de la muerte... Vas á quedar sola en este mundo desdichado, sola... ¡Oh!... Esto es horrible...

—¡Dios mío!...

—El sol se oculta y con sus últimos rayos acabará también mi vida.

—No, no—dijo desesperadamente la pobre niña.

—Debes resignarte, porque Dios lo dispone así... Mi vida es bien triste, he sufrido mucho; pero no quisiera morir porque me espanta la idea de tu soledad... Si viviera tu madre, mi pobre hija... Si tuvieses esperanza de encontrar á tu padre... ¡Dios lo perdone!

—¡Ah!...

—¿Qué harás con tu pobreza, sin parientes, sin amigos, en el más horrible desamparo?... ¿Adónde irás?... ¿Quién te socorrerá, quién te protegerá contra todos los peligros que siempre amenazan á una mujer? Tu mayor desdicha es tu hermosura, tu juventud... ¡Pobre niña!... No he podido acabar mi obra... Dios lo ha dispuesto así... Acércate, hija mía, dame tus manos...

—¡Padre de mi alma!...

—La luz desaparece... Apenas te distingo... Estas son las sombras de la muerte... ¡Dios misericordioso!... Perdonadme, siquiera por lo mucho que he sufrido... Proteged á esta niña inocente y libradla de las desdichas que cayeron sobre su pobre madre... ¡Ah!...

Guardó silencio el anciano, porque le faltaron las fuerzas.

Quedábase frío su cuerpo.

Su respiración era desigual y trabajosa.

La joven lo acarició, besándolo con el frenesí del dolor y de la ternura, y le dirigió las frases más cariñosas.

El anciano no respondía

Tal vez había ya perdido la conciencia de su propia situación.

¡Qué terribles fueron aquellos momentos!

Cuando desaparecía el último rayo del sol, dejó de respirar el infeliz anciano.

Se dilataron sus pupilas.

¡Había muerto!

La pobre niña exhaló algunos gritos desgarradores, se oprimió el pecho, y al querer levantarse cayó sin sentido.

Reinó entonces un silencio absoluto y pavoroso, el de la muerte.

El céfiro había plegado sus invisibles alas, y el follaje no se movía.

La débil claridad del crepúsculo apenas llegaba al interior de la selva.

El manantial continuaba murmurando, y este era el único rumor que en aquel lugar se percibía.

Poco después empezaron á esparcirse las tinieblas.

¿Quién socorrería á la desdichada criatura que tal vez iba á morir allí como el hombre á quien daba el nombre de padre?

Dos horas pasaron.

La luna se dejó ver, enviando á la tierra sus argentados resplandores, que aquí y allá penetraban en el bosque por algún claro del ramaje, contrastando con la densa oscuridad de la espesura.

Entonces empezó á percibirse de vez en cuando un ruido misterioso de los bosques, y resonó también el canto lúgubre de las aves nocturnas.

El hombre de más valor y más despreocupado no se hubiera atrevido á permanecer en aquellos lugares á semejante hora y junto á los infelices que allí se encontraban.

Recorriendo el bosque hubieran podido verse también los cuerpos de algunos desdichados trabajadores que habían sido ahorcados aquel día y estaban pendientes del ramaje de los árboles.

Aquellos cuerpos oscilaban y parecía que con voces cavernosas demandaban justicia, pues por ecos de sus voces hubieran podido tomarse los sonidos indefinibles de la selva.

Así se hacía justicia en nombre del rey, así mandaba hacer justicia Felipe II, llamado el prudente por sus aduladores.

El anciano á quien hemos visto expirar no había cometido ningún crimen, ni siquiera el de la rebelión, pues no era ningún obrero, sino un desdichado que en los alrededores del monasterio habitaba y se sustentaba con el producto de una cantina.

Fiando alimentos á los trabajadores, había agotado su pequeño caudal, y ya empezaban á faltarle los medios de subsistencia para él y para su nieta.

Cuando principió el motín cundió entre los cortesanos la voz de que los dueños de las cantinas, por el afán de que les pagasen los trabajadores, eran los que los habían incitado á la rebelión, y por consiguiente fueron perseguidos con tanta saña como los mismos amotinados, y sus pobres casas fueron incendiadas por la soldadesca, que destruyó lo que no pudo aprovechar.

El anciano había tenido que huir para librarse de la muerte, ó más bien para librar á su nieta de los brutales abusos, de las violencias repugnantes de los soldados, violencias de que fueron víctimas otras muchas mujeres.

No pudieron seguir á la gente robusta y joven

en las asperezas de las montañas, y habían vagado por aquellos bosques hasta que les faltaron las fuerzas.

Ni un solo instante de sosiego habían tenido, pues lo mismo de día que de noche se veían precisados á ir de un lado para otro para evitar que los descubriese la soldadesca.

Era imposible que por mucho tiempo soportasen aquella clase de vida, y ya hemos visto que al fin el anciano sucumbió.

No había exagerado al hablar de la situación horrible en que dejaba á su nieta, pues no tenían parientes, y sus pocos amigos, pobres también, habían sufrido la misma suerte que ellos, y, por consiguiente, á nadie podían favorecer, aunque escapasen con vida.

¿Adónde se dirigía aquella niña infeliz?

¿Cómo había de tener fuerzas para llegar ni á la más cercana población.

¿Cómo se libraría de los perseguidores, que registraban el bosque palmo á palmo?

Le esperaba la muerte, ó tal vez algo más.

Y si encontraba protectores, ¿á cambio de qué la protegerían?

No todos los hombres hacen sin interés los beneficios.

La belleza de la joven era también un gran peligro, su mayor desdicha en aquella situación, como había dicho el anciano.

¿Qué haría la infeliz si le ofrecían un pedazo de pan á cambio de la honra?

Su mayor fortuna era morir antes de recobrar el conocimiento.

No siempre la muerte es una desgracia, pues para algunas criaturas, y en ciertas situaciones, es una dicha inmensa.

Dejaremos que pasen las horas de aquella tristísima noche, y veremos lo que sucedió al rayar el día.

CAPITULO XLIV

NUEVOS PELIGROS

Desplegó sus roarisas la aurora.

Luego se dejaron ver los primeros rayos del sol.

La niña desdichada se estremeció.

Abriéronse sus ojos.

Un penoso suspiro se escapó de su pecho.

Sentíase muy debilitada, y todos sus miembros estaban doloridos.

Hizo un esfuerzo sobrehumano, se incorporó,

levantóse, se pasó las manos por la frente, que abrasada sentía, y fijó una mirada profunda en en el rígido cadáver.

Inmóvil quedó por algunos minutos.

No exhaló ni un grito, ni articuló una sola sílaba, ni el llanto humedeció sus ojos, sino que, por el contrario, éstos brillaban con el fuego de la fiebre que devoraba á la infeliz.

Ese dolor mudo, tranquilo y sombrío es el más terrible de los dolores, ó, de otra manera, no hay dolor tan terrible como el que se manifiesta con la calma y con el silencio.

Densamente pálido y contraído estaba el rostro de la joven.

Sus labios secos y blanquecinos se entreabrían como si fuesen á desplegar una sonrisa desgarradoramente amarga.

Sobre su pecho puso las manos, oprimiéndoselo con las fuerzas de la desesperación.

En aquellos momentos terribles, la niña infeliz se sentía con valor para todo, y hubiera sido en vano querer hacerle temblar.

¿Qué le importaba la vida?

Por el contrario, la idea de la muerte la halagaba.

¡El descanso eterno!

¿Qué más pueden desear los que sufren como ella sufría?

Se había roto el único lazo que al mundo la ligaba, y como ni una sola estrella brillaba en el horizonte de su porvenir, debía parecerle dicha suprema el descanso de la eternidad.

La vida es una lucha que no termina sino con la muerte, es una serie de esperanzas y desencantos, y mientras nos encontramos en este mundo de desdichas y miserias no hacemos más que correr tras un fantasma, al que nunca alcanzamos, fantasma que al fin desaparece entre las frías tinieblas de la sepultura, y allí vamos también nosotros para penetrar los misterios de la vida, el misterio de la creación, el misterio de la Omnipotencia sin principio ni fin.

En presencia de la muerte se hubiera visto sonreír á la joven.

Suspiró penosamente, se arrodilló, estampó un beso en la frente helada del cadáver y luego rezó con todo el fervor de su alma pura.

Siempre con la misma tranquilidad, que era espantosa, se acercó al manantial y bebió con avidez.

Sintió que sus fuerzas renacían; pero bien pronto debían agotarse, porque eran ficticias,

eran las de su excitación febril y nerviosa.

No había tomado alimento desde la tarde anterior en que se consumieron sus últimas provisiones, y no era posible que así resistiese muchas horas.

¿Qué desenlace tendría su situación?

No era fácil adivinarlo.

Fué de un lado para otro, miró y escuchó, y ni descubrió alma viviente, ni percibió más ruido que el del susurro de los arroyos.

Volvió á quedar inmóvil.

Inclinó la cabeza y cerráronse sus ojos.

Meditaba y dudaba.

¿Cómo daría sepultura al cadáver?

Ella misma no podía hacerlo, y se le presentaban muchos obstáculos para ir á cualquiera de los pueblos ó caseríos cercanos en demanda de aquella obra de caridad.

Antes hubiera preferido morir mil veces y sufrir todos los tormentos que dejar allí el cadáver para que fuese profanado por la soldadesca ó devorado por las fieras.

No pudo resolver sus dudas, porque resonó á poca distancia ruido de pasos y de voces.

Pocos momentos después vió la pobre niña relumbrar armas y armaduras de algunos soldados que se dirigían hacia el lugar donde ella se encontraba.

Hubiera huído si se dejase llevar del instinto de conservación; pero sus nobles sentimientos la retenían allí.

Ante todo quería cumplir sus deberes.

¡Abandonar el cuerpo del anciano, que la había amado con tanta ternura!...

¡Jamás!

Esperó, pues, con un valor que apenas se concede en criatura tan débil.

Muy pronto pudo entender lo que los soldados decían.

—¡Vive Dios!—exclamó uno de ellos.—¿Y hasta cuándo ha de durar esta cacería de infelices?

—Que el diablo cargue con el alma de todos ellos—replicó otro—, pues tienen la culpa de que nos traigan y nos lleven á todas horas.

—Y lo peor del caso es que nos obligan...

—Silencio—interrumpió el jefe.

—¿Y por qué he de callar?

—Por dos razones muy poderosas: la primera porque yo lo mando, y la segunda, porque viendo estoy que vais á tener el atrevimiento de murmurar de quien no puede nombrarse sino con respeto profundo.

—¿Y de cuando acá, señor alferez, se nos priva del desahogo de decir lo que se nos antoje mientras nos rompemos la crisma?

—Debírais mirar, ya que en otra cosa no pensáseis, que nuestras voces han de oírlas los fugitivos, y se alejarán y ocultarán, y nunca los encontraremos, y claro es que así no acabaremos jamás esta endiablada cacería de rebeldes.

¡Por San Quintín! ¿Y por qué llaman rebeldes á los que hacen ni más ni menos que lo que muchas veces hemos hecho nosotros cuando nos faltaba la paga?... Me parece...

—Silencio he dicho. ¿No veis al buen Antón Cañamero que calla y cumple su deber? Debírais imitarlo, y así ganaríais mucho, y tendríais la honrosa fama que él tiene.

—Esta es su última campaña—replicó un mozalbete con tono burlón—, y por cierto que es campaña bien gloriosa. En Gravelinas, en San Quintín y no sé en cuántas partes se ha encontrado el buen Antón, y ahora para fin de sus hazañas, viene á dar con su cuerpo en estos bosques y prueba el temple de su espada acuchillando mujeres y niños.

El llamado Antón, que era un soldado viejo y que pocos días antes había solicitado dejar el servicio para acabar tranquilamente su vida, se detuvo, volvió la cabeza y fijó en el joven una mirada penetrante y dura.

—No os enfadéis, señor Antón, pues bien sabéis que nadie os respeta tanto como yo; pero me ha parecido que obedecíais de muy mala gana y que considerábais como una deshonra lo que estábamos haciendo.

—Sí—dijo por fin con voz reconcentrada el veterano—, como una deshonra, porque lo es. Si los amotinados nos hiciésem frente como el día de las prisiones y estuviesen armados...

—Eso sería distinto.

—Ninguna obligación tengo ya de servir, y, por consiguiente, hoy mismo me separaré de vosotros.

—No haréis tal cosa, señor Antón—replicó el alferez.

—¡Vive Dios!... ¿Y quién ha de estorbármelo?

—Nadie; pero en estos momentos de apuro su majestad necesita de todos sus vasallos leales, y no habéis de ser vos quien vuelva la espalda, dando así un ejemplo que podría traer grandes males, pues habéis de tener entendido, señor

Antón, que la influencia la ejercen siempre los grandes sobre los chicos, los viejos sobre los jóvenes y los que por cualquier motivo tienen autoridad.

Hablando así habíanse detenido, y se encontraron á muy pocos pasos de la pobre huérfana, á la que hubieran visto si no le estorbaran unos espesos matorrales.

Sentáronse algunos de los soldados, pues lo mismo les importaba descansar allí que en otro sitio cualquiera.

—Vamos á cuentas—dijo el veterano Antón.

Debemos advertir que todos lo respetaban, hasta los jefes, porque respeto merecían sus años y sus antecedentes honrosos, y ya hemos visto que de cierta manera y con ciertas consideraciones le hablaba el alferez.

Callaron los demás y escucharon, porque en cierto modo les interesaba aquella conversación.

—Pues vamos á cuentas, puesto que así lo deseáis—dijo al alferez.

—De nuestros jefes me despedí, y á mi vivienda me retiraba—repuso Antón—, cuando llegó la orden para que viniésemos al Escorial, y bien sabéis que el capitán me dijo: "Los trabajadores del monasterio se han sublevado y han invadido á viva fuerza la cámara de su majestad, cuya vida se encuentra en peligro." Pregunté el por qué habían cometido semejante desmán, y me contestaron que algunos extranjeros y otras gentes de mal vivir, envidiosas de que se levantara en España un edificio que había de ser asombro del mundo, habían aconsejado á los trabajadores, les habían calentado la cabeza y hasta les habían dado dinero para que se amotinassen y pidiesen aumento de jornal, que no era posible conceder, pues había hombre que exigía cuatro veces más de lo que ganaba, y todo el oro del mundo no hubiera bastado para levantar el monasterio.

—Todo eso es muy verdad.

—Los trabajadores cometían, pues, un abuso y llevaban su atrevimiento hasta el punto de maltratar al rey. ¡Vive el cielo!... Se me encendió la sangre y quise contribuir al castigo de los que se habían dejado seducir por los extranjeros.

—Y hemos venido...

—Y nos batimos entre los andamios de la obra, y los castigamos con tanta dureza, que no era posible pedir más; pero después he sabido que no había tales seducciones ni tales exigencias, sino que esos infelices, cansados de pedir

lo que les debían y desesperados por el hambre, invadieron la morada real demandando justicia.

—Y se les pagó en el acto.

—Y todo debió concluir.

—Pero se habían amotinado, señor Antón.

—Como nosotros hemos hecho muchas veces.

—El caso no es igual.

—¡Por las narices de Judas!... Pues no veo más que una diferencia, la que hay entre hombres desarmados, á quienes no se les tiene miedo, y soldados á quienes se les perdona todo porque se les teme. ¡Mil rayos!... Y mi espada se ha manchado con la sangre de esos infelices... ¡Por el infierno!... Y ahora se nos manda perseguirlos, cazarlos como se cazan las fieras, y ya habéis visto que nuestros compañeros, con una cobardía que los deshonra, han acuchillado en estos bosques á débiles ancianos y mujeres, y ¡hasta niños!... ¡Por el infierno!... No será Antón Cañamero quien manche sus manos. Yo he venido para defender al rey contra los que sin razón lo habían ofendido; pero como no se trata de eso, no me considero obligado á permanecer aquí. Hace poco me decía una gran verdad este manco que me escucha, y...

—Recobrad la calma, señor Antón.

—No la he perdido ni puedo perderla por tan poca cosa. Cerca nos encontramos de la montaña y hemos de retroceder, porque se nos ha prohibido salir de este bosque.

—Y por última vez brindaré por mis camaradas, en la inteligencia de que si me ponéis es torbos para volverme á Madrid, iré á ver el rey, y le diré lo que siento; y si quiere mandar que me corten la cabeza... ¡Mil legiones!... Para lo que me queda de vida, no merece la pena molestarse en defenderse.

—Pues yo cumpliré mi deber—replicó el alférez.

—Y yo—añadió un soldado de aspecto brutal—, como no soy tan escrupuloso, sacaré el mejor partido que pueda de lo que está sucediendo. Si se comete una injusticia, la culpa no es nuestra, sino de quien nos manda, y debéis considerar también que si los amotinados encuentran la ocasión no quedará con vida uno de nosotros. ¿Os olvidáis de los soldados que han muerto?

—¿Y queráis que no se defendiesen?

—Con razón ó sin ella...

—Ahorcados los habéis visto en los andamios de la obra y en este bosque.

—Señor Antón, haréis lo que mejor os parezca; pero por de pronto, aquí nos encontramos; y si ahora se nos presentase uno de los delincuentes...

—Lo llevaríamos preso.

—Me parece un trabajo inútil, puesto que habían de ahorcarlo, y más fácilmente se concluye con un arcabuzazo ó con una estocada.

—En mi presencia, señor Bruno, no haréis semejante cosa, os lo juro por quien soy.

—Me parece, señor Antón, que mejor estaríamos todos si desde luego os volviéseis á Madrid; y por si así queréis hacerlo, le ruego á nuestro jefe que os dé licencia, sin perjuicio de lo que determine nuestro capitán.

—Licencia tiene el señor Antón—dijo el jefe—, pues para mí es igual reconocer el bosque con diez soldados que con nueve.

Mientras estas últimas frases cruzaban, uno de los soldados se había separado del grupo para buscar un arroyo y apagar su sed, y de repente quedó inmóvil y retrocedió, exclamando:

—¡Que el infierno me trague!...

—¿Qué te sucede?...

—Venid.

CAPITULO XLVII

EL SEÑOR ANTÓN CAÑAMERO

Acudieron todos y se encontraron con el joven, que estaba en pie junto al cadáver, con la cabeza erguida, encendidos los ojos, entreabiertos y contraídos violentamente los labios, y agitadas las manos á impulsos de la ira.

Una exclamación de sorpresa y de asombro dejaron escapar los soldados.

También quedaron inmóviles.

Pasaron algunos minutos sin que pronunciasen una palabra.

No es posible explicar lo que sentían los unos ni los otros.

—¡Vive el cielo!—exclamó por fin el alférez.

Y dió un paso hacia la huérfana, mientras sonreía y le decía:

—¿Qué haces por estos sitios, paloma?... ¿Y quién es ó quién era ese viejo que á tus pies está?... Habrás de decirnos tu nombre, de dónde vienes, á dónde vas, y por qué has cometido la torpeza de detenerte en estos sitios que son sospechosos.

—Dejadme—replicó la pobre niña con breve acento.

—¡Que te dejemos!... No puede ser, porque tus órdenes que nos han dado son tan severas como terminantes.

—Yo la conozco—dijo el soldado llamado Bruno—, porque más de una vez la he visto en las cercanías del monasterio y á ese viejo también. Allí estaban en una cantina; de manera...

—No es menester más explicaciones.

—Ya sabéis que los cantineros son los que aconsejaron á los trabajadores para que se amolinasen.

—¿Y qué hacemos con esta paloma?

—Primeramente nos probará que ahora no es tan burra como antes, y luego...

—Buena idea.

—Ven á este lado, criatura, que la vista del muerto nos desagrade.

—No queremos entendernas más que con vivos.

—Y sobre todo con mujeres bonitas.

Mientras así hablaban, empezaron á rodear á la infeliz, cuya belleza había despertado los sentimientos más brutales en aquella gente.

Todos refan y hablaban, y todos querían dar el ejemplo de los abusos más repugnantes... Nos equivocamos, porque no eran todos.

El señor Antón arrugaba el entrecejo y levantaba su arcabuz.

El soldado joven, de quien ya hemos hecho mención, miraba alternativamente al señor Antón y á la joven, callaba, y parecía indeciso en cuanto á lo que hacer debía.

El alférez, aunque hasta cierto punto se había mostrado razonable, olvidábase más que ninguno de los deberes de hombre honrado y generoso, y se acercó á la huérfana con ánimo resuelto de cogerla las manos para separarla del cadáver.

—¡Oh!—exclamó la pobre niña, de cuyos magníficos ojos se escaparon dos centellas.— Apartaos, y si no respetais ni la muerte ni mi dolor...

—Estás en nuestro poder, y si resistes, te mataremos.

—Sí, sí, matadme... ¡Ah!... Me haríais un gran beneficio... No me espanta la muerte, sino la vida, que es para mí un tormento... Matadme, pues, ó dejadme

—Ni lo uno ni lo otro—replicó el alférez.

Y al poner sus manos sobre las de la huérfana, ésta, con un movimiento rápido, le quitó la

daga al alférez, retrocedió un paso, la colocó sobre su palpitante pecho, que medio desnudo estaba, y con el acento de su exaltación febril, exclamó:

—¡Si os acercáis, me mataré!... ¡Atrás, cobarde!... Sin otro auxilio me deja la Providencia; pero no me ha quitado el de mi valor. Profanareis un cadáver; pero no manchareis mi cuerpo mientras tenga vida.

Lo que sucedió entonces apenas puede explicarse.

Los soldados quedaron inmóviles.

Algunos se sentían subyugados por la mirada intensa de la joven.

Sombría se tornó la mirada del alférez.

—¡Por Dios vivo!—exclamó el veterano.— Abusareis de esta pobre niña; pero antes habreis de matarme.

Y dió algunos pasos y se colocó al lado de la huérfana.

El aspecto del señor Antón era terrible.

Sus compañeros lo conocían demasiado bien, y sabían que no amenazaba en balde.

Había dicho que allí moriría en defensa de aquella infeliz, y cumpliría su palabra.

—Señor Antón—gritó el alférez—, apartaos, porque tenemos que cumplir las órdenes de su majestad.

—Su majestad no ha mandado que se abuse de las pobres mujeres, porque así no es como hace justicia Felipe II.

—La llevaremos presa.

—Tampoco.

—Es nuestro deber.

—Perseguid á los amotinados y nada más.

—Esta mujer los ha favorecido; está con ellos..

—Aquí está sola, sin más compañía que la del cadáver de ese anciano, que tal vez es su padre, y que no pudo ser rebelde, porque su vejez no se lo permitía. Y sobre todo, ¡vive el cielo!, ya he dicho que aquí moriré defendiéndola, y si os empeñáis en consumir el abuso, ni vuestra vida ni la de nadie respetaré.

El valor ejerce una influencia incontrastable, así como la también la ejerce la causa de la verdadera justicia, y el soldado joven, que hasta entonces había vacilado, púsose también junto á la huérfana y dijo:

—¡Que el infierno me trague si aquí no muerdo con el señor Antón.

—¡Tú también!...

—Y no he de retroceder.

—Y yo—dijo otro soldado.

Y otro añadió:

—Contad conmigo.

Y los dos se pusieron donde estaba el veterano.

Aquello era ya una sublevación respetable.

Se convenció el alférez de que tenía que arriesgarse mucho para hacerse obedecer, y que era lo más probable que le costase la vida, pues los rebeldes habían de dirigirle los primeros golpes.

¿Qué le era posible hacer en semejante situación?

Desagradábase mucho declararse vencido; pero también le desagradaba entablar una lucha con aquellos cuatro hombres, que eran precisamente los más valerosos.

—¡Ah!—exclamó la huérfana—Dios os premiará.

Y cogió la diestra del anciano y la besó con inmensa ternura.

Entonces se humedecieron sus ojos y algunas lágrimas corrieron por sus pálidas mejillas.

El llanto era un beneficio inmenso para la infeliz en aquellos momentos terribles.

—¡Por Satanás!—exclamó uno de los soldados que permanecían al lado del alférez.—Este de acuchillar á una pobre mujer que no tiene más defensa que sus lágrimas...

—Yo estoy avergonzado—añadió otro—, porque esa criatura, con más valor que nosotros...

—Silencio—interrumpió el jefe.—A mí me toca terminar este asunto. Esa mujer se niega á decirnos su nombre y explicarnos su presencia en este sitio. ¿Por qué no lo hace? Si es inocente, estoy dispuesto á dejarla en paz; pero nada dice, y desdén, y sin respeto escucha la intimación que hacemos en nombre del rey nuestro señor.

Así hacía cambiar el desagradable aspecto que había tomado el asunto y dejaba disimuladamente abierto el camino para que María se justificase.

La huérfana hizo un esfuerzo y dijo:

—El hombre respetable que anoche perdió la vida y cuyo cadáver estáis viendo, era mi abuelo, mi único amparo. Vivíamos tranquilamente en nuestra cantina; nos habíamos arruinado para dar de comer á muchos trabajadores, y el día que los prendieron, los soldados invadieron nuestra casa, y como si fuéramos criminales quisieron matarnos.

—En aquellos momentos no podíamos distin-

guir á los buenos de los malos, y para no morir, teníamos que matar.

—Nos salvamos milagrosamente y huímos. Hemos vagado por estos bosques, nuestras fuerzas se agotaron y mi padre sucumbió al fin. Decidme ahora en qué consiste mi crimen.

—Si así te hubieses explicado antes...

—Ahora decidid; en la inteligencia de que me mataré antes que sobre mí pongáis las manos.

—Válgate tu inocencia—dijo el alférez—, y que te valgan también los antecedentes honrosos del señor Antón Cañamero, á quien todos estimamos mucho, y á quien perdono la rebelión, porque ya es viejo y merece consideración.

—No os arrepentiréis por haber sido generosos.

—Devuélveme mi daga, pobre niña, que ya para nada ha de servirte, y te aconsejo que no permanezcas en estos sitios, porque eres demasiado bella y no hay muchos soldados como el señor Antón Cañamero.

La huérfana lloraba.

Sus fuerzas disminuían considerablemente.

Devolvió al alférez la daga, se sentó junto al cadáver y se cubrió el rostro con las manos.

—Puesto que hemos principiado—dijo Antón—, debemos concluir, pues hacer las cosas á medias es lo mismo que no hacer nada.

—¿Qué queréis decir?

—Viendo estáis cómo se encuentra esta pobre criatura. ¿Os parece bien que así la dejemos?

—Puesto que vos la habéis amparado...

—¡Vive Dios!... ¿Y no me ayudaréis en las buenas obras?

—Bastante hacemos con dejarla en libertad.

—Sí, en libertad para morir. ¿Creéis que abandonará el cadáver de su abuelo?

—Pues si no quiere abandonarlo...

—Avisad al cura de Valde-Lámparas para que cumpla su deber dando sepultura al cadáver, y mientras vienen, que pronto vendrán si vos le dais prisa, señor alférez, yo haré compañía á esta pobre criatura.

—¿Y después, señor Antón?

—No tengo familia, ni un solo pariente, y si quiere ser mi hija, se lo agradeceré muchísimo.

—Preciso será dejaros hacer lo que se os antoje. De todas maneras ya no sois soldado, y para daros una prueba de que soy agradecido, en presencia de nuestros camaradas recordaré, señor Antón, que una vez me salvasteis la vida.

—¡Bah!...

—He pagado la deuda en cuanto me es posible.

—No hablemos de eso.

—Yo quiero hablar.

—Mejor haríais en aprovechar el tiempo para favorecer á mi hija.

No hubo ya quien se atreviese á molestar á la huérfana.

El soldado joven se acercó al veterano y dijo:

—Señor Antón, sois un valiente con un corazón muy noble... Hasta luego, porque supongo que del Escorial no os iréis sin que nos veamos.

—Hasta luego, y ten presente que por el mal camino no puede llegarse á buen fin. Si consejos te he dado otras veces, el ejemplo te doy ahora... Adiós.

El alférez se alejó con los nueve soldados que le quedaban.

El veterano contempló á la huérfana, y exclamó:

—¡Vive el cielo!... Acabarás por hacerme llorar... Aún no me has contestado, pobre niña...

—¡Bendito seas!—exclamó la joven, volviendo á estrechar y besar las manos del señor Antón.

—¿No quieres ser mi hija?

—¡Padre mío!...

—¡Voto al... Vamos, levántate, ven... Rezaremos mientras viene el señor cura, y después... Llorar, llorar; pero no olvides que es necesario respetar lo que Dios hace.

Maquinalmente obedeció la huérfana.

El veterano la colocó en sitio desde donde no pudiera ver el cadáver.

Rezaron.

Así, poco á poco y sin que se apercibiese la pobre niña, iba recobrando la tranquilidad su espíritu.

Aún tuvieron que esperar dos horas.

Por fin se presentaron el cura de Val-de-Lámparas, el sacristán y algunos hombres, llevando un pobre ataúd.

El sacerdote, que era un anciano venerable, dirigió á la joven las más consoladoras palabras.

En seguida colocaron el cadáver en el ataúd y se encañaron hacia la pequeña población.

Apoyándose en un brazo del señor Antón, siguió la huérfana el fúnebre cortejo.

¿Cómo tenía fuerzas para tanto?

Eran las fuerzas de su dolor y la de la fiebre que la devoraba.

¡Día inolvidable aquel!

Cristiana sepultura se dió al cadáver.

Aún estaban en el pueblo los soldados, que allí habían comido, embriagándose algunos.

El joven que tanto respeto mostraba al señor Antón se le acercó, diciéndole:

—Aquí me teneis... ¿No puedo servirlos para nada?

—Ahora no te necesito.

—Me parece que esta pobre niña no se puede sostener, y deberíais buscar sitio donde descansase y tomase algún alimento.

—Así lo haré.

—Y si mi bolsa puede servirlos, á Dios gracias, está repleta, señor Antón.

—La mía también; pero te lo agradezco, hijo.

—Supongo que tendréis que permanecer aquí por lo menos hasta mañana.

—Como no sea más.

—Si puedo, vendré.

—Y si antes volvemos al Escorial, te buscaré.

—Desde hoy no me gusta la vida de soldado.

—¿Y por qué?

—Por muchas razones, y entre otras, porque dejais el servicio.

—Ya soy viejo y necesito descansar, y tú eres joven, y aún puedes hacer fortuna.

—Como vos la habeis hecho, señor Antón.

—No soy ambicioso.

—Soldado principiasteis y soldado habeis concluido después de tantos años.

—Como nunca he tenido protectores...

—Yo tampoco los tengo.

—No pierdas la esperanza.

Guardó silencio el joven, y miró á la huérfana que cerca de ella se encontraba.

—¡Vive el cielo!—murmuró.—No puedo mirar tranquilamente á esa pobre niña.

—Es un ángel.

—¿Y cómo se llama?

—No le he preguntado su nombre todavía.

—No tiene padres, ni parientes, ni amigos...

—Su padre soy yo desde hoy.

—Y estoy seguro de que habeis de hacerla feliz.

—Lo intentaré.

—De manera, señor Antón, que en cuanto os sea posible...

—A Madrid nos iremos.

—Yo también he de volver á Madrid, si con vida me dejan esos desdichados á quienes perseguimos.

—Espero que Dios te proteja.

—No quisiera morir ahora, porque al fin soy joven, y aunque la fortuna no me ha sonreído, bien puedo gozar todavía.

—Y ser muy dichoso.

—Tal vez.

—Mientras tu conciencia esté tranquila, nada temas; pero el día que olvides tus deberes, aunque tengas más oro que hay en el Perú, sufrirás mucho.

—Si vuestros consejos no olvido, tampoco mis deberes olvidaré.

Complaciase el joven en sostener aquella conversación con el veterano; pero fué interrumpido por el alférez, que lo llamó, porque ya la partida iba á ponerse en marcha.

Despidiéronse como los mejores amigos del mundo.

Inmediatamente el señor Antón buscó una casa donde pudiera descansar la huérfana.

Media hora después la infeliz tuvo que acostarse y empezó á delirar.

Afortunadamente había en el pueblo un cirujano viejo con mucha práctica, y á él acudieron en demanda de auxilio.

Apenas el cirujano vió y examinó á la joven, dijo:

—No se salvará si Dios no hace un milagro.

Preguntó los antecedentes de aquella infeliz, y el veterano le dijo cuanto podía decirle, y le ofreció una buena cantidad si conseguía salvarla.

—Acabo de cumplir ochenta años—le respondió el cirujano—, estoy con un pie en la sepultura, no tengo hijos ni parientes, y miro con indiferencia el oro, porque me sobran medios para vivir. Si he acudido á vuestro llamamiento no ha sido por interés, sino porque mi deber era acudir.

—¡Vive Dios, que sois un hombre como pocos!

—Repito que no abrigo esperanza de que esta pobre niña se salve como no sea por un milagro y por la resistencia que tiene la juventud. Haré cuanto me sea posible, y si á otro quereis acudir me mostraré ofendido.

—Dios nos protegerá.

—Bien necesitamos su ayuda.

El buen cirujano cumplió su palabra: fué muchas veces á ver á la huérfana, que cuando no deliraba quedaba sumida en el sopor de la fiebre.

Tres días pasó entre la muerte y la vida y cada uno de aquellos días encontró el soldado joven un pretexto para ir á Val-de-Lámparas,

donde permanecía todo el tiempo que le era posible.

Su mirada se fijaba en la enferma con ansiedad angustiosa.

No podía ocultar el vivísimo interés que le inspiraba aquella infeliz criatura.

Muchas veces le dijo al veterano:

—Señor Antón, reconoced que ha sido un olvido imperdonable lo de no preguntar su nombre á esta pobre niña.

—¿Y qué nos importa?

—No sabemos cómo llamarla.

—Su nombre nos dirá cuando recobre la salud.

—¡Si yo pudiera devolvérsela con la voluntad! Ocho días permanecieron en tan angustiosa situación.

Por fin desapareció la fiebre.

El cirujano declaró que la enferma no corría peligro y entraba en el período de convalecencia.

Tres días después pudo dejar el lecho, pero aún no tenía fuerza bastante para trasladarse al Escorial, y mucho menos á Madrid.

—¿Cómo te llamas?—preguntó el veterano.

—María del Consuelo—respondió la joven.

—¡Consuelo!... El mío serás.

Y el día que esto sucedió, el soldado joven repitió muchas veces el dulcísimo nombre de la huérfana.

CAPITULO XLVIII

DE LAS EXPLICACIONES QUE TUVIERON LA VIUDA Y QUIRÓS

Tenemos que retroceder para buscar al señor Antonio de Quirós, de quien ya sabemos no se proponía nada más que hacer averiguaciones para conocer á don Pedro de Carvajal.

En la posada que allí había por aquel tiempo instalóse el amante de doña Luz, y por de pronto le fué muy fácil saber cuanto había sucedido con los trabajadores, apreciando la gravedad de la situación.

—He aquí—dijo—, una buena ocasión para hacer vacilar en su trono al gran tirano; pero esos hombres necesitarían una cabeza organizadora y que supiese atacar los males en su raíz.

No se equivocaba el señor Antonio: con un jefe, un hombre como el que se había puesto al frente de los flamencos, es decir una cabeza

como la del príncipe de Orange, aquellos infelices trabajadores, que ninguna importancia tenían, hubieran puesto en gravísimo apuro al gran tirano, hubieran hecho desaparecer la Inquisición y obtenido garantías para el pueblo, ó lo que es igual, hubieran dado un paso hasta donde era posible en aquella época, y no nos hubiéramos quedado tan atrás en el movimiento de la civilización y de los derechos de la democracia.

El señor Antonio de Quirós valía quizás bastante para acometer la empresa; pero esto no era posible realizarlo sin estar de acuerdo con otras personas y reunir los elementos necesarios.

Con facilidad hubieran podido armarse entonces unos seis mil hombres valerosos y decididos, y en aquellas montañas que ellos conocían perfectamente, en aquellos bosques, divididos en grupos y con movimientos bien combinados, hubiera sido muy difícil combatirlos, pues ellos no habían de cometer la torpeza de presentar batallas como un ejército regular.

Con esta base no hubiera sido difícil sublevar á los aragoneses, que ya empezaban á recelar que les quitasen los fueros, y de seguro habrían seguido los catalanes.

Así el pueblo español hubiera podido hacer lo que hizo Inglaterra con mucha más facilidad, puesto que en nuestras costumbres estaban ya las prácticas verdaderamente democráticas, y que si en Villalar habían sufrido un golpe de muerte, no habían perdido sus partidarios.

Empero Quirós tuvo que concretarse á deplorar aquellas desgracias, entregándose á las reflexiones más desconsoladoras.

Preguntó también por la viuda de Alonso de Vargas y por el señor Felipe de Maldonado, y tuvo todos los antecedentes que podía necesitar.

A la siguiente mañana apenas almorzó salió de la posada y se encaminó á la vivienda de las dos infelices mujeres.

Cuando llegó encontré con que éstas iban á salir para ir al monasterio.

—Perdonadme—les dijo el señor Antonio—: no he llegado en el momento oportuno, pero volveré más tarde.

La viuda miraba de pies á cabeza á Quirós, y después de algunos momentos dijo:

—Caballero, no sé quién sois; pero...

—¿No me conocéis?

—Yo juraría que otras veces os he visto; pero...

—Hace algunos años, cuando vivía vuestro esposo.

—Sí, debe hacer mucho tiempo. Sobre todo vuestra voz...

—La habéis oído muchas veces.

—Y no puedo recordar...

—Yo también dudaría si ya no supiese quién sois, porque con el tiempo habéis cambiado bastante. Vuestra hija también...

—Debía entonces ser una niña.

—Sí.

—No puedo recordar... ¡Ah!—exclamó la viuda.—¡Gracias á Dios!

—¿Ya me conocéis?

—Quirós...

—Sí.

—Entrad, caballero... ¡El hijo del mejor amigo de mi esposo!... Y mi amigo también... Después de tanto tiempo... ¡Cuánto cambio!—murmuró tristemente la viuda.

Y estrechó la diestra del señor Antonio mientras sus ojos se humedecían y dejaban escapar dos lágrimas.

El señor Antonio se sintió profundamente conmovido. Miró á la joven, y después de algunos momentos, le dijo á la pobre madre:

—A pesar de vuestras desgracias, tenéis que agradecer mucho á Dios, porque os ha dado este ángel... ¡Oh!... Su alma es aún más bella que su rostro. Y perdonad, encantadora niña, y tened entendido que no me he propuesto galantearos, ni he de pedir os otro sentimiento que el de un cariño fraternal. Amigos, casi hermanos fueron nuestros padres, y hermanos debemos ser nosotros también.

Estas frases tan delicadas y pronunciadas con tono de sinceridad, dieron ocasión á que se cruzasen otras muchas igualmente cariñosas.

Sucedió lo que debía suceder, y á los pocos minutos las dos mujeres trataban al señor Antonio de Quirós con la más sencilla franqueza.

El noble hidalgo era de esas criaturas que ante todo tienen el don de inspirar confianza.

No quisieron ellas entonces salir, aunque ni remotamente sospecharon la importancia que tenía la visita del señor Antonio.

Recordaron mejores tiempos.

Los recuerdos arrancaron lágrimas á las dos mujeres, y después de una hora que les pareció un instante, dijo el señor Antonio:

—Ahora tendremos que ocuparnos de lo presente y de lo porvenir.

—Lo presente es muy triste—respondió la viuda—y en cuanto á lo porvenir, confío en la protección divina. Nuestras desgracias no tienen por ahora remedio, y por consiguiente...

—Señora — interrumpió Quirós — aunque á vuestra disposición está cuanto poseo, que no es poco, no he venido para ofreceros lo que probablemente no aceptaríais, sino para tratar de otro asunto de muchísimo interés.

—Si queréis explicaros...

—Una casualidad me ha dado á conocer el secreto de vuestras desdichas, y apreciando vuestra situación en cuanto me era posible apreciarla, he venido para ayudaros, siquiera sea con mis consejos. Tal vez contáis con la protección de algún hombre que vale mucho; pero me parece que necesitáis también la de un amigo como yo.

Con sorpresa, casi con asombro miraron las dos mujeres á Quirós y guardaron silencio, porque no sabían qué decir, á pesar de que bien habían comprendido que se trataba de sus desgracias últimas, de la situación difícil en que se encontraban en aquellos momentos.

—Continuad—dijo la señora Ana—, porque...

—Os hablaré con la franqueza que acostumbro y que debo hablar á personas verdaderamente íntimas.

—Sí, porque vuestras indicaciones...

—Sobradamente habeis comprendido que se trata de don Pedro de Carvajal.

—¡Don Pedro!—exclamaron la madre y la hija.

Y sus semblantes palidieron.

—Las intenciones del señor de Carvajal las conozco muy bien, y supongo que ha intentado cometer todos los abusos.

—Sí—dijo la señora Ana.

—Tampoco ignoro, y esto es lo grave, que una coincidencia providencial ha puesto en vuestras manos un papel que compromete mucho á don Pedro y al conde de Norringens.

—¡Ah!... ¿Cómo sabéis eso?

—Os lo dire; pero antes recordaré que he prometido hablaros con franqueza, y si queréis complacerme...

—Caballero...

—No he venido para satisfacer mi curiosidad, ni mucho menos para obligaros y que toméis tal ó cual determinación.

—Esperad—interrumpió la señora Ana.

Y por algunos momentos miró profundamente al señor Antonio.

Era preciso que la escena cambiase, terminando desde luego, ó hablando todós sin ninguna reserva.

Quirós seguía inspirando la más ciega confianza á las dos mujeres.

—Madre mía—dijo la joven—, probemos al señor Antonio de Quirós que somos sus verdaderas amigas.

—Se lo probaré.

—¿A qué conduce nuestro disimulo? Conoce el secreto, y sería inútil que callásemos.

—Hablemos, pues, con franqueza.

—Yo principiaré—dijo el señor Antonio.

Y luego añadió:

—Don Pedro de Carvajal, el conde de Norringens y otros caballeros de elevada posición, conspiran en favor de los flamencos, y amparándose al príncipe don Carlos, á quien se intenta proclamar rey de Flandes y de los Países Bajos. Yo soy uno de esos conspiradores...

—¡Vos!...

—Sí — repuso tranquilamente el señor de Quirós.

—¡Dios mío!

—Mi padre conspiró también, se sublevó y se tuvo en Villalar.

—No lo ignoro; pero entonces se trataba...

—De los derechos del pueblo español, y ahora se trata también de los derechos de otro pueblo.

—Me hacéis temblar.

—Por casualidad no habéis visto mi firma en ese papel. Yo esperaba al conde en la frontera; cuando firmó traje ese documento y lo entregué al señor de Carvajal; pero ya me había dicho el conde que entre los conspiradores estaba don Juan de Guevara.

—Debe ser un traidor. El semblante de ese hombre...

—Revela toda la ruindad de su alma, no os equivocáis.

—Quizás engaña á don Pedro.

—Lo habrá delatado, prometiendo presentar las pruebas; pero cuando supo que la declaración se encontraba ya en poder de don Pedro y llevó la noticia al rey, Dios quiso que á don Pedro se le perdiese el papel, consiguiendo así salvarse, aunque la salvación parecía imposible.

—¡Horror!...

—Don Juan debía ser premiado con un empleo en la servidumbre del rey.

—¿Y á esos miserables premia su majestad?

—Paga á los que le sirven, sin perjuicio de mirarlos con el desprecio que merecen.

—¡Oh!...

—Aquí vino un día don Pedro de Carvajal; en el bolsillo trata el papel, y á don Juan se lo enseñó, y al salir de esta casa se encontró con Ruy Gómez de Silva, que de parte del rey lo buscaba.

—Pero tanta maldad...

—Es posible, señora.

—Al querer apelar á la violencia, porque mi hija estaba sola, se le cayó el papel á don Pedro.

—No pudo ser mayor su fortuna, porque muy poco después lo registraban en presencia del rey.

Las dos mujeres se estremecieron.

—En apariencia—añadió el señor Antonio—, el suceso no ha tenido otras consecuencias; pero sé que don Pedro os ha visto, y que para libraros de su persecución, le habéis amenazado con ese documento.

—Es verdad.

—He sospechado también que la desgracia que sufrió el señor Felipe de Maldonado cuando á Valdemorillo se dirigía...

—Caballero—interrumpió la viuda—, ante todo, y con la noble franqueza que nos habéis prometido, decidme si os interesáis en favor de don Pedro de Carvajal, lo cual no me sorprendería, porque si sois su compañero en el asunto de la conspiración.

—Sí—respondió tranquilamente Quirós—, la suerte de don Pedro me interesa.

—Entonces...

—Y como me interesa, quisiera que se regenerase, aunque me parece muy difícil. En otro sentido no lo favoreceré, ni nada haré como no sea con la esperanza de conseguir que vaya por el camino de la honradez.

—No lo conseguiréis.

—Haré cuanto me sea posible.

—¿Conocéis bien á don Pedro?

—Creo que sí.

—Os equivocáis.

—Todo es posible.

—¿Sabéis lo que ha hecho para obligar á mi hija?

—Le ha ofrecido dinero, que ella ha rechazado indignada.

—Algo más que esa ofensa.

—Las amenazas...

—Cumplidas.

—Eso lo ignoro.

—Voy á corresponder á vuestra franqueza, caballero, y así conoceréis á don Pedro de Carvajal.

—¿Creéis que es tan ruin como don Juan de Guevara?

—Vos juzgaréis... Venid.

La señora Ana se puso en pie, saliendo de la casa.

El señor Antonio la siguió.

Detuvieronse á los pocos pasos.

Luego la viuda, con voz reconcentrada y grave tono, exclamó:

—¡Ah!... Vais á conocer el alma de ese hombre... Para obligar á mi hija, le dijo: "No os amenazo con la muerte, porque el valor os sobra para morir sin temblar; pero os privaré de los medios de sustentar á vuestra infeliz madre, cuya salud está muy quebrantada, la veréis sufrir horriblemente y morir con la más amarga y la más espantosa de las agonías. Todo lo ha sacrificado por vos vuestra madre, y estáis obligada á sacrificarlo todo por ella. Rechazadme y haré una señal, y aquellos montones de mies que constituyen toda vuestra fortuna, que son el pan de vuestra madre, que son su vida, arderán inmediatamente."

—¡Señoral...

—Y como mi pobre hija tuvo valor aún para rechazar al miserable que así le amenazaba, la amenaza se cumplió, y en hoguera se convirtió cuanto poseíamos. Mirad las cenizas...

—¡Malvado!...

—Y luego pagó asesinos para que acabasen con la vida del señor Felipe, y gracias al doctor Olivares, el nuevo crimen no dió el resultado que se proponía el criminal. Decidme ahora quién es más ruin, si don Pedro de Carvajal ó don Juan de Guevara.

No se aturdió fácilmente el señor Antonio; pero entonces no acertó á pronunciar una palabra.

—Hay más, caballero—prosiguió diciendo la viuda con creciente exaltación—, hay más, mucho más: los mismos que atentaron contra la vida del señor Felipe, vinieron á media noche á esta casa, violentaron la puerta, y entraron para apoderarse de mi pobre hija; y si el abuso no se consumió, fué porque nos encontrábamos en el monasterio al lado del herido. Y después ha



mentido ese miserable y á otras violencias ha querido apelar, según os dije; y si tranquilas nos habéis visto, es porque en nuestras manos ha querido poner la Providencia la sentencia de muerte de don Pedro de Carvajal.

—Basta, señora, basta.

—El rey no ignora que don Pedro ha cometido estos abusos, y yo creo que justicia haría si pruebas tuviese.

—Comprendo.

—En cuanto al doctor Olivares...

—Debe saberlo todo.

—Le debemos la salvación.

—¿Y qué os aconseja?

—Dice que nuestra generosidad es muy peligrosa, y que el documento en cuestión...

—Debéis entregarlo al monarca, ¿no es verdad?

—Sí.

—Pero vos, que no queréis arrepentiros, que no queréis responsabilidades...

—Antes que las responsabilidades quiero las desgracias.

—Bien, señora, muy bien.

—Podrá costarme la vida el cumplimiento de mis deberes; pero los cumpliré, y en este asunto no escucharé más voz que la de mi conciencia.

—Una cosa no habéis pensado, señora.

—Decid.

—Felipe II debe saber que en vuestras manos se encuentra ese documento.

—Creo que el doctor Olivares habrá guardado el secreto, según me prometió.

—Es un hombre honrado el doctor Olivares; pero honrado á su manera... Esto no tiene fácil explicación. Siempre que pueda hacer un beneficio sin contrariar al monarca, lo hará; pero cuando se trate de cierta clase de negocios, antes que todo, aun antes que su conciencia, es el rey para Olivares.

—Exageráis, caballero.

—Si Felipe II indicase, no más que indicar muy ligeramente, que para cualquier negocio de Estado convenía que muriese el señor Felipe, veríais cómo sin vacilar, fríamente, extendería el doctor una receta, y el pobre hidalgo dejaba de existir. Y sin embargo, habéis visto que se afanaba por salvarlo, y que en su favor hace cuanto es posible hacer.

—Eso es imposible, caballero.

—Conocéis á don Pedro de Carvajal y á don Juan de Guevara y á mí me conoceréis también

más ó menos tarde, pero al doctor no lo conoceréis jamás; y en cuanto á Felipe II, ni vos, ni yo, ni nadie, porque no hay mirada que pueda penetrar hasta el fondo de su alma tenebrosa, y ni la Historia lo juzgará tampoco con acierto.

—Lo que decís...

—Desgraciadamente es verdad.

—Si el rey sabe que en mi poder se encuentra la declaración firmada por don Pedro...

—Sí, lo sabe.

—¡Dios mío!

—Ese es el mayor peligro que os amenaza.

—Y para librarme de ese peligro...

—No me atreveré á daros ningún consejo.

—Delatar á mi enemigo...

—Sería ruindad que en vuestro pecho no cabe.

—Seguir guardando ese papel...

—Es guardar en el pecho una víbora.

—Y entregarlo á don Pedro...

—Sería equivalente á perder á vuestra hija.

—¡Ah!

—Grave es la situación, señora.

—¡Desdichada de mí!

—No habíais apreciado bien los peligros que os amenazaban, no los habíais visto todos, y no he venido á otra cosa que para haceros está advertencia.

—Pero aconsejadme.

—Líbreme Dios de cometer semejante locura...

—Si tanto os interesa nuestra suerte...

—Mucho, ya os lo he dicho.

—Pues entonces...

—¿Y qué he de aconsejaros cuando no sé lo que os conviene? Tres cosas podéis hacer; pero las tres ofrecen igual peligro.

—Sin embargo...

—Meditaré, y si un nuevo camino encuentro, aunque presente muchas dificultades...

—Sí, sí.

—He venido para aumentar vuestros sufrimientos.

—Para hacerme un beneficio.

—Esa es mi intención.

—Habéis visto la situación con más claridad que el doctor Olivares.

—No es que la aprecie mejor, sino que yo puedo decir lo que el doctor tiene que callar.

—Después de haberos oído empiezo á comprender muchas cosas que antes no me explicaba.

—Prudencia, señora, mucha prudencia, mucho disimulo, y en cuanto á Olivares, si bien tenéis la obligación de agradecerle grandes beneficios, pensad que no ha de hacer nada, absolutamente nada, sino para secundar al rey. Lo que era una intriga de amor, se ha convertido en grave negocio de Estado, y como vos representáis uno de los principales papeles...

—Nos os esforcéis, caballero, porque ahora comprendo mi situación.

Volvieron á entrar en la casa.

Allí repitieron lo que acababan de decir, y María, con la sinceridad que la caracterizaba, confesó que desde luego hubiera ella entregado el papel al doctor Olivares para que hiciese el uso que bien le pareciese.

—Nuestro enemigo no se arrepentirá—dijo la joven—, y si en paz nos deja es por miedo; pero ¿dónde ocultaremos ese papel que tiene tanto valor? En nuestras manos es un peligro, y conociendo bien nuestra situación no habría quien quisiera guardarlo.

—Por mi parte—dijo el señor Antonio—no me haría cargo de semejante depósito.

Ya sabía el buen hidalgo cuanto necesitaba saber, cuanto era posible que supiese.

Conocía el alma de don Pedro de Carvajal como no hasta entonces no la había conocido.

Con cuanta delicadeza le fué posible, ofreció su bolsa á la viuda, y consiguió que ésta prometiese acudir á él cuando sus apuros llegasen al último extremo.

Despidióse el señor Antonio y salió.

Muy pensativas quedaron las dos pobres mujeres.

De su situación hablaron por espacio de una hora; pero lo único que por de pronto decidieron fué no decir del señor Antonio una sola palabra al doctor Olivares.

Esforzándose para disimular lo que sentían, salieron de la casa y se encaminaron al monasterio.

Apenas las vió el médico les dijo:

—Dad gracias á Dios.

—¿Y el señor Felipe?

—Ya respondo de su vida.

—¡Ah!...

—Dentro de pocos días podrá dejar el lecho; pero no salir de estas habifaciones.

—¡Gracias, Dios mío!

—Entrad y lo veréis. Está muy débil; pero despejado, y se considerará feliz al escuchar á

la mujer á quien tanto ama. Desde que amaneció pregunta sin cesar por vosotras, y hoy precisamente es cuando habéis venido más tarde.

—Nos han detenido las faenas de la casa, y...

—Mientras no tengamos qué lamentar ninguna nueva desgracia, todo va bien.

—No.

—Os advierto que anoche llegó don Pedro de Carvajal.

—Ahora no es posible que á nada se atreva contra nosotras.

—También ha llegado don Juan de Guevara.

—Ese hombre ruin no merece nuestra atención.

—La mía sí.

En la habitación donde el enfermo se encontraba entraron las dos mujeres.

Allí estaba también el anciano padre de Felipe.

No tenemos para qué hacer la pintura de la ternísima escena que entonces tuvo lugar y en la que representaron el principal papel las miradas, los suspiros y hasta el llanto.

CAPITULO XLIX

CÓMO PREPARÓ DON JUAN EL GOLPE

No era posible que en el Escorial se ocultase una persona, y por consiguiente, don Juan de Guevara vió á su rival, pudo observarlo y supo que había ido á visitar á la viuda del señor Alonso.

Así pudo el traidor calcular y apreciar con bastante exactitud la situación.

Bien sabía que por entonces no le convenía ocuparse del asunto que tan gravemente comprometía á don Pedro de Carvajal, y pensó solamente en el señor Antonio de Quirós.

Previsor siempre, habló de un viaje que tenía que hacer á Segovia para arreglar negocios de mucha importancia, y al día siguiente del en que tuvo lugar la última escena que hemos referido, muchas personas pudieran ver que don Juan tomaba el camino de Segovia y desaparecía.

Lo que nadie sospechó fué que el caballero, cuando llegó á cierto sitio cambió de dirección y fué á parar al camino de Madrid.

Entonces obligó á su cabalgadura á que avanzase al trote, y tres horas después se encontraba á las puertas de la coronada villa.

Por el camino de la ronda, si es que camino puede llamarse al sendero que entonces había, siguió don Juan, entrando en la población por

el lado del Sur y yendo á parar á Puerta Cerrada.

Bajó un trecho de la calle de Segovia, y entró en una posada donde se aposentó con ánimo de permanecer hasta que llegase la noche, pues no le convenía que nadie lo viese.

Meditando y combinando su plan, esperó el caballero.

Por fin desaparecieron los últimos rayos del sol y los resplandores del crepúsculo y las negras tinieblas se extendieron y envolvieron en su densa oscuridad la población.

Ya era imposible reconocer á una persona en las calles, así como también era muy peligroso por las calles andar.

Aún esperó el señor de Guevara, y á las diez se envolvió en su capa, salió y se encaminó á la plaza del Arrabal, que es la que ahora conocemos con el nombre de Plaza Mayor.

Había por aquel tiempo allí, en el lado que mira al Norte y entre el ángulo de la calle de Toledo, una taberna donde era fama que se reunían, particularmente á ciertas horas de la noche, los más desalmados ladrones y asesinos de Madrid.

El interior de la taberna era lóbrego aun en medio del día.

Entrábase por una puertecilla que escasamente tenía cinco pies de altura y que por consiguiente obligaba á bajar la cabeza á las personas de estatura más escasa.

Al entrar había que bajar un escalón, y luego otros muchos de una escalerilla bastante empinada, encontrándose al final un sótano de macizas paredes y abovedado techo.

Aquella habitación, muy extensa, particularmente por su longitud, era la principal, la conocida por todo el mundo; pero había otras, y otras además si se bajaban más escaleras, yéndose á parar en este descenso á otras habitaciones reservadas que tenían salida á la calle de Cuchilleros.

Teniendo en cuenta el grande desnivel que hay entre esta calle y la plaza, se comprende que fuese preciso bajar á medida que se avanzaba, así como los aposentos, que por una parte eran subterráneos, y por la otra estaban sobre el nivel de la vía pública.

Esta disposición particular del interior de la taberna, permitía cosas que en otro local hubieran sido imposibles.

No tenemos ahora necesidad de hacer minu-

ciosas descripciones de la taberna de Pepón, llamada así, porque tal era el nombre con que á su dueño se le conocía, gracias á su gran volumen, particularmente por su obesidad.

Cerrábase la taberna á la hora que la autoridad disponía; pero nada se conseguía con esto, porque dentro quedaban los parroquianos y entraban y salían á su antojo, ya por la plaza, ya por la calle de Cuchilleros.

Cuando Pepón iba á cerrar la puerta que daba á la plaza, llegó don Juan.

No se sorprendió el tabernero al ver que en su casa entraba una persona distinguida, pues muchas veces sucedía lo mismo, porque allí iban á buscar á los asesinos que habían de satisfacer venganzas, y allí se celebraban contratos los más criminales.

La justicia sabía todo esto; pero en aquella época sucedía poco más ó menos lo que en la presente, y los ladrones vivían á sus anchas y sin que se les molestase sino cuando en "in fraganti" se les cogía.

Las leyes de vagos no servían para nada, porque son leyes inútiles, cuya aplicación acertada es imposible, así como también es imposible evitar que abusos se cometan á la sombra de semejantes leyes.

No se había pensado entonces en qué consistía el remedio, y aunque ahora se sabe cuál es, no se pone tampoco, porque costaría mucho dinero, y el dinero es preferible gastarlo, según vemos que opinan los modernos legisladores y los modernos en otras cosas, que nos parecen, las unas perfectamente inútiles, y las otras perjudiciales.

Sobre este punto no hacemos más consideraciones, porque no lo permite la índole de este libro. Ahora pintamos aquella época tal como fué y no tenemos para qué meternos en lo demás.

Respetuosamente se inclinó el tabernero, haciéndose á un lado y diciéndole á don Juan:

—Cuidado, señor caballero, porque esta escalera es resbaladiza y de malas condiciones... Voy á cerrar y en seguida iré á recibir las órdenes de vuestra señoría.

Bajó don Juan.

La luz era muy escasa, como que no había más que la de tres humeantes candiles pendientes de la bóveda en unos alambres.

La atmósfera era húmeda y pesada, y además nauseabunda, porque estaba cargada con las

emanaciones del vino y los alientos de mucha gente sucia y soez.

Detúvose el señor de Guevara al dar los primeros pasos.

Nunca había entrado en aquel nido repugnante. A todos lados miró.

Vió muchos hombres cuyo aspecto bastaba para infundir terror.

Indudablemente todos ellos eran ladrones y asesinos.

¿A cuál de ellos se dirigiría?

¿Cómo propondría el negocio?

He aquí la primera dificultad que encontró; pero bien pronto el tabernero llegó para sacarlo del apuro, diciéndole:

—Perdóneme vuestra señoría si me tomo la libertad de darle un consejo.

—Decid.

—No ha venido vuestra señoría por el placer de honrar mi casa ó de emborracharse.

—No.

—Vuestra señoría viene con el mismo fin que otros caballeros de muchas campanillas, y dispuesto me tiene á servilo, si bien me falta saber si se trata solamente de escaermentar con una paliza á algún mozalbate atrevido, ó si de otro asunto más grave.

—Sí, algo más—respondió el señor de Guevara.

—Si fuese cosa de ingenio, como cuando se necesita que una paloma cambie de jaula.

—No.

—Venga vuestra señoría si á bien lo tiene, porque yo conozco á estos bribones, y haré de manera que alguno se le acerque para tratar del negocio y que vuestra señoría le pague la cena. Siendo cosa grave y que requiera un hombre de corazón, puede vuestra señoría fiar en *Medio-Beso*, que es aquel que, como aburrido, está en aquel rincón, porque hace más de una semana que no entra en su bolsa un solo maravedí, y como me debe ya bastante, no he querido fiarle esta noche la cena... Aquí, señor caballero... Siéntese vuestra señoría, que al momento será eruido.

Don Juan de Guevara se dejó llevar hasta uno de los extremos del sótano adonde apenas llegaba le claridad que, como trabajosamente, esparcían los candiles.

Se sentó sin descubrirse el rostro.

Había encontrado el camino mucho más fácil de lo que creía.

Pepón fué donde estaba el hombre taciturno y le dijo:

—Ahora puedes quejarte de mí... ¿No jurabas que habías de destriparme? Pues mira cómo pago á los que me injurian.

—¡Mil rayos!...

—¿Has visto á ese caballero?

—No estoy ciego.

—Pues trae un buen negocio, y yo le he prometido proporcionarle persona de confianza. Creo que pagará con mucha largueza, y por consiguiente...

—Entiendo...

—Ya sabe cómo te llamas.

—¿De manera que?...

—Acércate y no olvides que te necesita, porque no conoce á nadie que pueda servirle en esta ocasión, y es justo que saques doble de lo que valga el negocio, y de esa mitad...

—No necesito que me enseñes mi obligación.

—Te deseo fortuna.

—Llévame de cenar, porque si no cometeré muchas torpezas.

—Descuida, que nada te faltará.

Pepón se fué á la cocina.

Medio-Beso, llamado así porque tenía partido el labio superior, se acercó á don Juan, diciéndole:

—Que Dios os guarde, caballero. Viendo estáis quién soy, porque lo llevo en la cara. Ahora me traerá Pepón la cena y hablaremos entonces, pues tengo seco el paladar y la cabeza aturdida, y para nada sirvo en estos momentos.

El bandido se sentó, apoyó los codos en la mesa y la barba en las manos, quedando inmóvil.

Dióse el tabernero prisa, y á los pocos minutos puso sobre la mesa un jarro lleno de vino, unas sardinas saladas y algunas magras.

Ante todo, bebió *Medio-Beso*.

Luego se comió una sardina, volvió á beber y exclamó:

—¡Cien legiones!... Esto es otra cosa... Ya me tenéis dispuesto para todo. Cuando falta el alimento, los hombres no sirven para nada. Los tiempos están malos, muy malos, y aunque uno sea el hombre más honrado y trabajador, no gana para vivir. Mientras sigo comiendo podéis explicaros.

—Me parece que para hacer lo que deseo será necesario más de un hombre.

—Tendréis ciento; bien por vuestra cuenta ó

dor la mía, pues los negocios los hacemos así. Si os conviene, para quitaros de ruido y de dolores de cabeza, podéis hacer conmigo un ajuste alzado, y yo me entenderé con los demás y llevaré la gente que me parezca necesaria.

—Así lo arreglaremos.

—Os advertiré una cosa, caballero.

—¿Qué?

—Estáis medio ahogado por el embozo, y es preciso que sepáis que aquí nadie es curioso, y que lo único que nos importa es el dinero que nos dan. Si no sois persona conocida tendréis que garantirme ó pagarme del todo adelantado. Haced lo que mejor os parezca, que no tengo ningún interés en veros el rostro. Nosotros somos unos desalmados capaces de cometer todos los crímenes; pero tenemos una buena cualidad: la de ser reservados y discretos.

—Ya lo sé.

—Ahora decid de qué se trata.

—De quitar del mundo un hombre.

—¿Es un caballero?

—¿Y que os importa?

—Mucho, porque según la persona así vale el golpe. Cuando despachamos á un pobrete, fácilmente salimos del apuro si nos echa mano la justicia; pero cuando es un caballero, se nos trata sin compasión y nos llevan á la horca. Si el riesgo es mayor, mayor debe ser la recompensa.

—Es muy justo.

—Nunca hablamos por hablar, porque es tiempo perdido que en cosa de provecho puede emplearse.

—Deseo concluir pronto.

—Os he preguntado qué clase de hombre es el que hay que quitar de este mundo.

—Un caballero.

—¿Rico?

—Sí; pero que no vive en Madrid sino por temporadas, y que ningún papel representa en la corte.

—¿Tiene familia?

—Ni un solo pariente, y aun es dudoso que tenga en Madrid algún amigo. Habita en la hostería de maese Bonifacio, que apenas lo conoce.

—Mejor...

—Ama á una mujer...

—¿Es vuestro rival?

—Sí.

—Y queréis que busquemos una ocasión y lo despachemos.

—Pero si no hacéis más que herirlo...

—Descuidad, que tengo buena mano, y golpe que doy va derecho al corazón, y el que lo recibe ni siquiera dice Jesús.

—Eso es lo que deseo.

—Debéis conocer sus costumbres y nos diréis á qué horas poco más ó menos sale de la posada, y adónde va.

—Regularmente sale á las once de la noche para introducirse en la casa de la mujer en cuestión.

—¿En qué calle habita? Pues las Platerías es mal sitio para dar el golpe.

—En la cuesta de Santo Domingo, casi frente al convento.

—¡Mil rayos!... ¡Por allí hay una dama muy hermosa!

—Tal vez sea la misma.

—La hija de don Luis de Guzmán.

—Habéis adivinado.

—¡Tripas de Lucifer! Por una mujer como ésa bien se puede hacer cualquiera locura.

Medio-Beso bebió, brindando por doña Luz.

No le agradó mucho el brindis á don Juan; pero disimuló.

—Tal vez —dijo—pasen muchos días sin que el amante entre en la casa, porque don Luis está sobre aviso.

—Daremos el golpe donde se pueda.

—Ha de ser pronto.

—Caballero, no hay que pedir más de lo que humanamente sea posible hacer.

—Sepamos lo que queréis por dar el golpe, en la inteligencia de que vos pagaréis á los que os ayuden.

—Trescientos ducados —dijo Medio-Beso.

—¡Trescientos ducados!

—¿Os parece mucho?

—Sí, porque esa cantidad...

—No sería bastante para librarnos de la horca si nos echase mano la justicia.

—No arreglaremos este negocio.

—¿Pues cuánto pensabais dar, caballero?

—La tercera parte de lo que habéis pedido.

—¡Por Satanás!...

—No os enfadéis, porque así como vos podéis pedir lo que se os antoje...

—Es verdad.

—Por lo que ofrezco se han dado golpes no menos arriesgados.

Medio Beso quedó pensativo.

—Necesito saber una cosa—dijo después de algunos minutos.

—Preguntad.

—¿Qué edad tiene vuestro rival?

—Unos treinta años.

—¡Mil truenos!... La edad en que los hombres tienen más fuerza y más valor.

—Y valor le sobra al que habéis de matar, os lo advierto.

—¡Oh!...

—Y maneja la espada admirablemente.

—¡Cien mil legiones!...

—Y por nada del mundo pierde la serenidad.

—¡Fuego del infierno!... ¿Y os parece mucho lo que os he pedido?... A un hombre así no se le da una puñalada, sino que es preciso acometerle espada en mano, batirse con él y matarlo á cuchilladas.

—Eso no es cuenta mía.

—Pero yo tengo que pensar en todo, pues habríamos de ir por lo menos cuatro hombres, y todos valientes, y cada uno de ellos me cuesta un dineral.

—Sin embargo...

—Haré alguna rebaja para que quedéis contento y me busquéis si otra vez necesitáis mis servicios.

—Decid de una vez cuánto he de daros, porque deseo terminar pronto esta conversación.

—Pues bien, por doscientos cincuenta ducados...

—Doscientos daré—dijo don Juan.

—No puedo.

—Buscaré otro—replicó el caballero, poniéndose en pie.

—Esperad.

—Si no os conviene...

—¡Cuernos de Lucifer!... Sentáos.

—¿Aceptáis lo que ofrezco?

—¿Me pagáis también esta cena?

—La pagaré.

—Y será preciso que siquiera un escudo le deis á Pepón para que me deje en paz.

—Se lo daré.

—Ahora falta lo más interesante.

—Si estamos de acuerdo...

—En la cantidad, sí; pero ¿cuándo me la entregaráis?

—Cuando yo vea sin vida á mi rival.

—Eso no puede ser; primeramente, porque tengo que dar algo á los que me ayuden, y luego porque no os conozco.

—Mi palabra...

—No lo llevaréis á mal; pero en estos asuntos las palabras tienen poco valor. Si fuérais uno de esos personajes á quien todo el mundo conoce, no os pediría más que una pequeña parte como adelanto; pero debéis considerar que si se os antoja volver la espalda cuando demos el golpe, nos quedaríamos burlados, y sin tener la esperanza de vengarnos, porque ignoro quién sois.

—Mirad mi rostro para que me conozcáis.

—Nunca os he visto.

—¿Y si os digo mi nombre?

—Calladlo, porque si os proponéis engañarnos nadie os estorba decir un nombre cualquiera, el que os pazezca mejor.

Vivamente contrariado se sintió don Juan; pero el bandido tenía razón.

No había transacción posible.

—¿Y si vos me engañáis?—dijo el caballero después de algunos minutos.

—Los asesinos, cuando se trata de estos negocios, mueren antes que faltar á su palabra.

—Lo que acabáis de decir no es una garantía.

—Bien lo sé; pero no puedo dar otra.

—De manera que...

—No hay arreglo posible.

—¿Y no podríamos buscar un término medio?

—Tal vez.

—Os daré mañana cincuenta ducados.

—Me daréis ciento, y cuando haya de darse el golpe estaréis en las cercanías y vigilado por uno de mis compañeros, y al concluir...

—Entendido.

—Si así os conviene, todo quedará hecho según deseáis.

Reflexionó el señor de Guevara.

Tenía forzosamente que aceptar.

—Estoy conforme—dijo.

—¿Cuándo nos veremos?

—Mañana.

—¿A la hora de esta noche?

—Sí.

—Aquí os esperaré.

No necesitaban prolongar la conversación.

Don Juan llamó al tabernero, le pagó la cena y le regaló un ducado.

En seguida, y volviendo á recatarse el rostro, salió de la taberna.

A Platerías fué, situándose frente á la hostería por si acaso había vuelto á Madrid el señor Antonio.

Después de una hora, tomó hacia los Caños del Peral y llegó á la cuesta de Santo Domingo, deteniéndose frente á la casa de don Luis.

En el interior de ésta reinaba el más absoluto silencio.

En vano esperó el criminal, puesto que Quirós no había regresado á Madrid.

Ya eran más de las doce cuando volvió á su posada.

Poco durmió aquella noche, porque estaba muy agitado.

La terrible sentencia de muerte contra el señor Antonio estaba pronunciada.

En aquellos tiempos era tan fácil como hemos visto asesinar á un hombre.

Medio-Beso debía cumplir sus compromisos con la mejor buena fe.

Llegó el siguiente día y también otra noche.

Volvió á la taberna don Juan, encontrando allí al bandido y preguntándole:

—¿Aún estáis dispuesto?

—Sí.

—Os advierto que mi rival tuvo que ir al Escorial y no sé si ha regresado.

—Si me decís su nombre, lo averiguaré fácilmente, y así no perderemos tiempo.

—Es el señor Antonio de Quirós.

—No lo conozco.

—Maese Bonifacio os dirá si el hidalgo se encuentra en Madrid.

—Lo preguntaré mañana.

—Y si ha venido...

—Todas las noches antes de las once os encontraréis en los alrededores de la iglesia de San Miguel, y allí os buscará uno de nosotros, y veréis cómo cumplimos nuestra obligación.

—No faltaré.

—Siempre iréis prevenido con los cien ducados.

—Descuidad.

—¿Nada más tenéis que mandarme?

—Nada, como no sea recordaros que si no muere el señor Antonio de Quirós no me consideraré obligado á pagar.

—Es muy justo.

—Tomad los cien ducados.

Don Juan entregó una bolsa al asesino.

Este contó y examinó detenidamente las monedas, diciendo luego:

—Está bien.

—Pues hasta mañana.

Como si Satanás tuviese empeño en proteger

al traidor, el señor Antonio volvió á Madrid á las diez de la mañana siguiente.

A las once entró Medio-Beso en la hostería y le dijo á maese Bonifacio:

—Perdonad; pero necesito saber si el señor Antonio de Quirós, que al Escorial había ido, ha regresado.

—Hace una hora lo tenéis aquí.

—Gracias.

—No sé si se habrá acostado para descansar del viaje.

—Así es probable que lo haya hecho, y como no es urgente el asunto de que he de hablarle, volveré mañana.

—Os advierto que no es madrugador.

—Ya lo sé.

Aquel mismo día Medio Beso buscó otros dos asesinos para que le ayudasen.

Suponía que tres hombres bastarían para realizar la empresa.

No se equivocaba; porque si un hombre valeroso y diestro puede defenderse de dos, guardando la espalda con la pared, es imposible que pare los golpes que le dirijan tres al mismo tiempo.

¿Se salvaría el señor Antonio?

Moriría, si no lo favorecía ninguna de esas circunstancias que nadie puede prever.

Aquella noche debían los asesinos principiar su obra, y de seguro no tardarían en encontrar la ocasión que buscaban.

Regocijábese el miserable traidor.

Antes de las once vagaba por los alrededores de la iglesia de San Miguel.

A los pocos minutos se le acercó un hombre y le dijo:

—Ya estamos en acecho.

—¡Ahl...

—Aunque me perdáis de vista, no tengáis cuidado, porque os avisaré cuando convenga.

—Esperaré sin impacientarme.

Y tras una esquina de otra calle, veíanse los bultos de dos ó tres hombres.

Quizas había llegado el momento terrible.

Don Juan no conseguiría que lo amase doña Luz, pero gozaría con la muerte de su rival.

CAPITULO L

LA HISTORIA DE CONSUELO

Para que se comprenda el desenlace de esta situación, tenemos que dejar á los asesinos espe-

ando, y fijar la atención nuevamente en algunos de los personajes que hemos dejado en el Escorial.

Las palabras del anciano que murió en el bosque indicaban un secreto de mucha importancia en cuanto á la existencia de Consuelo, y este secreto, conocido por ella, aunque no completamente, es el que vamos á revelar, refiriendo una historia, que no por ser como otras muchas, tiene menos interés.

Mateo Romillo era el hombre más honrado del mundo; se había casado á los veinte años, tuvo algunos hijos, de los que sólo el último vivió, que era una niña, y cuando ésta tenía ocho años perdió á su esposa, que también era modelo de virtudes.

Ni era noble, ni rico, Mateo, y siempre había vivido con el producto de su trabajo, encontrándose cuando enviudó al cuidado de una finca situada á poca distancia de Burgos, y que era propiedad de un caballero muy rico y tan noble de corazón como de estirpe.

Cumpliendo allí sus deberes Mateo, con la escrupulosidad que siempre los cumplía, hubiera sido dichoso si no sufriese la desgracia de perder á su esposa.

Resignóse, y todo su cariño lo reconcentró en su hija, que le pagaba con inmensa ternura.

Vivía muy retirado, no se ocupaba más que de su trabajo y de la niña, y así pasó el tiempo, sin que nuevas amarguras tuviese que devorar.

Sucedio lo que no necesitamos decir, que con el transcurso de los años, la niña se hizo mujer; pero lo que el lector no sabe es, que la mujer era un prodigio de belleza, un tesoro de sensibilidad exquisita.

Llegó esa época terrible para la mujer en que despiertan en su corazón sentimientos que hasta entonces ha desconocido, y que la transforman moralmente.

Rosalía, que así se llamaba la niña del buen Mateo, empezó á palidecer y á estar melancólica.

En realidad no se había quebrantado su salud; pero ello es que á todas horas estaba preocupada y triste, y que su goce favorito, su goce único, eran los paseos por los sitios más solitarios.

Muchas veces, en el interior de los bosques sombríos, se la veía sentada á la margen de un arroyuelo bullicioso, y deshojando distraidamente la flor que acababa de cortar, y cuyas hojas caían en el líquido cristalino y eran arrebatadas por la corriente.

¿En qué pensaba en aquellos momentos?

No hubiera podido decirlo la inocente niña.

Su imaginación vagaba en un mundo que estaba muy lejos de la realidad, y bien pudiera asegurarse que soñaba.

Á la vez gozaba y sufría en aquellos momentos en que con entera libertad entregábase á sus pensamientos tan vagos como puros.

Suspiros lánguidos escapábanse de su pecho, y no era extraño ver que después de haberse entreabierto sus labios para sonreír, escapábase alguna lágrima de sus ojos.

El mismo valor, la misma significación tenía entonces en ella la risa que el llanto.

¡Infeliz criatura!

Sentía una aspiración de que no se daba cuenta; había en su alma un vacío; su corazón anhelaba una cosa que para ella no tenía nombre.

Con su condición humilde, su pobreza y las demás circunstancias de su situación, era imposible la realización de aquellas aspiraciones.

Con la más fría indiferencia había mirado la joven á todos los mozos de las cercanías, muy honrados, pero en extremo rudos, y que por consiguiente, no habían sabido hacerse entender de aquella criatura delicada.

La primavera había extendido su manto de verdura y de flores.

La primavera es la época terrible para la mujer, particularmente en los primeros años de su juventud, pues entonces se excitan y se subliman sus sentimientos de amor y siente imperiosa como nunca la necesidad de ser amada.

En esa época que hemos calificado de terrible, y que es de dicha inmensa para muy pocas, la mujer daría mil veces la existencia por una sola palabra de ternura.

Tal era Rosalía, y así se encontraba cuando una mañana al atravesar un sendero vió un caballo que sujeto al tronco de un árbol estaba, y que debía pertenecer á persona distinguida, pues así lo revelaba su jaez.

Una mirada de curiosidad fijó la joven en la cabalgadura; pero no se detuvo, sino que se internó en el cercano bosque para ir á sentarse junto al arroyuelo, cuyo murmullo escuchaba con delicia, y al que ella confiaba candidamente sus sentimientos, mientras que en sus alas invisibles se llevaba el céfiro los tiernos suspiros.

Algunas flores cortó según su costumbre, colocando una entre los cordones con que sujetaba su corpiño, y sobre su pecho virginal y palpitante.

Lo mismo que siempre, se sentó sobre una piedra, fijó la mirada en el arroyuelo y quedó inmóvil.

Pocos minutos hacía que los rayos del sol se habían dejado ver, y como furtivamente penetraban por algún pequeño claro de la bóveda de follaje, yendo á reflejar y á descomponerse en las cristalinas aguas, presentando todos los bellísimos colores del espectro solar.

Entreabrieron sus rojos y frescos labios para sonreír con una dulzura incomparable.

Murmuró palabras que no pudieron entenderse.

Entretanto los pájaros trinaban y revoloteaban entre el ramaje, y este ruido y el que el arroyo producía al hacer y deshacer sus trenzas de cristal, eran los únicos ruidos que se percibían en aquel lugar, que parecía tener algo de misterioso.

Aún no habían pasado diez minutos cuando crujió lentamente y se movió el ramaje de algunos árboles, y de la espesura de la maleza que tras la joven había, y luego pudo verse la cabeza de un hombre que debía tener unos veinticinco años, y cuya belleza única consistía en el brillo y expresión de sus ojos.

Sorprendido miró á la hermosa niña, en cuyos rubios cabellos reflejaba en aquellos momentos un rayo de sol.

En pocos minutos cambió de expresión varias veces el semblante de aquel hombre, revelando sentimientos muy distintos.

Sin duda, impulsado por la curiosidad, quiso ver el rostro de la solitaria niña, y separándose de allí y buscando otro punto de observación, consiguió fácilmente su deseo.

Vivamente le impresionó aquel prodigio de belleza angelical.

Vióse en sus ojos el fuego de una pasión tan devoradora como sensual.

Por algunos momentos no acertó á moverse.

Empero bien pronto se desaturdiría, porque no era una criatura inocente como aquella niña infeliz.

Como no tenemos para qué hacer misterios en cuanto á este personaje, diremos que era don Juan de Guevara, que por aquel tiempo habitaba en Burgos.

Ya no tenía padres ni parientes, y era dueño de su escasa fortuna que mermaba con sus extravíos.

Don Juan había sido siempre malo, tan ruin

como lo hemos dado á conocer, y nunca había enfrenado sus pasiones, ni le había parecido reprobado ningún medio para conseguir lo que deseaba.

Se preguntó por qué no había de hacerse dueño de aquella belleza sin igual, y le pareció torpeza imperdonable no aprovechar la ocasión que se le presentaba de proporcionarse un goce.

¿Qué le importaba que éste costase muy caro á otras criaturas?

Ante todo no quería mortificarse imponiéndose una contrariedad.

Para un hombre de alguna experiencia no hay nada más fácil que seducir á una mujer de la edad de Rosalía y que es inocente.

Antes de sufrir ningún desengaño la mujer, es crédula hasta el punto de que escucha al hombre, y en las palabras de éste tiene la misma fe que pudiera tener en las de Dios.

Y cuando el hombre hace juramentos de amor sin fin, la pobre mujer, sin ningún recelo y dando expansión á su alma sensible, se entrega por completo, con todo su corazón, sin ninguna reserva.

El día del primer desengaño es un día terrible que no todas pueden soportar. Algunas sucumben, y las demás se transforman, aceptan aquella lucha de ruindades, aquella guerra de mala fe y hacen lo que pueden para engañar y para triunfar.

A los veinticinco años sería una mujer tan inocente y tan cándida como á los quince si no hubiera sufrido ningún desengaño.

¿Qué haríamos nosotros si al entregar de buena fe nuestro corazón lo destrozasen y se burlasen de nuestro candor y escarneciesen nuestro sufrimiento?

Todo aquello de que nos quejamos en cuanto á ciertas cualidades de la mujer, nosotros tenemos la culpa.

Meditó don Juan muy detenidamente mientras contemplaba á la hermosa niña, que no se apercibió de la presencia del caballero.

Por fin éste, dando á su semblante la expresión que le convenía, salió de la espesura.

Rosalía levantó la cabeza, se puso en pie y exclamó sorprendida:

—¡Ah!...

Y al levantarse cayó la flor que en el pecho se había colocado.

—¡Hermosa niña!—murmuró don Juan con tono de admiración.

Y contemplándola con mirada intensa, quedó inmóvil algunos momentos.

Luego dió un paso, se inclinó, cogió la flor y la acercó á sus labios, besándola suavemente.

Lo que sintió María no tiene explicación.

Enrojecieron sus mejillas como si fuese á brotar la sangre.

Con violencia desigual empezó á latir su corazón.

—Perdonad—dijo el caballero—; pero yo me consideraría la más feliz de las criaturas si fueseis bondadosa hasta el punto de permitirme guardar esta flor como se guarda la joya de más valor.

—Caballero—balbució Rosalía.

Y no bien hubo levantado los ojos, los bajó, porque no pudo so tener frente á frente la mirada intensa y dominadora de don Juan.

—¿Por qué temblais, encantadora niña?—dijo éste con dulzura.—¿Os infundo miedo? Si es así, me iré, porque no quiero molestaros.

—No...

—Entonces, levantad la cabeza... ¿Cómo os llamáis.

—Rosalía.

—¿Dónde habitais?

—En la Granja de las Golondrinas con mi buen padre.

—¿No tenéis madre?

—La perdí hace ocho años, y en el cielo está.

—¡Pobre niña!

Nunca había oído Rosalía aquel lenguaje tan dulce y delicado, y se sintió profundamente conmovida.

Con violencia seguía latiendo su corazón.

Parecióle que aquel hombre debía ser la encarnación de la nobleza y de todas las sublimidades.

Don Juan colocó la flor sobre su pecho y parecía envanecerse con aquel adorno. Bien sabía el loco cubrirse con la piel del cordero.

Le sobraba astucia y no podía cometer la torpeza de hablar de su pasión sin haber inspirado antes confianza á la inocente niña, y por consiguiente se concretó á dirigirle preguntas sobre su situación, su padre y otros asuntos indiferentes.

Poco á poco fué Rosalía recobrando la calma y acabó por escuchar con mucho agrado al caballero.

Más de una hora pasaron así, hora que fué un minuto para los dos.

Por fin, el señor de Guevara se despidió, manifestando el deseo de que la casualidad lo favoreciese y lo llevase todos los días á los sitios donde paseaba la joven.

Cuando Rosalía se encontró sola se oprimió el pecho y exhaló un suspiro.

Pensaba decirle á su padre que había hablado con aquel caballero; pero no lo hizo, porque se sintió muy turbada y no pudo articular una sílaba cada vez que entreabría los labios para hablar de aquel suceso.

Ya debía considerarse perdida.

Aquel día estuvo más alegre; pero cuando llegó la noche no concibió el sueño con facilidad.

A la mañana siguiente y cuando la aurora sonreía, salió de su casa la niña inocente y al bosque se encaminó.

Al llegar al sendero quiso la casualidad que llegase también el señor de Guevara.

Descalbagó el caballero, que aún llevaba en su pecho la flor, y en el bosque se internaron y fueron á sentarse junto al arroyo.

No deshojaba aquel día flores la hija de Mateo, porque tenía que escuchar y que responder.

Y otros días sucedió lo mismo.

Rosalía, con gran contento de su padre, volvió á cantar y á reír, y se sonrosaron sus mejillas como lo habían estado en otro tiempo.

Un mes pasó:

Considerabase la joven la más feliz de las criaturas.

Amaba y era amada.

A su edad no tiene la mujer otras aspiraciones.

Ni remotamente sospechó su padre el peligro horrendo que amenazaba á su hija.

Una mañana al salir del bosque estaba Rosalía pálida y preocupada.

Y preocupada pasó todo aquel día.

El abuso se había consumado.

Regocijábase don Juan con su triunfo y ya pensaba cómo librarse de aquel compromiso.

El miserable no le había dicho su nombre á la niña infeliz, sino otro cualquiera, evitando así complicaciones peligrosas.

Pasaron otros tres meses, y aunque la pobre niña había vuelto á estar alegre, entristeció.

Sentía algo que no acertaba á explicarse, y después de mucho vacilar, consultó con su amante.

Le respondió éste con frases vagas, y por consiguiente, no pudo ella salir de dudas.

Instintivamente temió una desgracia.

¿A quién consultaría?

¿Cuándo cumpliría el caballero los juramentos que había pronunciado por Dios y por su honor?

Rosalía era inocente; pero tenía muy clara inteligencia, y comprendió al fin que su situación era grave.

Después de meditar se convenció de que necesitaba la luz de acertados consejos.

No podía pedirlos á su padre, y al fin decidió acudir á una amiga, la única que tenía de completa confianza, y la que es preciso que demos á conocer.

Llamábase Juana; había quedado huérfana cuando era niña, y la amparó y protegió Mateo, á quien ella pagó con sus servicios y con filial ternura.

Cuando tuvo veinte años, uno antes del en que principió esta historia, se casó Juana con un hombre muy honrado, aunque pobre.

Estas circunstancias habían unido á las dos jóvenes con la confianza más íntima, y sus relaciones no se interrumpieron, sino cuando Juana se casó y tuvo que ocuparse en cumplir su deberes de esposa.

Si hubiera permanecido soltera, Rosalía le hubiese confiado el secreto de su amor, por más que el caballero le había recomendado que lo guardase, porque así convenía hasta que él arreglase sus negocios y pudiera cumplir sus promesas de casamiento.

Pero la situación había cambiado, y Rosalía confió el secreto á Juana, que escuchó con ansiedad y luego exclamó:

—¡Dios misericordioso!... Estás perdida.

—¡Perdida!—exclamó Rosalía con acento de terror profundo.

—Y te ha perdido tu inocencia y tu buena fe. Pues qué, ¿ese hombre será tu esposo? ¡Pobre amiga mía!... Es un caballero, y rico además, y se creería deshonrado si se casase contigo.

—¡Deshonrado!...

—Y no es lo peor que te abandone después de haber abusado de tu credulidad, sino que vas á ser madre.

Sintió Rosalía como si una mano de hielo oprimiese su corazón.

El golpe era doblemente terrible por lo inesperado.

Juana no era tonta, ni mucho menos tímida y se dispuso á ayudar á su amiga en cuanto le fuese posible.

Principió por infundirle alientos, ya con algunas esperanzas, ya con la obligación que tenía de hacerse superior á todo y de vivir para su hijo.

Luego fué al bosque, y oculta entre la espesura pudo conocer al seductor.

Dió á Rosalía los mejores consejos, y ésta cambió entonces de conducta, y exigió á su amante el cumplimiento de lo que había prometido.

Excusóse don Juan como mejor pudo, haciendo siempre protestas de amor; pero como la joven lo estrechaba con razonamientos incontestables, determinó el miserable abandonar á su víctima.

No vaciló para hacerlo así, y una mañana dejó de ir al bosque, y otras muchas pasaron sin que lo viese Rosalía.

Ya no pudo ésta dudar de su desgracia, apreciándola en todo su valor.

Cayó enferma, y casi milagrosamente se salvó su vida.

El tiempo pasó para la infeliz con una rapidez espantosa.

Acercábase el día en que había de ser madre.

Contaba con el auxilio de Juana, que á todo estaba dispuesta; pero una circunstancia imprevista dió á conocer al honrado Mateo la desgracia de su hija.

Anonadado se sintió el desdichado padre.

Seguro estaba de que el seductor no había de cumplir sus promesas; pero se consoló con la idea de vengarse, y juró que así lo haría.

Inmediatamente fué á Burgos; pero en vano preguntó por el caballero, pues nadie le daba razón de semejante persona.

Acertado anduvo don Juan al ocultar su nombre.

La joven conocía demasiado bien el carácter de su padre, y estaba segura de que éste realizaría su propósito apenas consiguiese encontrar al seductor.

Horrorizábase á la infeliz aquella venganza, porque al fin el hombre que la había engañado era el padre de la criatura que ella llevaba en sus entrañas.

Entretanto Juan iba á Burgos con frecuencia para hacer también averiguaciones; pero siempre volvía con una esperanza menos.

Rosalía fué madre, y pudo adobrazar á su hija, á la que puso el nombre de Consuelo.

Era Mateo demasiado noble para que pensase

abandonar á la inocente criatura que acababa de nacer, y antes de hacer esto prefirió arrostrar la vergüenza, si bien determinó alejarse de aquella comarca donde era tan conocido.

A Burgos se trasladó primero con su pobre hija y con su nieta, y con sus ahorros empezó á negociar y á vivir como mejor le fué posible.

Poco tiempo después tuvo que ausentarse, y entonces sucedió que un día que Juana fué á Burgos encontró en la calle á don Juan de Guevara, lo detuvo, le habló como debía, lo siguió y pudo averiguar su verdadero nombre.

Con dureza fué rechazada por el caballero; pero no se desalentó y fué á llevar la noticia á su amiga.

Las esperanzas renacieron en el alma de Rosalía, y sin perder un momento fué á la vivienda de don Juan, llevando en brazos á su tierna hija.

En los primeros momentos no pudo el miserable seductor rechazar como hubiera deseado á su víctima; pero al fin lo hizo, advirtiéndole que no abrigase ninguna esperanza y ofreciéndole dinero.

Perdió el conocimiento la infeliz. fué socorrida con indiferencia por un criado del señor de Guevara, y como éste había entretanto salido, tuvo aquella que volverse á su casa si bien con la firme resolución de seguir reclamando para que su honor quedase á cubierto, y sobre todo para que su hija tuviese un nombre.

Creyó la infeliz que lo que no consiguiese con sus súplicas no lo conseguiría su padre con amenazas.

Cuando al día siguiente volvió en busca de don Juan éste se había ausentado, y nadie pudo decir adónde había ido.

Así se libró para siempre de aquellas reclamaciones y de los peligros que hubiese tenido que arrostrar cuando regresase Mateo.

No todos los golpes se soportan, y este último produjo grave alteración en la salud de Rosalía, precisamente el día después de haberse separado de su fiel amiga Juana.

No tuvo, pues, más cuidado que los de los vecinos.

Su enfermedad se agravó rápidamente y al quinto día fué preciso pensar en la salvación de su alma, porque ya era imposible la de su cuerpo.

Entonces volvió el desdichado padre.

Encontró á su hija moribunda.

No pudo ésta pronunciar más que algunas palabras, y por consiguiente para Mateo fué ignorado, lo mismo que antes, el nombre del seductor.

Rosalía murió aquella noche.

Con el alma destrozada por el dolor, Mateo abrazó á la tierna niña, y determinó alejarse inmediatamente de Burgos.

Así lo hizo antes de que su determinación fuese conocida por Juana.

Cuando ésta á los pocos días fué á la ciudad, tuvo noticia de la muerte de su infeliz amiga, y supo que Mateo había ido á establecerse á otra población; pero á nadie le había dado conocimiento del punto donde pensaba vivir.

Cuanto es imaginable hizo Juana para averiguar el paradero, no solamente del padre infeliz, sino de don Juan de Guevara.

Tuvo que declararse vencida y resignarse.

Cuatro años después Juana quedó viuda y sin ningún recurso, y aceptó el ofrecimiento de una señora, á cuyo servicio entró.

Poco tiempo después se trasladó con su señora á Madrid.

En Madrid se encontraba también Mateo, que se había establecido muy modestamente como vendedor de comestibles en uno de los barrios más pobres.

No quiso la casualidad que Juana se encontrase nunca con el padre desdichado.

Este no se ocupaba más que en su negocio, y en criar y educar á su nieta como mejor podía.

Convencido de que el seductor había cambiado su nombre, perdió la esperanza de encontrarlo.

Todas las situaciones se aceptan cuando no hay otro remedio, y aquel hombre, tan desgraciado como honrado, tuvo que aceptar la suya, aunque era muy horrible.

Una vez aceptada, y con el transcurso del tiempo, recobró la calma.

Su nieta crecía, era el vivo retrato de su pobre madre, y también un tesoro inagotable de ternura.

Cuando la niña tuvo diez años, pudo Mateo ser feliz, hasta donde la felicidad es posible en una situación como la suya y con sus doloroso recuerdos.

Después de otros cuatro años, Consuelo era una mujer, y entonces su abuelo le dió á conocer el secreto de su existencia.

No pudo decirle quién era su padre.

La joven se conformó con su suerte, porque otro remedio no tenía; pero como no había conocido á su madre ni nunca se había encontrado en situación más risueña, pudo ser dichosa, porque se entregó á todas las ilusiones propias de su edad.

Se emprendieron las obras de la octava maravilla.

Mateo empezaba á tener ambición, no para proporcionarse goces, sino para asegurar la suerte de su nieta; y creyendo que haría un buen negocio, se trasladó al Escorial, estableciendo allí una cantina.

Bien pronto Consuelo fué amada por todos.

Muchas veces vió allí á don Juan; pero ¿cómo había de sospechar que aquel hombre era su padre?

Cuando empezaron á faltar las pagas á los trabajadores, Mateo, dejándose llevar de los nobles impulsos de su corazón, les ofreció cuanto tenía, y facilitándoles alimentos para cobrar cuando ellos cobrasen, consumió Mateo su pequeño caudal, concluyendo por encontrarse en el mismo apuro que los infelices á quienes había favorecido.

Muy cerca estaba de verse sin el preciso sustento, y el temor de que así le sucediese la espantaba, no precisamente por él, sino por su nieta.

En situación tan crítica tuvieron lugar los tristes sucesos que ya hemos referido.

Bien fuese por error ó por otra razón cualquiera, ello es que cundió la voz entre los cortesanos de que los dueños de las cantinas eran los que habían aconsejado á los trabajadores para que se amotinaran.

No hubo tales consejos.

¿Para qué necesitaban aquellos desdichados las excitaciones de nadie?

Tenían las de su miseria, veían estenuados á sus hijos, y ellos se sentían desfallecer de hambre, hasta el punto de no poder trabajar.

El hambre fué la verdadera causa del motín, como lo es de todas las revoluciones, porque ninguna ha estallado sin que antes la miseria produzca el malestar del pueblo y engendre las más negras ideas.

Pero en aquellos momentos no podía ponerse en claro la verdad, y los dueños de las cantinas tuvieron que huir lo mismo que los trabajadores, porque de instigadores se les acusaba y fueron perseguidos, ahorcados y acuchillados lo mismo que todos.

Tal era la historia de aquella niña infeliz que vió expirar á su abuelo entre la espesura del castaño, y que milagrosamente se salvó y encontró amparo.

Ahora puede el lector apreciar con más exactitud que nunca el alma ruin de don Juan de Guevara.

¿Cómo había llegado el señor Antonio de Quirós á conocer esta historia?

Esto lo sabremos oportunamente y veremos cómo las circunstancias se habían combinado para complicar la situación de los unos y de los otros.

CAPITULO LI

SANGRE

Dejamos á don Juan en los alrededores de la iglesia de San Miguel, y á los asesinos esperando tras de una esquina.

No parecía probable que aquella noche saliese el señor Antonio de Quirós, pues doña Luz no había de atreverse á recibirlo hasta que pasasen algunos días y se convenciese su padre de que nada tenía que temer.

Sin embargo, los que aman discurren de otra manera, porque ante todo se dejan llevar de los impulsos de su pasión.

En su aposento se encontraba el señor Antonio.

Hacia una hora que había cenado, se aburría, y discurría sobre su situación buscando medios de resolver las dificultades que á su felicidad se oponían.

No esperaba ver aquella noche á la hija de don Luis, pero ¿por qué no había de contemplar los muros que la encerraban?

Como no tenía sueño, no había de acostarse, y tampoco quería permanecer toda la noche en vela.

Determinó, pues, pasear, y claro es que el paseo había de darlo por la Cuesta de Santo Domingo.

Salió de la habitación sin cuidarse de mirar á su alrededor, pues ni remotamente sospechaba que lo espíasen.

Entregado á sus tristes pensamientos, se metió por la calle de Milanese para ir por la de Santiago y bajar luego por los Caños del Peral y la Huerta de la Priora.

—Ese es—dijo Medio-Beso á sus amigos apenas vió al noble hidalgo.

Y uno de ellos fué á dar aviso á don Juan de Guevara.

Inmediatamente pusiéronse todos en movimiento, y aunque á alguna distancia siguieron á Quirós.

No era posible que éste se apercibiera de que aquellos hombres iban tras él, pues sobre que ellos avanzaban sin producir el más leve ruido, ni separarse de las paredes, él iba muy preocupado, andaba maquinalmente y no se cuidaba, ni podía cuidarse de lo que pasaba á su alrededor. Llegaron así al pie de la cuesta.

Empezaron á subir.

Detúvose el señor Antonio frente á la casa de Guzmán, y fijó la mirada en los sombríos muros.

Era casi imposible distinguir á poca distancia el bulto de una persona, pues la luna no había tenido por conveniente dejarse ver, y no había más claridad que la de las estrellas.

Casi frente al sitio donde el galán se encontraba sí había alguna luz, la escasa y rojiza de un farolillo que ante la imagen de una Virgen estaba colgado en el interior del pórtico del convento de Santo Domingo el Real, convento que se ha conservado hasta nuestros días con su aspecto sombrío y ruinoso, con todo el sabor de una época remota y con todos los recuerdos de sucesos de gran importancia que en su interior tuvieron lugar en el tiempo á que nos referimos.

Cuando en el año de mil ochocientos sesenta y nueve se incautó el Estado del histórico edificio, lo visitamos, examinamos minuciosamente su interior y tomamos algunos apuntes de la distribución de sus patios, pasillos, galerías y aposentos.

Entonces pudimos comprobar muchos detalles de pasados sucesos y nos pareció que retrocedíamos á la época en que la mano de hierro de Felipe II abarcaba y ahogaba dos mundos, y la Inquisición encadenaba las conciencias.

Probablemente en el transcurso de esta historia tendremos que visitar el interior del convento de Santo Domingo, y entonces lo daremos á conocer con el detenimiento posible.

Los asesinos eran cuatro y se detuvieron como á treinta ó cuarenta pasos antes de llegar á la casa de don Luís, y donde no alcanzaban los destellos de la luz que en el pórtico había.

Allí, junto á la pared, agrupáronse para ponerse de acuerdo en los últimos detalles y dar el golpe con toda la seguridad posible.

Con ellos estaba don Juan, que les preguntó:

—¿Acabareis esta noche?

—Sí—respondió Medio-Beso—, á menos que nos lo estorbe la presencia de alguna ronda.

—No veo más que un inconveniente—observó uno de los bandidos.

—¿Cuál?

—Que nos encontramos demasiado cerca de la Inquisición, donde á todas horas hay esbirros vigilantes.

—La gente del Santo Oficio no se mete en estos negocios, y nadie allí se movería aunque viesen que degollaban á todos los habitantes de Madrid.

—Sin embargo, en el caso de que ese hombre grite.

—No gritará, porque es demasiado valeroso.

—¡Rayos y truenos!—exclamó otro de los asesinos—. En lo mejor no habéis pensado.

—Tú lo dirás.

—Dentro de media hora ó quizás antes tendremos el estorbo de la luna.

—¿Y qué nos importa?

—Mucho, porque la obscuridad es siempre una ventaja para nosotros.

—De todas maneras somos cuatro para uno.

—Tres no más, puesto que yo he de quedarme con este caballero.

—Eso es lo tratado; pero también hemos convenido en que si apurados nos encontrásemos...

—Yo acudiría.

—Disputáis mucho y hacéis poco—dijo don Juan—. El dinero lo tengo en el bolsillo y lo que deseo es que concluyamos pronto. En todos los inconvenientes debíais haber pensado antes, pues en estos momentos...

—Razón os sobra—interrumpió Medio-Beso—, y para acabar las contestaciones voy á mandar.

—Eso es.

—El que no quiera obedecer que vuelva la espalda y nos deje, porque no necesitamos bullos que nos estorben. ¡Fuego de Satanás!... El hablar mucho es de mujeres, y de hombres el hacer algo.

Este discurso fué bastante para que todos guardasen silencio.

Don Juan esperaba con ansiedad creciente.

Miraba hacia el sitio donde se había colocado su rival y sentía destrozada el alma por lo celos.

Recordaba también la ofensa que había sufrido pocas noches antes en aquel mismo lugar, y



así no era posible que se arrepintiese de la determinación que había tomado.

A uno y otro lado miró Medio-Beso, como el general que antes de dar la batalla examina el terreno para distribuir sus fuerzas, y después de algunos minutos dijo:

—Vosotros dos, con mucho disimulo, os colocáis allí y esperaréis. Luego yo subiré y daré la acometida. Por valeroso y hábil que sea ese hombre, no ha de matarme al primer golpe. y vosotros acudiréis y le acometeréis por la espalda y por los costados.

—Entendido.

—Ahora está separado de la casa, y como yo subiré arrimado siempre á las paredes, no podrá poner á cubierto la espalda.

—Bien pensado.

Los dos designados para aguardar separáronse del grupo, y encorvándose lentamente y sin producir ni el más leve ruido, llegaron hasta el convento.

Una vez allí, se arrodillaron, se inclinaron hasta apoyar las manos en tierra y, casi arrastrando, siguieron cuesta arriba hasta llegar á una puerta en cuyo hueco se ocultaron, desnudando las espadas y quedando inmóviles.

El señor Antonio de Quirós continuaba siempre contemplando el balcón de uno de los aposentos que ocupaba doña Luz.

Algunos minutos pasaron sin que los unos y los otros hiciesen nada.

—¡Que Satanás me ayude!—dijo por fin Medio-Beso.

Y añadió, dirigiéndose á don Juan:

—Vos esperaréis aquí y, cuando hayamos concluido, daréis los cien ducados á mi compañero.

—Descuidad.

Desenvainó el bandido la espada.

Dió algunos pasos sin separarse de la pared; pero una nueva circunstancia trastornó su plan: el señor Antonio se acercó á la puertecilla por donde lo hemos visto entrar otras veces y dió algunos golpes por si acaso allí se encontraba la dueña.

No abrieron ni le contestaron, pero él esperó.

—¡Rayos de Satanás!—exclamó Medio-Beso, deteniéndose y apretando los puños con desesperación.

Mientras junto á la puertecilla estuviere el señor Antonio no era prudente dar la acometida, porque allí guardaría la espalda con la pared,

teniendo enfrente á sus enemigos y pudiendo, por consiguiente, defenderse mejor.

Era posible que consiguiese herir á uno, en cuyo caso los otros no harían gran resistencia.

Esto lo sabía muy bien Medio Beso, y no se atrevía á dar el golpe sino como había proyectado.

El señor de Guevara, que seguía observando con el afán que era consiguiente en su situación, sintióse vivamente contrariado.

El adagio dice que “del dicho al hecho hay gran trecho”, y esto es verdad.

Aquellos miserables estaban acostumbrados á dar esta clase de golpes, y su plan era el mejor; pero era forzoso que encontrasen gran diferencia entre la teoría y la práctica.

Otra vez volvió á dar en la puerta algunos golpecitos el señor Antonio.

¿Y doña Luz?

En sus habitaciones se encontraba.

No se había acostado.

Aquella noche sentía oprimido el corazón.

Con frecuencia se arrodilló y dirigió al Omnipotente súplicas conmovedoras para que protegiese á su amante.

La infeliz sufría mucho con presentimientos horribles, presentimientos contra los que eran inútiles todos los razonamientos.

Pocas veces en su vida se había sentido agobiada por una tristeza tan profunda.

Contra su voluntad se escapaban las lágrimas de sus ojos.

En vano su dueña había intentado tranquilizarla, y le decía:

—¿Pero qué teméis, mi noble señora?

—Una gran desgracia.

—¡Una desgracia!...

—Me la anuncia mi corazón.

—Pues nunca hemos podido estar más desquiciadas que esta noche. Verdad es que el señor de Quirós vendrá; pero no he de abrir la puerta, no entrará, y por consiguiente no hay temor de que vuestro padre os sorprenda.

—¿Sabes si duerme?

—Despierto estaba hace poco, pues á la puerta de su cámara me acerqué con mucho cuidado, y por entre las cortinas vi luz.

—Desconfía.

—Es natural que vigile después de lo que su cedió la otra noche.

—Vuelve otra vez á su aposento y observa.

La vieja obedeció.

Llegó hasta la puerta de la cámara de don Luis.

Miró entre la cortina y escuchó, viendo luz y oyendo el ruido de los pasos del caballero, que iba y venía, asomándose alguna vez al balcón.

Volvió la dueña al lado de su señora, diciéndole:

—Aún está despierto.

—Pues acostaos.

—No lo haré antes que vos, mi noble señora—replicó la dueña.

Y se sentó y sacó su rosario.

Para ver si nuevo curso daba á sus ideas, doña Luz tomó un libro; pero leía maquinalmente.

Sus pensamientos la atormentaban sin cesar.

Un cuarto de hora después, la dueña, que sabía cómo había de halagar á su señora, encendió una bujía, salió, bajó y fué hasta la puertecilla, quedando inmóvil allí.

A los pocos minutos oyó los golpecitos que daba el señor Antonio, y entonces volvió á la cámara de doña Luz, diciéndole:

—Ahí lo tenéis.

—¡Ahl...

—Ha llamado.

Violentemente latió el corazón de doña Luz.

Poco faltó para que cometiese la locura de mandar á su dueña que abriese; pero consiguió dominarse, y dijo:

—¿Para qué ha de esperar?

—Si bien os parece, por el ojo de la cerradura le diré que se vaya, porque vigilante está vuestro padre y mi noble señor.

—Sí, sí.

—Y además...

—Dile también que no olvido mi juramento, y que soy la más desdichada de las criaturas.

—Y lo demás que bien me parezca añadir y que pueda serle agradable.

Otra vez tomó la luz la dueña y á la puertecilla fué.

Cuando volvieron á resonar los golpes, se inclinó, acercó los labios al ojo de la cerradura, y dijo con voz concentrada:

—Idos, caballero... Mi señor vigila... Mi señora sufre, porque el corazón le anuncia una desgracia... No olvida sus juramentos, y os ama como nunca... Alejaos, que no puedo permanecer aquí.

El señor Antonio se inclinó también, y respondió:

—Decid á doña Luz que la adoro como siempre, y que por ella sacrificaré la vida... Volveré mañana, todas las noches, y si no puede recibirme, que me escriba, y por aquí puede darme su carta.

La dueña corrió para llevar la agradable respuesta á su señora.

No se fué el señor Antonio ni era posible que se fuese, sino que se separó algunos pasos para volver á contemplar la casa.

Detúvose.

También su corazón latía con violencia.

—¡Rayos!—murmuró Medio Beso.—Ya creí que nada podíamos hacer esta noche. Muchos inconvenientes se nos presentan, y dudo que salgamos con bien.

También presentía una desgracia que hubiera sido fortuna para el señor Antonio y para doña Luz.

—Acabemos—dijo el bandido.

Y poco á poco siguió avanzando.

Luego, sin recatarse ya, llegó resueltamente hasta la casa de don Luis.

Apercibióse entonces el señor Antonio de que por allí pasaba un hombre; pero ¿qué le importaba?

Tenía en la diestra el acero y nada temía.

El asesino se detuvo, y de repente, con la ligereza del rayo, acometió al caballero.

Extendió éste el brazo, paró el primer golpe, y exclamó:

—¡Atrás, miserable!

Y á su vez acometió con tantos bríos y tan hábilmente, que Medio-Beso tuvo que retroceder, mientras exclamaba con voz sorda:

—¡Por Satanás!

Fácilmente y muy pronto hubiese acabado el valeroso Quirós con su enemigo; pero los otros dos miserables acudieron muy oportunamente, acometiendo por la espalda á Quirós.

Revolvióse el caballero.

Su espada giró velozmente en distintas direcciones, describiendo un círculo que, por de pronto, lo puso á cubierto de los golpes de sus enemigos.

El chis chas de los aceros resonó y se repitió, interrumpiendo el silencio de aquel lugar.

Y al mismo tiempo la luna envió á la tierra sus argentados resplandores.

Pudo verse entonces el grupo de aquellos cuatro hombres que se acuchillaban.

La lucha debía ser breve, porque no era po-

sible que por mucho tiempo se defendiese el señor Antonio.

Entretanto don Luis, que aún paseaba en su aposento, oyó el ruido de las espadas, y exclamó:

—¡Vive el cielo!... ¿Quién se acuchilla por aquí? No son dos hombres, sino muchos.

Y dió algunos pasos, acercóse al balcón, lo entreabrió y miró á la calle, viendo que un hombre se defendía de otros tres.

—¡Villanos, cobardes!—exclamó indignado el padre de doña Luz.

Acabó de abrir, se asomó, miró afanosamente, y el resplandor de la luna, que era muy claro, le permitió distinguir tan bien á los que peleaban, que pudo ver que era un caballero el que se defendía de tres hombres de mala traza.

Era tan diferente en aquella época la ropa de los nobles y de los plebeyos, que podían distinguirse con poca luz y al primer golpe de vista.

Don Luis de Guzmán, según ya hemos dicho, era la serenidad personificada, y según sus principios, todo caballero tenía la obligación ineludible de auxiliar á cualquiera que acometido se viese por dos ó tres.

No le importaba el motivo de la lucha, sino el hecho de aquella ruindad.

Si no se hubiese tratado más que de dos hombres, y cada cual con su espada, los hubiera mirado fríamente don Luis hasta la terminación del lance, socorriendo después al que quedase herido; pero no era esto lo que sucedía, y don Luis, sin más reflexión, dejándose llevar únicamente del primer impulso de su generosidad, entró en su aposento, cogió su espada, tomó la palmaria y corrió para ir en ayuda del caballero.

Su noble proceder no debía producir ningún resultado ventajoso, pues mientras que de su cámara salía, la espada de uno de los asesinos alcanzó el cuerpo del hidalgo, hiriéndole gravemente.

Y al mismo tiempo, y en la parte superior de la cuesta, porque de la calle de Convalecientes había salido, presentóse una ronda.

Un grito exhaló el hidalgo.

—¡Tenéos al rey!—exclamó el alcalde que la ronda mandaba.

Y los corchetes, blandiendo las espadas, corrieron hacia el sitio del combate.

Los tres asesinos corrieron también cuesta abajo, mientras su víctima caía sin conocimiento y quizás sin vida, y don Juan de Guevara, temeroso de que allí lo sorprendieran, huyó sin

entregar la bolsa, que contenía los cien ducados.

El bandido que con él estaba no se cuidó más que de poner á salvo su persona.

La escena que entonces tuvo lugar apenas puede describirse.

—¡Perseguidlos!—gritó el alcalde á los corchetes.

Y éstos siguieron tras de los asesinos y don Juan de Guevara, los cuales, cuando á los Caños del Peral llegaron, tomaron en distintas direcciones para librarse así más fácilmente de la persecución.

Metiéronse los unos por la calle del Tesoro, que entonces iba próximamente por donde hoy están las de Vergara y Carlos III, tomaron otros hacia el arroyo del Arenal y alguno se subió por los derrumbaderos que iban hacia la calle de Santiago.

Sólo quedó el alcalde junto al herido y pocos momentos después salió el señor de Guzmán de su casa, exclamando:

—¡Villanos!... Ahora veréis.

Se interrumpió y se detuvo al apercibirse de que había terminado la lucha y que un hombre había herido ó sin vida en el suelo, y el alcalde con la vara de la justicia en una mano y una linterna en la otra.

—¡Que Dios nos ampare!—exclamó don Luis.

—¡En nombre del rey... Acercáos y auxiliadme—dijo el juez.

Y se acercó el padre de doña Luz.

—¡He llegado Tardel—dijo desesperadamente.

—¿Qué ha sucedido aquí?—preguntó el alcalde.

—Espadas resonaron, y desde uno de los balcones de mi casa, vi...

—Perdonad—interrumpió el alcalde—, que no os había conocido, señor de Guzmán.

—Ni yo á vos, don Diégo.

—Proseguid, que el asunto es de interés.

—Pues, como os decía, vi que tres miserables acuchillaban á este caballero, y cumpliendo mi deber empuñé la espada y corrí para auxiliarlo.

—Y nosotros llegamos al mismo tiempo.

—¿Y los asesinos?

—Han huido y mi gente los persigue.

—¡Por Dios vivod!

—Veamos, don Luis, quién es este hombre y si muerto está.

Arrodilláronse y se inclinaron, mirando el rostro de Quirós.

—No le conozco—dijo don Luis.

—Yo tampoco.

—Y no hay duda que es un caballero.

—Así lo dice su ropaje.

—Parece que está muerto.

—¡Oh!...

—Es preciso salir de dudas.

—Vida tiene-

—Sí, late su corazón.

—Pero debe ser grave la herida.

—Tenemos necesidad de un médico.

—Al instante vendrá.

Don Luis, sin pensar más que en cumplir sus deberes, corrió, entró en su casa y empezó á llamar á grandes voces á sus criados.

Bien pronto se puso en conmoción la casa.

También acudió doña Luz, preguntándole á su padre:

—¿Qué sucede?

—Han asesinado á un hombre, á un caballero... Tres villanos... Y he llegado tarde... Corred, que venga el médico, y los demás traed un colchón para colocar al herido.

Un grito desgarrador exhaló doña Luz.

No necesitaba más explicaciones para comprender que el herido era su amante.

Se sintió desfallecer, y para sostenerse tuvo que apoyarse en su dueña, que también acudió.

Empero no era doña Luz una mujer vulgar.

Tenia demasiado valor, y bien pronto recobró la energía. Su padre no se ocupaba de ella.

No se entregó la desdichada á los transportes del dolor.

Ni siquiera una lágrima se escapó de sus ojos, sino que sus pupilas se iluminaron.

Apenas recobró las fuerzas, corrió sin escuchar las prudentes observaciones de su dueña; salió de la casa y se acercó al grupo formado por su padre, sus criados, el alcalde y algunos de los corchetes que habían vuelto sin que les fuese posible dar alcance á los asesinos.

La mirada de doña Luz se fijó en su amante con una ansiedad indescriptible, y sin miramiento alguno se arrodilló y puso las manos sobre el noble pecho que por ella palpitaba.

—Señora—le dijo el alcalde—, esto es demasiado horrible para una mujer. Dominad vuestros impulsos generosos...

—Dejadme.

—Aparta, hija mía.

—Quiero ver si este hombre ha dejado de existir.

—Vivo está.

—¡Ah!...

—Lo socorreremos, como es nuestro deber... Retírate á tu cámara.

Doña Luz obedeció, porque su resistencia hubiera sido sospechosa, y porque necesitaba reflexionar.

¿Le convenía decir quién era el herido?

No, porque entonces, aunque hubiera continuado socorriéndolo don Luis, no hubiera permitido que la joven lo viese.

Con todo el cuidado posible fué colocado en un colchón el señor Antonio y conducido al interior de la casa, colocándolo en un lecho y dejándolo allí hasta que el médico fuese, pues nada podían hacer.

¿Qué sucedería cuando supiese el señor de Guzmán que aquel hombre era el amante de su hija?

La situación no podía ser más grave.

CAPITULO LII

CÓMO ACABÓ DE PASAR LA NOCHE

Poco á poco fué restableciéndose el orden en la morada de don Luis de Guzmán.

Doña Luz hacía esfuerzos sobrehumanos, y consiguió dominarse para representar el papel que le convenía.

Poco tuvo que cavilar para comprender lo que había sucedido, y desde luego creyó que la desgracia de su amante era obra de don Juan de Guevara, cuya ruindad conocía demasiado bien la joven.

Como si no la impulsase más que un sentimiento de compasión y generosidad, entró en el aposento donde habían colocado al herido.

Ya habían desnudado al señor Antonio, restañando como mejor les fué posible la sangre que brotaba de su herida, y que tenía en un lado de la espalda, probando así que no consiguieron alcanzarle con ningún golpe frente á frente.

El alcalde examinaba la capa y registraba los bolsillos en busca de algún papel que le revelase el nombre de la víctima; pero no encontró más que una bolsa que contenía una respetable cantidad de monedas de oro.

Aunque aquella ropa no tuviese adornos de ninguna clase, era de mucho valor, y por consiguiente, debía suponerse que su dueño era rico.

El médico llegó, examinó la herida, hizo un gesto de disgusto, y dijo:

—Nada puedo asegurar; pero sí califico desde luego de grave el estado de este hombre.

Todos escucharon silenciosos.

Pidió el médico trapos y vendajes, que doña Luz llevó, recetó, y á los pocos minutos el enfermo empezó á dar señales de vida.

—Ahora sabremos quién es—dijo el alcalde.

Se equivocó, porque una fiebre intensa devoraba al herido y extraviaba su razón.

Inútil fué hacerle preguntas, pues á ninguna contestaba, y de sus palabras nada podía deducirse.

—Dejadlo—dijo el médico—, porque sin una tranquilidad absoluta sería imposible su salvación. Ahora no tiene conciencia de su estado, ni entiende lo que le decís, ni sabe dónde se encuentra, y es preciso ante todo hacer lo posible para su curación.

Doña Luz, pálida como un cadáver, inmóvil y con la mirada fija en el hombre á quien amaba tanto, escuchaba estas palabras desconsoladoras y sufría lo que no es posible concebir.

El médico se despidió.

Disponíase también á irse el alcalde, cuando dos corchetes que faltaban volvieron con un hombre de aspecto repugnante.

Era uno de los cómplices de Medio-Beso; el que al lado de don Juan había quedado para recibir el dinero.

—Aquí tenemos uno—dijeron los alguaciles.

—¡Ah!—exclamó el juez, fijando una mirada escudriñadora en el bandido.

Este inclinaba la cabeza y permanecía sombrío y silencioso.

—¿Quién sois?—le preguntó el alcalde.

—Señor—respondió el asesino—, soy un bribón, y confieso con toda claridad que mi conciencia no está muy limpia; pero no sé por qué ahora me detienen, y aquí me traen.

—¿Dónde lo habéis cogido?

—Más allá de la calle del Tesoro.

—Sí, los criminales se esparcieron al huir.

—Y por la calle del Tesoro iban dos; pero el otro se nos ha perdido. Dice que es inocente; pero cuando hufa...

—Señor alcalde—interrumpió el bandido—, le suplico á vuestra señoría que me pregunte, porque estoy dispuesto á responder la verdad; pero me parece que lo que estos hombres dicen...

—Escuchad.

El asesino quedó inmóvil como una estatua.

—¿Por qué hufais?

—Yo subía por la cuesta; oí ruido de espadas, y al mismo tiempo vi que llegaba una ronda. Los que se batían huyeron, y temeroso de que por uno de ellos me tomasen, corrí también.

—No ibais solo, según se ha visto.

—Sin más compañía que la de Dios; pero sucedió que uno de aquellos hombres se metió también por la calle del Tesoro, de lo cual yo no tengo la culpa.

—¿Qué hacíais en la calle á estas horas?

—Me paseaba, porque tengo calor.

—Debírais estar en vuestra casa.

—Tengo la costumbre todos los veranos de dormir de día y pasearme de noche.

—¿Y cuándo trabajáis?

—Cuando puedo.

—¿Vuestro oficio?

—Todos y ninguno.

—¿Vuestro nombre?

—*Langosta*.

—Eso es un apodo.

—Pues no sé el nombre que me pusieron en la pila, ni quiénes fueron mis padres.

—A pesar de que no tenéis oficio y de que sois pobre, vivís, lleváis una buena espada, y probablemente tendréis la bolsa repleta.

El bandido se encogió de hombros.

—Registradlo—dijo el alcalde.

Así lo hicieron los corchetes, encontrando dos escudos y algunos reales en los bolsillos del criminal.

—Habéis mentido.

—No.

—Sois uno de los que han acometido á este caballero que viendo estáis, y que tiene una mortal herida.

—Nunca le he visto.

—Vuestra situación será más grave si os empeñáis en negar.

—Señor alcalde, le suplico á vuestra señoría que á la cárcel me lleve, y si hay pruebas de mi crimen, sufriré el castigo.

Los criminales de todos los tiempos han sido lo mismo. Nadie como ellos saben colocarse en situación ventajosa cuando se encuentran en poder de la justicia.

Langosta sabía muy bien que acabarían por aplicarle el tormento; pero antes de comprometerse con declaraciones, necesitaba reflexionar y ver la conducta de sus compañeros.

En vano le hicieron nuevas preguntas, porque respondía vagamente ó callaba, y las amenazas

más terribles las escuchaba con indiferencia estoica.

—A la cárcel con él, y encerradlo en un calabozo, y ponedle grillos y esposas.

Lo que era esto lo sabía muy bien el llamado *Langosta*, y otra vez se encogió de hombros.

Se lo llevaron, y se fué también el alcalde, reinando por fin el silencio en la casa.

El señor Antonio deliraba unas veces y otras quedaba como aletargado.

Mucho de lo que decía lo entendía perfectamente doña Luz; pero no le sucedía lo mismo á don Luis.

Con frecuencia éste manifestaba su indignación por aquel acto de cobardía que acababa de cometerse, y luego decía:

—Pero ¿quién es este hombre, quién es?... De su clase distinguida no puede dudarse, y además es rico, y, sin embargo, nadie lo conoce.

Una hora después se acercó á doña Luz, y le dijo:

—Acuéstate, hija mía, ya hemos cumplido nuestro deber. socorriendo á este infeliz; pero no podemos pasar la noche en vela.

—¿Y quién lo cuidará?

—¿No tenemos criados?

—Sí; pero...

—Tu dueña, tu doncella y todos los demás pueden ir alternando. Hasta el amanecer no hay que darle la cucharada de ese medicamento que ha mandado el doctor y, sobre todo, más de lo que hemos hecho no puede hacerse. Lo que ahora deseo es que se castigue á los criminales. Afortunadamente, uno de ellos está en poder de la justicia, y declarará, mal que le pese.

—¿Creéis que han querido robar á este hombre?

—No lo sé; pero...

—Solamente querían asesinarlo.

—Todo es posible, hija mía.

—Es indudable que tiene un enemigo ruin y cobarde, y á ése es al que importa descubrir.

—Quizás no te equivocas.

—¡Oh!...

—Y me interesa la vida de ese hombre, porque es muy valeroso. Si le hubieras visto defenderse de los tres miserables que le rodeaba... Quise ayudarle y corrí cuanto pude; pero llegué tarde. Mi conciencia está tranquila, aunque esto no me basta.

Para no infundir sospechas doña Luz, se retiró á su aposento.

Don Luis dió las órdenes para que se cuidara al herido como si fuese su misma persona, y también se encerró en su cámara mientras decía:

—Esta noche es inútil vigilar.

Sí, completamente inútil, pues dentro de su casa tenía al amante de doña Luz.

Una hora después reinaba un silencio casi absoluto.

La infeliz joven había llorado y dirigido fervientes súplicas al Omnipotente para que salvase la vida al hombre á quien tanto amaba y que indudablemente había sido víctima de su propia nobleza.

Como la dueña, de acuerdo con su señora, se había ofrecido á velar hasta que fuese de día, los demás criados entregáronse al reposo.

Así doña Luz no encontró ningún obstáculo para satisfacer los deseos de su corazón y permanecer al lado del herido.

Al aposento donde éste se encontraba fué la joven.

La dueña se acomodó en un rincón, sacó su rosario, según costumbre, y pocos momentos después dormía profundamente.

Desde aquel momento el cuadro no pudo ser más triste ni más interesante.

Una lamparilla colocada sobre una mesa esparcía como trabajosamente sus rojizos y débiles rayos.

Una pantalla proyectaba su sombra en el lecho, que además estaba resguardado por las cortinas de color verde oscuro.

Apenas se distinguía el lívido rostro de Quirós.

Al lecho se acercó doña Luz.

El dolor y una ansiedad angustiosa se pintaba en su semblante.

Su mirada se fijó en el señor Antonio, que en aquellos momentos no daba señales de vida sino con su respiración precipitada y trabajosa.

Un momento después se inclinó doña Luz, acercó sus labios secos y ardientes á la frente abrasadora del herido, y estampó en ella un beso de ternura infinita.

Hubiérase dicho que allí quería dejar su alma.

El señor Antonio se estremeció violentamente.

Abriéronse sus ojos.

Sus pupilas estaban dilatadas y sin brillo.

—Luz—murmuró débilmente.

—Sí—dijo la joven mientras dos lágrimas rodaban por sus mejillas—; la luz de tu alma no te abandonará un instante... ¡Ah!... Y te salvarás, porque el Omnipotente escuchará mis súplicas.

cas, y algún día quedará castigado el miserable que contra tu vida atentó.

—Luz—volvió á decir el herido—, no quise matarlo... ¡Traidor!... Y la pobre Consuelo... ¿Qué ha sido de esa niña?... Adiós, que tengo que cumplir mi deber... Ya ves cuánta sangre de inocentes ha corrido en el Escorial... ¡Oh!... Es preciso salvarla... Don Juan... Don Pedro... ¡También el señor Felipe!... María... La justicia, is, la justicia del rey... ¡Miserables! ¡Villanos!... Hasta mañana... Que me escribas... ¡Luz de mi alma!

—Se estremeció otra vez Quirós, cerráronse sus ojos y quedó inmóvil.

Ansiosamente había escuchado la joven una por una las palabras que pronunció su amante, y murmuró:

—Ya no dudo: don Juan de Guevara es el asesino; pero ¿quiénes son las demás personas que ha nombrado?... La una se llama Consuelo, la otra María... Y don Pedro, y... No puedo adicionar.

Sentóse doña Luz y reflexionó, porque aún dudaba en cuanto á la conducta que le convenía seguir.

Más ó menos tarde había de saberse quién era el herido, y entonces su padre comprendería lo que hasta entonces no había visto claro; pero si ella declaraba desde luego que conocía al herido, ¿qué determinación adoptaría don Luis?

No dejaría el caballero de cumplir su deber hasta que el señor Antonio muriese ó recobrara la salud; pero sí estorbaría que su hija lo viese.

La mayor de las desdichas para doña Luz en aquellos momentos era que la privasen de ver al hombre á quien amaba.

Determinó al fin lo que era consiguiente, callar y dejar que el tiempo y las circunstancias pusiesen en claro el misterio.

Esto debía ser un inconveniente para que se hiciese justicia y el criminal quedase castigado, pues las explicaciones de ella hubieran sido un torrente de luz para el alcalde.

Cometía, pues, una torpeza la desdichada joven; pero en aquellos momentos de dolor y de trastorno no podía suceder otra cosa.

Ante todo deseaba ella permanecer todo el tiempo posible al lado de su amante, darle ella misma los medicamentos y prodigarle esos cuidados y consuelos que no puede ofrecer nadie más que la mujer que ama.

Los demás cuidarían con esmero al herido;

pero fríamente, y como quien cumple un deber.

No sabemos si las horas de aquella noche le parecieron largas ó breves á doña Luz. Su mirada no se apartó un solo instante de Quirós.

Este parecía algo más tranquilo cuando empezó á sonreír la aurora; pero no recobraba la razón, y era inútil dirigirle ninguna pregunta.

La joven le dió el medicamento, según el doctor había mandado.

Despertó la dueña, se restregó los ojos, se acercó al lecho, y le dijo á su señora:

—Retiraos á descansar.

—¿Dónde he de encontrarme mejor que aquí?

—Pero vuestro padre se levantará muy pronto, y su primer cuidado será venir á preguntar cómo el herido ha pasado la noche. Si no sois prudente, llamaréis la atención, sospecharán, y nada habremos conseguido con nuestro disimulo.

Mal que le pesase tuvo la joven que retirarse á su aposento.

Poco después se vistió don Luis; fué á ver al herido y le preguntó á la dueña:

—¿Hay novedad?

—Ninguna, señor.

—¿Ha delirado otra vez?

—Sí.

—¿Y no ha pronunciado ningún nombre?

—Ninguno.

—Sus palabras tienen mucho valor para la justicia.

—Ya lo sé, mi noble señor; pero el desdichado caballero no decía más que "villanos, cobardes", y otras cosas por el estilo.

—Retiraos, que necesitáis dormir.

—El susto me ha quitado el sueño,

—La doncella puede vigilar ahora.

El médico se presentó media hora después, hizo muchas preguntas, examinó detenidamente al enfermo, y dijo:

—Esto va mal, muy mal.

Escribió otras recetas, dió las instrucciones convenientes, recomendó el silencio y se fué, prometiendo volver al medio día.

¿Y el criminal?

Debemos ir á buscarlo para saber cómo se encontraba y qué pensaba hacer, pues su situación era bastante crítica por la circunstancia de haber sido preso uno de los bandidos.

CAPITULO LIII

AVERIGUACIONES

Cuando se comete un crimen no es posible prever todas las consecuencias, y después de consumado se ve casi siempre el criminal en grandes apuros, de los que no sabe cómo salir.

Esto le sucedió á don Juan de Guevara.

Según hemos dicho, corrió, y con el bandido llamado *Langosta* metióse por la calle del Tesoro, yendo á parar al laberinto de calles que rodeaban las iglesias de San Nicolás y Santa María.

Muy poco faltó para que los corchetes le diesen alcance, como á *Langosta* le sucedió; pero la circunstancia de haber doblado una esquina oportunamente lo salvó.

Una vez que las manos le pusieron encima al bandido, no se ocuparon los alguaciles mucho del otro, y así pudo el traidor seguir corriendo hasta llegar á las Platerías.

Ya le faltaba el aliento y apenas podía respirar.

Temblaba y se le doblaban las piernas.

Tuvo que detenerse.

Miró á todos lados.

—¡Ahl—exclamó.

Y empezó á respirar como el que se siente libre de una mano que lo ahoga.

Ya nada tenía que temer aunque encontrase una ronda, y determinó volver á su posada para descansar y meditar.

Así lo hizo.

No era posible que la tranquilidad recobrase.

Tenía la seguridad de que el señor Antonio había sido herido; ¿pero había muerto?

No era posible que lo adivinase.

¿Y había conseguido la justicia apoderarse de los asesinos?

Tampoco lo sabía el traidor; pero se felicitó entonces de no haber llegado á decir su nombre á Medio-Beso, pues así éste no podría delatarlo.

Ninguna prueba existía contra él, ni era fácil que la adquiriese la justicia, y por consiguiente, el temor á ésta no era lo que don Juan le inquietaba, sino las dudas en cuanto á su rival.

¿Cómo averiguaría lo sucedido?

Caviló, y después de muchas suposiciones, hizo el siguiente razonamiento.

Es lo más probable que don Luis ó sus criados se apercibiesen del suceso, y por consiguiente, deben saber cómo quedó el hombre acometido por los otros tres. También se hablará de

este asunto en todas partes como sucede siempre que se comete un crimen, y lo que públicamente se diga me servirá de gobierno y disipará mis dudas.

Poco y con sueño agitado durmió aquella noche don Juan de Guevara.

Aunque estuviese seguro de la impunidad, tenía miedo.

Al amanecer se levantó y volvió á reflexionar.

Poco después almorzó, saliendo en seguida de la posada.

Así cometía una torpeza, puesto que no le convenía que nadie supiese que se encontraba en Madrid; pero tal era la ofuscación que en él producía el miedo, que no pensó en semejante cosa.

Encaminóse á San Felipe el Real, en cuyas gradas había ya algunos desocupados madrugadores.

A ninguno de ellos conocía don Juan; pero pudo fácilmente escuchar lo que hablaban.

Ocupábanse de muchos asuntos, menos de lo sucedido la noche anterior; y como el calor era sofocante, según avanzaba el día, fueron retirándose los murmuradores y no quedó ninguno en el célebre mentidero.

A su posada volvió don Juan.

No sabía qué hacer.

—¡Oh!—exclamaba.—¿Cómo saldré de dudas?

Su torpeza era mucha aquel día.

Por fin acertó con el medio, que era muy sencillo; esperó con impaciencia, y poco después de las once volvió á salir.

—A mi habitación de la hostería—dijo,—que allí me sacará de dudas maese Bonifacio.

Y á la hostería fué, entrando con gran sorpresa del huésped, que exclamó:

—¡Vos aquí!...

—Cuando no podías esperarme.

—Lo que es á estas horas...

—Dos hace que llegué á Madrid, y sin descansar he tenido que ocuparme de un asunto de mucho interés. Si á bien lo tenéis, maese Bonifacio, dadme de comer, porque estoy destallecido, y mientras recobro las fuerzas me distraeréis con vuestra conversación, dándome noticias de lo que en Madrid haya sucedido durante mi ausencia.

—Al instante quedaréis servido. Tomad la llave de vuestro aposento.

Subió don Juan, en su habitación entró, dejó el sombrero, la capa y la espada, y se sentó junto á la mesa.

A los pocos minutos se presentó el hosteleró con la comida.

—Mandad otra cosa—dijo.

—Nada más quiero como no sea vuestra conversación, pues estoy medio aturrido y de mal humor, y me conviene olvidar lo que me disgusta.

—Pocas noticias puedo daros, porque aquí no se habla más que de lo que sucede en el Escorial, y como cada uno cuenta las cosas á su manera, no es posible que sepamos la verdad.

—¿Y á nadie han robado ni asesinado?

—Hace dos noches dieron una paliza á un pobrete á las puertas de la casa del conde de Barajas; pero no ha sucedido más, y bien veis que ninguna importancia tiene esto.

—Pues al pasar por las gradas de San Felipe me pareció oír hablar de no sé qué suceso de anoche, un herido ó cosa por el estilo, un caballero...

—Lo ignoro.

—Muy recogida está la gente de Madrid ahora.

—No durará muchos días el sosiego.

—¿Y mi vecino del aposento de enfrente?

—Salió de Madrid el mismo día que lo hicisteis vos.

—¿Y no ha vuelto?

—Ayer.

—¿Hace la misma vida de siempre?

—Anoche salió á las once...

—Y se habrá recogido al amanecer, ¿no es verdad?

—Todavía lo espero.

—Cosa extraña, pues aunque haya pasado la noche con amigos, á estas horas debía encontrarse aquí.

El hosteleró se encogió de hombros.

—¿Y no estáis con cuidado?—preguntó don Juan.

—No, señor caballero.

—Pues bien puede ser que le haya sucedido alguna desgracia.

—Sí, todo es posible—respondió tranquilamente maese Bonifacio.

—Entonces...

—Pero debéis tener presente que las noticias desagradables cunden con mucha rapidez, y si alguna desgracia le hubiese sobrevenido al señor de Quirós me la hubieran participado, puesto que aquí tiene su vivienda, y la justicia hu-

biera venido para hacerse cargo de cuanto aquí se encontrare perteneciente al caballero.

—Me parece, maese Bonifacio, que en esta ocasión no discurrís con bastante acierto.

—Nunca lo he tenido.

—Supongamos, y esto no es más que una suposición, que hubiesen matado al señor Antonio.

—No lo quiera Dios.

—Yo no lo deseo; pero nadie está libre de semejante desgracia.

—Pues bien; si hubiese muerto, como no es persona conocida en Madrid, costaría mucho trabajo á la justicia averiguar su nombre y su vivienda, y por consiguiente nada sabríais sino después de mucho tiempo ó por una casualidad.

—Con más acierto que yo discurrís, señor caballero; pero es el caso que no creo que al señor de Quirós le haya sucedido ninguna desgracia.

—Me alegraré mucho.

—Otras veces, aunque pocas, ha pasado fuera de casa la noche y aun el día siguiente, y luego ha venido de buen humor y con cabal salud. Ya os dije que hace una vida muy rara, y además me tiene prohibido ocuparme de si vuelve tarde ó temprano, advirtiéndome que puede suceder que le convenga no volver á su habitación en dos ó tres días. La curiosidad le desagrade mucho al señor de Quirós, y no cometeré yo la torpeza de hacer comentarios, ni mucho menos averiguaciones.

—Sois discreto.

—Cumpló mi deber.

No se atrevió el señor de Guevara á seguir la conversación, pues hubiera sido mostrar un interés sospechoso.

Así quedó con las mismas dudas que antes, si bien pensó que su rival debía haber muerto ó estar agonizando y sin poder decir su nombre, pues de otro modo no se explicaba que ninguna noticia le hubiese dado el hosteleró.

Otra vez tuvo que cavilar el señor de Guevara.

Su empeño en hacer averiguaciones podía colocarlo en la situación más comprometida.

Lo que debió hacer era salir de Madrid cuando amaneció, tomar el camino de Segovia con cuanta prisa le fuese posible y volver luego al Escorial, justificando así perfectamente su ausencia de este último punto y sin que nadie hubiera podido decir que había estado en la coronada villa cuando tuvo lugar la desgracia.

Su nombre lo ignoraban los asesinos, y guardándose un poco hubiera sido casi imposible

que éstos lo viesan en ninguna parte; pero ni esto ni otras cosas que le convenían pudo hacer el traidor, porque estaba ofuscado.

En situación como la suya, y con su falta de valor y el trastorno de sus celos, no era sorprendente que cometiera mil locuras.

Después de mucho reflexionar, trazar mil planes y desecharlos todos, decidió no salir de su aposento en todo aquel día.

Nadie lo interrumpió, y así pudo entregarse con libertad completa á sus pensamientos.

Más y más habíase encendido su pasión por doña Luz, y esto era natural que sucediese después de las muchas contrariedades que había experimentado.

La noche llegó.

El señor Antonio no había muerto.

A las nueve cenó don Juan de Guevara, y otra vez, aunque con tono de indiferencia, volvió á preguntar por su rival.

El huésped continuaba tranquilo, y respondió:

—Sí es cosa extraña que tanto tarde; pero empiezo á creer que para algún asunto urgente ha tenido necesidad de salir de la corte.

—Pero sin advertiros nada...

—¿Y qué obligación tiene de darme parte de sus negocios? No me perjudica, puesto que paga la habitación, y por consiguiente, no tengo derecho á quejarme. Vos también habéis hecho una cosa parecida, puesto que á Madrid llegásteis y yo no lo sabía.

Una hora después el señor Guevara exclamó:

—Jugaré el todo por el todo!

Y tomó la bolsa donde estaban los cien ducados, y salió de la hostería, encaminándose á la plaza del Arrabal.

Muchas veces se detuvo, porque aún dudaba; pero al fin entró en la taberna.

El tabernero se le acercó diciéndole:

—Supongo que buscáis á Medio-Beso.

Sí.

Pues no ha venido, ni sus compañeros tampoco.

—¿Y no sabéis lo que ha sido de ellos?

—Anoche estuvieron aquí y salieron para ocuparse de un negocio que á mi parecer debía ser el que con vos había tratado, aunque nada me dijeron, porque es gente muy reservada.

—¿Si alguna desgracia les habrá sucedido?

—Al uno de ellos sí—respondió el tabernero.

Estremeciéndose don Juan.

—Explicáos—dijo—, que estoy dispuesto á pagaros con largueza las noticias que me deis.

Esto era lo que deseaba Pepón, y llevando al caballero á una de las habitaciones inmediatas, le ofreció una silla y le dijo:

—Pues señor, en el negocio debe haber habido más de un tropiezo, y á mis amigos debe buscarlos la justicia, pues de otro modo no se ocluirían y aquí hubieran venido.

—Pero esa desgracia de que habláis...

—Ha caído sobre el pobre *Langosta*, el más honrado de todos ellos. Siempre sucede lo mismo, los buenos son los que sufren, y los malos se rien.

—Acabad.

—Debéis saber que *Langosta* era uno de los que acompañaban á Medio-Beso.

Don Juan recordaba perfectamente este nombre y sabía que era el del bandido que con él había quedado y con él huyó.

—Sí—dijo—, ya lo sé.

—Pues bien, la justicia le ha echado mano y lo tiene desde anoche en un calabozo.

—¡Oh!

Afortunadamente *Langosta* es hombre que sabe dejarse descoyuntar antes de decir lo que no conviene. Por supuesto, es menester que sus amigos no lo abandonen, porque si ve que lo dejan comprometido y nadie se interesa por su suerte, será capaz entonces de todo para vengarse. Es un hombre así: cuando son leales con él, da hasta la vida; pero si lo miran con desdén, se convierte en una fiera y es el peor enemigo.

—Por mi parte no lo abandonaré; pero bien comprendéis, y él debe comprenderlo así, que en estos momentos es imposible hacer nada en su favor.

—Eso no lo sé.

—Pero ¿por qué lo han llevado á la cárcel?—preguntó don Juan ansiosamente.—Vos debéis saber lo que le ha sucedido.

—Y vos también.

—Lo único que puedo decir es que se intentaba quitar á un hombre del mundo; pero ignoro el resultado del golpe.

—Yo también.

—Pues eso es precisamente lo que me interesa.

—¿Y queréis que yo lo averigüe?

—Sí.

—No es fácil, caballero.

—Si os pago bien...

—Hay muchas dificultades.

El señor de Guevara sacó dos monedas de oro, que puso sobre la mesa, diciendo:

—Eso es para vos, y otro tanto os daré si averiguais con exactitud lo que deseo.

El fuego de la codicia brilló en los ojos de Pepón. Tomó las monedas, las examinó detenidamente, las guardó y respondió:

—Tendréis que esperar hasta mañana.

—Es mucho tiempo.

—Pues antes es imposible.

—Veinticuatro horas tienen para mí muchísima importancia.

El tabernero quedó pensativo, y después de algunos minutos exclamó:

—¡Voto al diablo!... Por vos haré cualquiera cosa... Aguardad un momento.

Y salió al aposento inmediato.

Allí, entre los concurrentes, había un joven que no tendría más de veinte años, y que ya empezaba á ejercer su oficio de ladrón.

Su rostro aguileño y sus brillantes revelaban su astucia, su ingenio y su viveza.

—Oye tú—le dijo el tabernero.

—¿Qué tenéis que mandarme?—preguntó el mozalbete con algún respeto.

—Debes haber visto á ese caballero que entró hace poco.

—Sí.

—Pues es preciso que lo sigas y averigües su nombre.

—¿Nada más?

—Y así te ganarás un ducado y algunas copas de aguardiente.

—Negocio hecho.

—Pues mucho ojo.

—¿Tardará en salir?

—No.

—Bien podías darme por adelantado una de las copas, pues se me ha secado el tragadero.

—Lo haré, porque te quiero mucho.

—Pepón dió el aguardiente al mozo y volvió donde don Juan estaba, haciendo un gesto de disgusto, y diciéndole:

—No puede ser ahora.

—¡Vive Dios!

—Preciso es que tengais paciencia hasta mañana, y si así no os conviene, os devolveré lo que me habeis dado.

¿Qué debía hacer el señor de Guevara?

Tuvo que resignarse, porque no contaba con otros medios menos peligrosos para averiguar lo sucedido.

Prometió volver á la siguiente noche.

Salió, y después de dudar, decidió volver á la hostería para evitar que su ausencia fuese ocasión de comentarios.

Pasó aquella noche en la misma agitación que la anterior.

A las siete de la siguiente mañana pidió el almuerzo.

—¿Ya ha vuelto el señor Antonio?—le preguntó al huésped.

—Ni ha vuelto ni tengo noticias de lo que le haya sucedido.

—¿Y todavía estais tranquilo?

—Completamente.

—Es mucha calma la vuestra.

—¿Y qué adelantaría con perder la tranquilidad?

—Me parece que debíais hacer algunas averiguaciones.

—¿Y si á mal lo llevaba luego el señor de Quiros.

—No es posible.

—Por si acaso, no me atreveré.

—Si alguna desgracia le ha sucedido...

—Ya se sabría, pues á nadie he oído decir que las dos noches pasadas hayan matado ó robado, ni cometido ningún otro abuso en Madrid.

El señor de Guevara empezó á creer que su rival había quedado ileso, ausentándose de Madrid, no para librarse de nuevos golpes, sino para dejar perplejo á su enemigo, porque comprendía quién era éste.

Sin embargo, necesitaba noticias ciertas, pues de este modo no le era posible adoptar ninguna resolución.

También aquel día lo pasó en su aposento.

Por la noche salió para ir á la taberna.

Pepón lo llevó á una de las habitaciones reservadas, y le dijo:

—Ya sé todo lo que es posible saber.

—¡Ah!—exclamó el caballero mirando á Pepón con tanto temor como afán.

—He conseguido ver al Rubio.

—Ese era uno de los que acompañaban á Medio-Beso.

—Os busca, porque dice que vuestras cuentas están pendientes.

—¿Acaso cumplieron su compromiso?

—Sí.

Un relámpago de alegría satánica se escapó de los ojos de don Juan.

Lo que sintió no puede explicarse.

—Acabad—dijo.

—Aunque con mucho trabajo, el Rubio consiguió herir al caballero por la espalda.

Pero...

—Lo atravesó de parte á parte y cayó sin vida; pero al mismo tiempo...

—Asomó una ronda.

—Eso es.

—Y huyeron.

—No podían hacer otra cosa.

—La prueba de que ha muerto ese hombre.

—Tendréis que buscarla en su sepultura.

—¿Y cómo se sabe que no quedó con vida? Tal vez la herida fué grave, y sin embargo...

—Si no murió en aquel momento, habrá muerto después. Cuando el Rubio dice que una herida es mortal no se equivoca. Cogieron á *Langosta*, y en un calabozo lo tenéis incomunicado. Seguro estoy de que no ha querido declarar y le habrán aplicado el tormento. Lo demás es cosa vuestra. Si ese hombre no ha muerto, habrá vuelto á su casa ó estará en la de alguno de los vecinos de la calle donde se dió el golpe. Le debéis, pues, cien ducados á Medio-Beso, pues esta cantidad es la que dice el Rubio que teniais que dar.

Estas noticias no eran bastantes para que se disiparan las dudas de don Juan.

Bien sabía que más ó menos gravemente había sido herido su rival; pero más necesitaba para tranquilizarse.

Hizo nuevas preguntas al tabernero.

Nada pudo éste añadir.

Sentíase el traidor más trastornado cada vez.

¿Qué haría para conocer la verdad con toda exactitud?

Era muy peligroso acudir á la justicia pidiendo aclaraciones, pues ni tenía en qué fundar sus preguntas, ni sabía hasta qué punto había sido reservado *Langosta*.

¿Debía ir á visitar al padre de doña Luz?

Quizá allí se encontraba el herido, en cuyo caso la visita podría ser sospechosa.

Tampoco conseguía nada con ver á Medio-Beso ó á los amigos de éste, puesto que no sabrían más sino que lo habían herido.

Para no meterse en discusiones inútiles y ocasionar escándalos muy peligrosos, don Juan de Guevara dió al tabernero la cantidad prometida.

—¿No esperáis á que venga el Rubio ó Medio-Beso?—le preguntó Pepón.

—Volveré mañana, porque ahora tengo mucho

que hacer, y además, como no esperaba verlos, no he traído los cien ducados.

—Pues mañana tendréis aquí al uno ó al otro.

—Que Dios os guarde.

Salió el caballero.

El tabernero desplegó una sonrisa maliciosa y dijo:

—Ya no te escaparás. Como no has dicho tu nombre crees que has de librarte de pagar los cien ducados; pero afortunadamente yo he sido previsor.

Pepón ya sabía que el caballero se llamaba don Juan de Guevara y que iba mucho á palacio, y que á pesar de habitar entonces en la hostería tenía casa puesta en Madrid.

El mozaibete, que era demasiado listo, había hecho todas estas averiguaciones.

Poco durmió don Juan.

Su agitación era más violenta cada día, y sus dudas lo atormentaban horriblemente.

Sintióse poseído de pavor al pensar que pudiese estar vivo y salvarse el señor Antonio.

No se levantó hasta las ocho de la mañana.

Almorzó y, lo mismo que los días anteriores, preguntó por su rival á maese Bonifacio.

Este respondió:

—Debe haber salido de Madrid, ya no lo dudo.

—Supe ayer, aunque no respondo de la noticia, que hirieron ó mataron á un caballero la primera noche que dejó de venir el noble Quirós.

Se miente mucho.

El empeño de maese Bonifacio en no creer que ninguna desgracia le hubiese sucedido al señor Antonio era la desesperación de don Juan; pero disimulaba. Cuando acabando estaba de almorzar se le presentó el hostelero, diciéndole:

—Os busca un hombre de muy mala traza.

—¡Un hombre de mala traza!—exclamó don Juan, estremeciéndose y palideciendo.

—Tiene un labio partido.

—¡Oh!...

—No me ha dicho su nombre; pero por las señas...

—No lo conozco—replicó vivamente el caballero.

—Le diré que se vaya.

—Esperad... No adivino... ¡Oh!... Alguna pretensión...

—¿Queréis que suba?

—Preciso será dejarlo, porque si se empeña lo conseguirá.

Maese Bonifacio no había mostrado extrañeza, aunque le llamaba mucho la atención que semejantes visitas tuviese el caballero.

Pocos minutos después entraba en la habitación el bandido.

Don Juan temblaba.

Había podido tranquilizarse mientras los asesinos no supiesen su nombre; pero ya se consideraba perdido.

Una mirada de espanto fijó en Medio Beso.

Este aparentaba tranquilidad perfecta, y al dar los buenos días se sentó, tomó el vaso de don Juan, lo llenó de vino y bebió.

—Pues aquí me tenéis—dijo—, y viendo estáis que los bribones como nosotros somos más caballeros que los nobles. Cuando prometemos una cosa, la cumplimos. ¿Me entendéis?

—Ninguna razón tenéis para quejaros—replicó el señor de Guevara—; sino que, por el contrario, yo puedo decir que habéis cometido un abuso.

—¡Bah!... Eso tendría mucho que ver.

—Le dije al tabernero...

—En vez de decirle, debisteis esperar, porque así era vuestra obligación, y, además, como sois un personaje y tenéis muchos amigos y mucha influencia, habéis debido hacer algo en favor del pobre *Langosta*.

—¿Cómo habéis averiguado mi nombre?

—Como se averigua todo.

—Habéis cometido un abuso.

—Hemos defendido nuestros intereses, pues no hablamos de dejar que os quedáseis con los cien ducados.

—Nada os debo.

—¡Rayos!—exclamó el bandido, fijando una mirada terrible en don Juan.

—Os comprometisteis á matar al señor Antonio de Quirós.

—¿Y no lo hemos hecho?

—Está herido.

—Os equivocáis.

—Si ha muerto, presentadme la prueba.

—Si está vivo, decidnos dónde se encuentra, y cuando lo veamos, aunque sea en la agonía, nada os reclamaremos. No pudimos más que darle una estocada, porque la ronda se presentó; pero es imposible que con vida quedase.

—Lo averiguaremos.

—Aquí habitaba el infeliz caballero, y maese Bonifacio os dirá que no ha vuelto.

—Bien puede estar herido.

—¿Dónde?

—En alguna de las casas de la Cuesta de Santo Domingo.

—En ninguna.

—¿Habeis preguntado?

—Sí, y todos aseguran que la justicia se llevó el cadáver.

—¿Cómo pueden asegurar eso?

—Las cuchilladas y las voces despertaron á los vecinos y acudieron muchos, y declaran, que todos miraron al hombre que estaba en tierra sin que nadie lo conociese.

Medio Beso mentía con un descaro sin igual.

Sus palabras eran las más agradables para el señor de Guevara.

Empezó éste á olvidarse de todos los peligros.

—Había muerto su rival Ni siquiera sospechó que el bandido pudiera mentir.

—Continuad—dijo—, y bebed...

Y llenó el vaso.

El asesino bebió, diciendo luego:

—También salió de casa don Luis de Guzmán...

—¡Ah!...

—Y dos de sus criados.

—¿Y su hija?

—Nadie más salió, es decir; también acudió el portero, y nadie conocía al señor de Quirós. Registraron su ropa y no encontraron ningún papel, ni más que una bolsa con dinero; y mientras esto hacían, los corchetes que iban en nuestra persecución, se apoderaron de *Langosta*, y la justicia se fué, llevándose el cadáver, como es costumbre.

—¿Nada más?

—No han conseguido que *Langosta* declare, y por eso me veis libre. Es amigo mío el calabocero, y así podré hacer algo en favor de *Langosta*, y si vos queréis ayudarme...

—Sí, sí.

—*Langosta* es muy sufrido, y aunque lo pongan en el tormento no nos delatará; pero es menester animarlo con algún dinero, y hay que dar también algo á la gente de justicia, y así todo se arreglará fácilmente.

—Contad conmigo.

—Nuestro compañero no sabe quién sois, pero si nos delata, como nosotros lo sabemos...

—Ofrecidle dinero para que calle.

—No basta ofrecer.

—Si por medio del calabocero podéis enviarle algunos escudos...

—Y algo más que necesita, como es buen alimento, para que tenga fuerza y resista las cuñas ó los apretones en el potro. Tenemos la ventaja de que nadie ha de presentarse á pedir justicia.

Don Juan, cuyas manos temblaban, puso sobre la mesa los cien ducados.

—Esto es lo que os debo—dijo.

—Otros diez ducados faltan; lo que me ha costado averiguar quién sois.

—¡Oh!...

—No os entadeis... ¿Qué importa que yo conozca vuestro nombre? Puedo dar una puñalada; pero cometer un abuso de esta clase, jamás.

—Tomad los diez ducados.

—Ahora...

—Esos veinte escudos para que favorezcáis á vuestro amigo...

—Descuidad.

—¿Teneis queja de mí?

—Ninguna.

—Mi generosidad no tendré límites si perfeccionais vuestra obra.

—¿Qué más queréis?

—Saber dónde han enterrado al señor Antonio de Quirós.

—No es imposible.

—Pues hacedlo.

—¿He de venir á buscaros cuando lo consiga?

—Sí, porque no quiero ir á la taberna.

—Con el tiempo os convenceréis de que somos hombres honrados.

—Y vosotros de que yo sé pagar con largueza á los que me sirven lealmente.

—Por vuestra salud—dijo el bandido, volviendo á beber.

—¿Cuándo volveréis?

—Probablemente mañana.

—Os esperaré.

—Medio-Beso apuró el vino que quedaba y salió.

—¡Ah!—exclamó el señor de Guevara.

Y sus ojos brillaron con el fuego de una alegría feroz.

Ya no le quedaba duda de que su rival había dejado de existir.

Ni remotamente sospechó que acababa de ser víctima de un engaño, y que había representado el más triste papel.

Ya no encontraba ningún inconveniente para ir á visitar á don Luis.

Era probable que doña Luz temiese que el

hombre que había muerto frente á su casa fuese su amante; pero ¿qué le importaba al traidor?

De nada podían acusarlo, no podían presentar ninguna prueba contra él, y el señor Antonio había dejado de existir.

—Vuelve á protegerme la fortuna—murmuró.

Y sonriendo con satisfacción inmensa, salió de la hostería.

CAPITULO LIV

UN DESENGAÑO

Ya no tenía por qué recatarse don Juan, y como estaba completamente tranquilo, no temía que su rostro revelase lo que en su interior pasaba.

Al verlo se comprendía que era el hombre más feliz del mundo.

Le esperaba un desengaño, el más horrible.

Como había pasado dos días sin salir, complacía en andar por la calle, aspirar el aire libre y contemplar la luz del sol.

Siguió por la calle de la Almudena, luego tomó hacia el Alcázar Real, y al fin llegó junto á las tapias de la Huerta de la Priora.

Allí se detuvo.

Miró á todos lados.

Recordó los sucesos de la noche terrible en que el noble Quirós había sido víctima de la más ruin de las asechanzas.

Avanzó otra vez.

Volvió á detenerse frente á la pequeña puerta por donde el señor Antonio entraba en la vivienda de don Luis, con el corazón abrasado por la llama de su amor.

Fijó la mirada en el sitio donde había tenido lugar el combate, y exclamó:

—¡Qué feliz soy!... Ahí exhaló el último suspiro el hombre que se levantaba como un obstáculo invencible para la realización de mi dicha; el hombre que de mí se había burlado, y me había ultrajado y me humillaba imponiéndome su voluntad. ¡Oh!... Con desdén me miraba, sin pensar que enemigo pequeño es el más temible.

Brillaron sus pequeños ojos.

En aquellos momentos gozaba como nunca había gozado.

Cualquiera sacrificio hubiera hecho por contemplar el cadáver de su víctima.

Después de algunos minutos entró en la morada de la infeliz doña Luz, que en aquellos

momentos encontrábase junto al lecho del moribundo, y sufría lo que no es posible concebir.

Subió el señor de Guevara.

Preguntó por don Luis, esperó algunos momentos, y un criado lo llevó á la Cámara donde se encontraba meditabundo, triste y sombrío el severo Guzmán.

Las señales del insomnio se veían en su semblante pálido.

No se apercibió don Juan de esta circunstancia, ni tampoco de que en la casa reinaba un silencio profundo, y que los criados hablaban á media voz y andaban cuidadosamente para no producir ruido.

—Caballero—dijo el señor Guevara al entrar—, acabo de llegar á Madrid, y como quizás hoy mismo habré de volverme al Escorial, no he querido dejar de tener la honra y la satisfacción de veros.

—Cracias, respondió don Luis.—Sentaos, que os referiré lo que sucede.

—¿Hay alguna novedad desagradable?

—Sí.

—¿Acaso doña Luz?...

—Le sucede lo que á mí, está disgustada, afectada profundamente, y temo que su salud se quebrante; pero no podemos prescindir del cumplimiento de nuestros deberes.

—En gran cuidado me poneis, mi amigo don Luis.

—La situación es demasiado grave.

—¡Oh!...

—Y no siento lo que ha sucedido, sino lo que debe suceder, y que parece inevitable, á pesar de que hago cuanto es posible...

—Explicaos, caballero.

—El suceso que voy á referiros tuvo lugar antes de anoche.

Se estremeció el señor de Guevara, empezando á perder la tranquilidad.

—Ya sabeis—añadió don Luis—que os prometí vigilar á todas horas y adoptar precauciones tales que fuese imposible que me engañase mi hija, si es que me había engañado.

—Y como sois tan escrupuloso para cumplir vuestras promesas...

—Mientras adoptaba otra resolución, vigilé noche y día, privándome hasta del necesario reposo.

—Eso no puede hacerse más que algunos días.

—Pero se hace cuando la voluntad es firme.

—¿Y acaso habeis visto?...

—Algo muy horrible.

—¡Horrible decís!...

—Escuchad.

Cambió de postura el señor de Guevara, y miró á don Luis con tanta ansiedad como miedo.

La alegría del traidor había desaparecido, y sus temores acrecentaban desde el momento en que don Luis habló de sucesos horribles, aunque antes había dicho que su hija no estaba enferma, sino disgustada, afectada desagradablemente, fatigada y expuesta á que se quebrantase su salud. Esto podía ser más ó menos desagradable; pero no merecía calificaciones de aquella naturaleza.

Para comprender la tranquilidad del traidor hubiera sido preciso penetrar en su alma.

El padre de doña Luz dijo después de algunos momentos:

—Anteanoche, bastante tarde, y cuando yo me paseaba en este mismo aposento, escuchando y mirando alguna vez hacia la calle, oí el ruido de algunas espadas.

Don Juan Palideció.

Volvió á cambiar de postura.

Hubiérase dicho que el sillón en que estaba sentado lo habían erizado de alfileres.

Don Luis prosiguió:

—Esto nada tenía de particular á media noche.

—No — murmuró maquinalmente el señor de Guevara.

—De acerqué al balcón, seguí escuchando, abrí, miré... Ya había salido la luna...

—Y veríais dos hombres...

—Ví cuatro: tres que acometían á uno, y pude ver también que el que se defendía era un caballero, y los otros...

—Villanos debían ser; tres criminales que intentarían robar al otro.

—No sé si se trataba de un robo ó de satisfacer una venganza.

—Todo era posible.

—Sentí encendida la sangre... ¡Vive el cielo!... Tres hombres contra uno... Y el que se defendía tan noble y valerosamente, á todos ellos acudía. Quise cumplir mi deber auxiliando al que solo se encontraba, sin que me importase el motivo de aquella lucha desigual.

Se hizo mucho más densa la palidez del señor de Guevara.

—Entonces empezó á temer que Medio-Beso lo hubiese engañado.

No pronunció una palabra.

Su mirada estaba siempre fija con ansiedad indescriptible en don Luis de Guzmán.

—Como todo dependía de un momento, no quise detenerme para despertar á mis criados, y tomé mi espada, y corrí, y salí...

—Llegásteis tarde, ¿no es verdad?—preguntó con voz insegura el señor de Guevara.

—Al mismo tiempo que yo salía llegó una ronda.

—¿Pero el caballero?...

—En tierra estaba ya y mortalmente herido.

—Mortalmente herido—murmuró el señor de Guevara con voz sorda.

—Sí.

—Herido... Un herido no es un cadáver, y...

—Un herido se muere cuando la herida interesa ciertas partes del cuerpo, como las entrañas, como...

—¡Ah!...

—¿Qué os sorprende?

Siempre inclinado á creer lo que le convenía, don Juan se hizo la ilusión de que su rival había muerto aquella misma noche.

Otra vez brillaron sus ojos con el fuego de una alegría criminal; pero aún no recobró la tranquilidad por completo.

—Es verdad—dijo maquinalmente—, un herido puede morir muy pronto, y el caballero que tan heroicamente se defendió...

—Estaba sin conocimiento.

—En tan grave estado, era cosa natural...

—Nadie le conocía.

—Cosa extraña, siendo una persona de cierta clase.

—Pero al fin vivía, y esta circunstancia me consoló.

—¿Y luego?...

—Seguí cumpliendo mi deber; mandé que corriesen en busca del médico y que el herido quedase en mi casa, pues si más lejos le hubiesen llevado, imposible hubiera sido su salvación.

—¿Y recobró el sentido?

—Sí.

—¿Y pudo hablar?

—También.

Pálido estaba el rostro de don Juan, pero lívido se tornó.

Algunas gotas de sudor frío corrieron por su frente.

Grandes esfuerzos hacía para dominarse.

De su agitación violenta no se apercibió don Luis, ó pareció que no se apercibía.

No pudo el miserable articular una sílaba.

—Recobró el conocimiento y habló—dijo el señor de Guzmán después de algunos momentos—; pero nos quedamos lo mismo, porque el infeliz deliraba y no respondió á ninguna de nuestras preguntas,

—Pero tal vez de sus palabras...

—Nada podía deducirse, porque hablaba de los traidores y decía otras cosas que nada tenían que ver con el suceso.

—Si ningún nombre pronunció...

—El de una mujer, el nombre de Consuelo...

—Quizás la que ama.

—Es probable.

—Tiene mucho interés lo que decís... Continúa, continúa.

—El médico vino, reconoció la herida... ¡No se atreve á responder de la vida del enfermo!

—¡Por el infierno!

—Vos también os horrorizáis.

—¿Y después?

—Delira unas veces, queda otras aletargado, y siembre al borde del sepulcro, siempre diciendo el médico que la salvación no es posible sino con un milagro.

El señor de Guevara apenas podía respirar.

Su situación le pareció mucho más crítica de lo que era.

Creía que en el semblante había de conocerse su crimen.

No se atrevía á mirar frente á frente á don Luis.

Este prosiguió diciendo:

—Muchos de mis amigos, al tener noticia del suceso, han venido á visitarme. Todos han visto al enfermo; pero ninguno le conoce, ni siquiera recuerdan haberlo visto. También han venido otras muchas personas por orden del alcalde y á todas les sucede lo mismo.

—¿Y los criminales?

—No consiguieron apoderarse más que de uno.

—Sus declaraciones...

—Jura que nada tiene que ver con semejante desgracia, pues casualmente pasaba por aquí cuando el caballero fué herido, y huyó temeroso de que la ronda lo llevase preso y lo confundiesen con los asesinos. Me parece que hoy le aplicarán el tormento, y si da á conocer á sus cómplices...

plices, se conseguirá poner en claro el asunto.

—Pero si lo que querían era robar al caballero, como hubieran robado a cualquier transeun- te, me parece...

—En ese caso no podrán decir quién es la víctima; pero si se trataba de un asesinato, de una venganza, si esos hombres no eran más que instrumentos de otra voluntad, deben conocer el nombre de la víctima.

—Y también al que les pagaba, al criminal verdadero.

—Sí.

—Verdad es que el tormento tiene un inconveniente que empieza á ser reconocido.

—¿Cuál?

—Muchas veces el acusado, no pudiendo soportar lo que le hacen sufrir, y para librarse de la tortura, dice lo que no es verdad, y no repara en comprometer á cualquier inocente.

—No estamos de acuerdo, don Juan.

—También es posible que ese hombre haya dicho la verdad.

—Es uno de esos desdichados que viven con el crimen.

—Pero no ha de tomar parte en todos los crímenes que se cometan

—No huyó solo, sino con otro de los bandidos.

—A veces las apariencias...

—Es uno de los criminales, no lo dudéis.

—Ni lo dudo ni lo niego.

—Ahora veréis al herido.

—No —replicó vivamente don Juan.

—Tal vez lo conozcáis.

—Me desagrada mucho ver á un hombre que está en la agonía.

—Señor de Guevara, cuando hay que cumplir un deber, no se repara en sacrificios.

—Pero...

—Mortificáos un poco, que bien merece la pena el averiguar quién es ese hombre.

—Si nadie lo conoce...

—Vos podéis conocerlo.

No podía el traidor excusarse.

¿Le convenía decir que el herido era el señor Antonio de Quirós?

De esto dependía quizá su salvación.

Dudaba don Juan.

No tenía tiempo para reflexionar y adoptar con acierto una resolución.

Y cada momento estaba más trastornado.

El desengaño que había sufrido era horrible.

No había esperanza de que se salvase la existencia del señor Antonio; pero mientras viviese era posible su curación.

El médico podía equivocarse, y tal vez exageraba para que la curación del herido tuviese doble mérito.

Silencioso y meditabundo quedó el criminal.

Don Luis se puso en pie.

—Venid —dijo.

—Esperad.

—¿Qué queréis?

—Nada; pero...

—Vamos, vamos.

Frío y copioso sudor corría por el rostro del señor de Guevara.

Sus fuerzas disminuían rápidamente.

Se puso en pie y se le doblaban las rodillas.

Parecíale que había perdido el brillo la luz del sol, y sentíase como si no tuviese atmósfera que respirar.

Sus manos temblaban.

Sus labios estaban secos y violentamente contraidos.

Como el autómatas que obedece á sus resortes, siguió á don Luis de Guzmán.

Atravesaron algunas habitaciones.

Don Juan se pasaba las manos por la frente, queriendo en vano disipar la nube que oscurecía su inteligencia.

Sus pasos eran inseguros.

Entraron en el aposento donde se encontraba Quirós.

Y allí, junto al lecho, estaba también doña Luz, cuyo rostro pálido revelaba lo que sufría.

Al ruido de los pasos volvió la joven la cabeza, exhalando una exclamación que lo mismo podía ser de sorpresa que de indignación.

Su mirada, penetrante y casi terrible, se fijó en el señor de Guevara.

No necesitaba tanto éste para turbarse, pues lo estaba ya.

Detúvose, inclinó la cabeza y quedó inmóvil, como si se hubiese petrificado.

En aquellos momentos estaba aletargado el señor Antonio.

No se percibió entonces más ruido que el de la penosa respiración del enfermo.

Era allí la luz escasa.

Acercóse al lecho don Luis, y levantó una de las cortinas, diciendo á don Juan:

—Acercáos.

Ni el más leve movimiento hizo el criminal.

—Acercáos—volvió á decir el padre de doña Luz.

Entonces, y con la misma inseguridad en sus movimientos, porque el terror había agotado sus fuerzas, dió algunos pasos el señor de Guevara.

—Mirad... Aunque está muy pálido, como no está desfigurado, bien puede reconocérsele. ¿Qué decís?

—¡Oh!—murmuró don Juan.

Y tuvo que apoyarse en el lecho para no caer.

La mirada intensa de doña Luz estaba siempre fija en el criminal, y éste seguía temblando.

Transcurrieron algunos minutos.

—¿Lo conocéis?—preguntó al fin el señor de Guzmán.

—No—respondió el traidor con voz insegura.

—Es gran desdicha.

Doña Luz se acercó más al señor de Guevara, le cogió una mano, se la oprimió con fuerza convulsiva, y le dijo con voz reconcentrada:

—¿Estáis seguro de que no conocéis á este hombre?

—No recuerdo... No lo conozco... Tal vez lo he visto en alguna ocasión.

—Sí ó no, caballero.

—No, no.

—Está bien—dijo la joven.

Y soltó la mano de don Juan.

—Morirá sin que sepamos quién es—dijo tristemente don Luis.—Y quizás lo espera una madre ó una esposa, quizás tiene hijos...

—No morirá—interrumpió doña Luz enérgicamente.

—Si fuese bastante nuestro deseo, hija mía...

—No morirá, porque es preciso que viva para que el criminal sea castigado. Vivirá, padre mío, vivirá, porque así me lo anuncia mi corazón, y mi corazón nunca me ha engañado.

—Que Dios te oiga.

—Con fe le suplico, y muchas lágrimas he derramado ante la imagen de la Santísima Virgen que tantas veces contempló mi virtuosa madre mientras le pedía mi felicidad.

—Hija mía, me complace que tengas tan noble corazón. Oyéndolo estáis, don Juan: hay un alma pura que al Omnipotente suplica por este desgraciado.

El criminal se separó del lecho.

Pocos momentos después salía de la habitación con don Luis.

—Es gran desgracia—decía éste.—¡Nadie lo conoce!... Y ya veis que su estado es muy grave;

y á pesar de los deseos de mi hija, morirá el infeliz.

—Así parece—dijo don Juan por decir algo.

—Creo que la justicia debería dar mucha publicidad á este suceso y mandar que todos los habitantes de la villa viniesen á ver al herido, pues alguno ha de conocerle. Aun suponiendo que esté avecinado en otra población y que aquí viniese para algún negocio, estaría en alguna posada, en alguna hostería ó en la casa de algún amigo ó pariente.

—Eso es impracticable.

—Con firme voluntad se hace todo.

—El alcalde esperará las declaraciones del preso.

—Pues á mí me parece...

—El tiempo lo pondrá todo en claro... Mi amigo don Luis, no puedo detenerme, pues ya os dije que he de volver hoy al Escorial.

—Os deseo feliz viaje.

—Y yo tranquilidad.

—Falta me hace, caballero.

Así pusieron término á la conversación.

Salió el señor de Guevara, esforzándose mucho para guardar el equilibrio.

El señor de Guzmán se sentó, cruzó los brazos, inclinó la cabeza y quedó inmóvil.

Pocos minutos después se levantó la cortina de una de las puertas, y su hija entró.

CAPITULO LV

LA REVELACIÓN

No era menester más que mirar á doña Luz para conocer la excitación febril que en aquellos momentos la animaba.

Su padre levantó la cabeza y le preguntó:

—¿Hay alguna novedad?

—Ninguna; pero es preciso que hablemos, padre mío.

—Tu semblante...

—Debe expresar, no solamente el dolor que me destroza el alma, sino la indignación.

—Me pones en cuidado.

—Y no sin motivo—dijo gravemente la joven—, porque es demasiado horrible lo que sucede.

—Siéntate, hija mía, y explícate.

—Después que hayais hecho una promesa.

—Una promesa—murmuró sorprendido don Luis.

—Sí.

—¿Qué deseas?

—Que no hagais uso del secreto que voy á revelaros, á menos que el herido muera.

Una mirada de extrañeza profunda fijó don Luis en su hija.

—No sé si deberé prometer semejante cosa, porque es posible que yo aprecie de distinta manera que tú el asunto de que vas á tratar.

—Pues precisamente por eso.

—Y si luego mi conciencia...

—No he de pedir nada contrario á vuestros deberes.

—Fiando en tu rectitud y en tu buen juicio, prometeré cuanto quieras.

—Gracias, padre mío.

—Ahora explícate con cuanta brevedad sea posible, porque tan agitada te veo, que quiero salir cuanto antes de dudas.

—Conozco al miserable que ha pagado asesinatos para que acaben con la existencia del hombre que está expirando en nuestra casa.

—¿Que lo conoces!...

—Sí.

—¿Acaso el herido?...

—No ha pronunciado una palabra que pueda dar á conocer su secreto.

—Entonces...

—Pero al autor del crimen lo conozco desde el momento en que el crimen se consumó.

—¿Luz!...

—Y vos también lo conoceis.

—¿Qué estás diciendo?

—Y os presentaré las pruebas.

—¿Pruebas también!...

—Y tan claras, que no dan lugar á la más leve duda.

—¿Oh!...

—Sí, padre mío, sí—repuso doña Luz con creciente exaltación—, conozco al asesino...

—Me aturdes, hija mía.

—Y más os aturdiréis cuando yo pronuncie el nombre del criminal.

—Pero si tanto sabes...

—Sé quién es ese desgraciado desde el momento que lo vi.

El señor de Guzmán fijó en su hija una mirada de asombro.

—¿No has perdido el juicio?...

—Por desgracia del criminal, conservo sana mi razón.

—Y si al herido conocías...

—He debido callar, y he callado.

—Tal vez, hija mía; pero si para todo el mundo guardabas el secreto porque había razones que así lo exigían, á mí...

—Nada os he dicho, porque al hacer la acusación quería presentaros las pruebas, y hasta hoy no las he tenido. Mi convencimiento no bastaba, porque hubiérais dudado; pero ya habéis visto y no dudaréis.

—¿Qué he visto!... Nada nuevo, nada de particular.

—Sí.

—Te equivocas.

—No.

—Hija mía, si no has perdido la razón...

—Tampoco se ha trastornado la vuestra.

—Pues mi entendimiento se ha oscurecido.

—Escuchadme con calma.

—Acaba, que la ansiedad me hace sufrir.

Sombria se tornó por un momento la mirada de doña Luz.

Acercóse más á su padre, y con grave tono le dijo:

—El criminal es...

—Su nombre, su nombre.

—Don Juan de Guevara.

—¿Luz!... ¿Luz!... ¡Por Dios vivid!... Tú estás loca... ¡Ah!... Hija mía, no sabes lo que acabas de decir.

—Sí lo sé—repuso con calma la joven.

—¿A don Juan de Guevara acusas!

—Porque es el criminal.

—¿Vive el cielo!... La ofensa que acabas de hacer al señor de Guevara puede sólo perdonarse si has perdido el juicio.

—Tampoco su crimen merece perdón, porque no está loco.

—¿Misericordia divina!... ¿Qué es lo que sientes?... No lo sé.

Y violentamente agitado púsose en pie don Luis y empezó á pasearse por la cámara.

—He prometido las pruebas, y las presentaré—dijo doña Luz.

—Sí, sí.

—Pero antes...

—Lo primero esas pruebas.

—¿Y no queréis saber?...

—Todo me lo dirás—interrumpió el caballero—; pero las pruebas, las pruebas, ¿Que don Juan es un asesino!... Te han engañado, hija mía, y el villano que así lo calumnia...

—Nadie me ha dado á conocer ese secreto.

—¿Tú lo has adivinado?

—Al ver al herido.

—No lo entiendo.

—Aquí ha estado el señor de Guevara, lo habéis llevado á la habitación del enfermo, y le habéis preguntado si lo conocía.

—Y ha contestado negativamente, como todo el mundo.

—Ha mentido.

—¡Vive el cielo!... Si no me presentas esas pruebas...

—¿No os habéis apercibido de la turbación de don Juan?

—Estaba afectado, horrorizado; como le hubiera sucedido á cualquiera.

—Estaba anonadado, poseído de pavor ante su noble víctima.

—¿Acabaráis, doña Luz?—replicó el caballero ásperamente y deteniéndose frente á su hija.

—Don Juan de Guevara—dijo la joven con reconcentrada voz y mientras el fuego de la ira iluminaba sus ojos—; don Juan de Guevara conoce al herido, porque el herido es...

—¿Quién, quién—gritó don Luis.

—El señor Antonio de Quirós.

—¡Ah!...

—El hombre á quien yo amo.

—¡Desdichado de mí!...

—Es el rival de ese miserable traidor...

—Era verdad que me engañaba... ¡Que Dios me asista!...

Y el señor de Guzmán, como si sus fuerzas se hubiesen agotado, dejóse caer pesadamente en el sillón.

Doña Luz se arrodilló á los pies de su padre, le cogió las manos, se las besó, y mientras que un torrente de lágrimas se escapaba de sus ojos, dijo con voz ahogada:

—Sí, he mentido... ¡Ah!... Perdonadme... En nombre de mi virtuosa madre, de vuestra amante esposa que desde el cielo nos contempla... Perdón, padre mío... Pero don Juan de Guevara es criminal, es un asesino.

No pudo entonces decir más doña Luz.

Y silencioso y sombrío quedó también el caballero.

Lo que sentían no tiene explicación.

Lo que pensaban no puede adivinarse.

Tan aturdido estaba don Luis, que no se daba con claridad cuenta de la situación.

Sufrió mucho al convencerse de que su hija había mentido, y no sufrió menos al encontrar

la prueba de que don Juan de Guevara era un asesino.

Y la prueba no daba ocasión á dudas.

La negativa de don Juan cuando le preguntaron si al herido conocía, era bastante para convencerse de que había cometido aquel crimen.

¡Y con semejante hombre quería el noble Guzmán que se casase su hija!

Horrorizábale la sola idea de que semejante unión se hubiese realizado.

Largo rato pasó, y por fin doña Luz rompió el silencio para decir:

—Padre mío, si el noble Quirós muere, me encerraré en una celda para llorar hasta que Dios tenga á bien poner fin á mi triste vida, y entre tanto, vos, cumpliendo con un deber sagrado, pediréis justicia para que se castigue al asesino ruin y cobarde del hijo del que fué vuestro mejor amigo.

—Sí, sí, justicia pediré y justicia se hará, ó dejaré de ser quien soy.

—Y si Quirós se salva y no queréis permitir que yo sea su esposa, también iré á llorar á un claustro y esperar mejores días.

—Y justicia se hará también.

—Pero si la vida salva el hombre á quien amo, no será menester que vos ni nadie pida para él justicia, porque valor le sobra para castigar á su cobarde enemigo, y dignidad y grandeza le sobran también para escupirle al rostro con el desdén profundo que el criminal merece.

—Basta, basta, doña Luz, basta.

—Padre mío...

—Dejadme ahora, dejadme... ¡Oh!...

Y don Luis se oprimió las sienes y quedó inmóvil.

Púsose en pie doña Luz y salió de la cámara, retirándose á la suya, porque necesitaba estar sola para reflexionar y apreciar su crítica situación.

Lo mismo hubiera querido hacer don Luis; pero en aquellos momentos sus ideas se acumulaban, eran confusas y no podía discurrir con acierto.

Una hora pasó antes de que el caballero pudiera recobrar la calma en cuanto era posible que la recobrara para meditar.

Al fin coordinó sus ideas y sus recuerdos.

No le quedaba duda de que don Juan de Guevara era el autor del crimen, pues de otro modo no se explicaba que hubiese dicho que no lo conocía.

Todas las circunstancias lo probaban así; la de ser rivales aquellos dos hombres y la de haber sufrido el traidor una gravísima ofensa cuando fué desarmado por el otro y tuvo que huir sin que le fuese posible provocar un duelo.

Don Juan de Guevara debía odiar profundamente á Quirós, y debía suponerse que no pudiendo hacer otra cosa, apeló á la alevosía para vengarse.

Lo que sufrió don Luis de Grzmán se comprende, teniendo en cuenta su honradez y su vanidad.

La sorpresa había producido el aturdimiento consiguiente; pero una vez que pasasen los efectos de aquella impresión, el padre de doña Luz volvería á ser lo que siempre había sido.

Le sobraba inteligencia, y en cuanto á su ternura paternal, ya sabemos que era infinita.

Por de pronto, no estaba dispuesto á perdonar á su hija por haberlo engañado; pero tampoco pensaba imponerle ningún duro castigo.

Muy detenidamente calculó todas las consecuencias de aquel suceso.

Hemos visto ya que don Luis no era un hombre vulgar, pues valía mucho en todos sentidos; tenía un gran corazón y una inteligencia nada común.

De su cámara salió con la tranquilidad aparente que convenía, y fué al aposento de la joven.

Encontrábase ésta en su reclinatorio, llorando y dirigiendo súplicas conmovedoras al Omnipotente.

Al ver á su padre se puso en pie.

—Señora—le dijo el anciano con grave tono—; no volveréis á entrar en la habitación donde el herido se encuentra, porque es vuestro amante y tenéis que respetar las leyes del decoro.

—Os obedeceré, padre mío.

—Y no mentiréis, no me engañaréis.

—Pero sí os suplicaré para que me permitáis verlo siquiera un instante cada día, mientras se encuentre su vida en peligro, y después determinaréis lo que bien os parezca.

—Os concedo esa gracia; pero os acompañaré cuando hayáis de verlo.

—Gracias, padre mío.

—En cuanto á lo demás, cumpliré lo que os prometí, y si Quirós se salva, nadie conocerá este secreto. Seguiré cumpliendo mis deberes, haciendo cuanto sea posible para que recobre la salud el hijo del que fué mi mejor amigo.

Y sin decir más, ni escuchar tampoco, salió del aposento don Luis y fué á ver al señor Antonio.

Empezaba éste á delirar y decía con la exaltación propia de su estado:

—Sí, don Pedro, ese hombre es un traidor... Yo pondría mi firma... Desconfiad... ¿Lo dudáis?... Así conseguirá el empleo que tiene solicitado... Yo haré dichosa á esa pobre niña... ¿Dónde está?... Consuelo... Mateo... Don Juan... sois un miserable... y la infeliz expiró con el alma llena de amargura... Don Pedro, yo no conspiro por ambición... ni vos tampoco, ni el conde... Don Juan es un traidor, un ambicioso que os ha vendido... Claro es que nada de esto lo sospecha don Luis... ¡Villanos!... Os pagan para que me asesinéis... ¡Luz, Luz de mi alma!... La justicia del rey! Mirad á esos infelices... El príncipe... No, no vale bastante... ¡Cuánta sangre de inocentes!... Sangre aquí... sangre allí, sangre... En sangre vas á morir ahogado... Declaramos que para... No, no, porque entre caballeros basta la palabra... Os empeñáis... El conde ha firmado; pero yo no firmaré... Don Juan es un traidor... Guardad ese papel, porque Dios lo ha puesto en vuestras manos para defender la honra de vuestra hija... Mirad, don Pedro... El señor Felipe... También sois un miserable... Tenéis más valor que don Juan... ¿Qué me importa?... Es ruin vuestra alma... ¡La justicia!... Algún día triunfará... ¿No quieres que te llamen justiciero?... Lo veremos... ¡Luz de mi alma!...

Otra vez se agotaron las fuerzas de Quirós.

Cerráronse sus ojos.

—¡Dios mío!—exclamó don Luis.—¿Qué significan las palabras de este hombre?... Una conspiración, y todos esos nombres que ha pronunciado... ¡Oh!... Preciso es poner en claro este misterio.

Desde aquel día, don Luis debía estar atento como nunca, con la esperanza de que el señor Antonio revelase el secreto durante sus delirios.

Pocos minutos después se presentó el alcalde, á quien el asunto había empezado á interesar por lo raro de sus circunstancias.

—¿Hay novedad?—preguntó.

—Ninguna—le respondió don Luis.

—¿Os ha visitado hoy algún amigo?

—Don Juan de Guevara.

—Supongo que le habreis referido el suceso.

—Sí, y ha visto también á este desgraciado.

—¿Lo conoce?

—Asegura que no.

—Tampoco declara satisfactoriamente el preso; de manera que nos encontramos lo mismo que anteanoche.

—¿Y qué hareis, don Diego?

—Mandaré que á ese hombre le apliquen algunas cuñas.

—¿Y si resiste?

—Mi responsabilidad es mayor cada día; y como puede resultar que este hombre sea algún personaje, quisiera ponerme á cubierto, y así lo haré, dándole parte á su majestad para que determine lo que mejor le parezca.

—¿Y qué ha de hacer el rey?

—Probablemente nada.

—Entonces...

—Pero yo quedaré tranquilo cuando me diga que he cumplido mi deber.

—Lo más importante es la vida de este infeliz, y el médico dice siempre que no abriga esperanza de salvación.

Iba á responder don Luis; pero el señor Antonio abrió los ojos y exclamó:

—¡Cobardel...

El alcalde se acercó al lecho y se dispuso á escuchar con la atención que el caso requería.

El herido añadió:

—No lo dudeis, don Pedro; es un traidor don Juan; representa el papel de Judas, y os vende por un mísero empleo.

No tuvo por conveniente decir más.

El alcalde arrugó el entrecejo y murmuró:

—Don Pedro, don Juan... ¿Quiénes son?...

Ahora sí que estoy firmemente resuelto á ver al rey... Mi amigo don Luis, mucho cuidado con las palabras que pronuncie este hombre: guardadlas en la memoria, escribidlas... Habla de un traidor que se llama don Juan y que vende á uno que se llama don Pedro... Esto es incomprensible, y sin embargo, no puede dudarse de su gravedad.

—No adivino lo que significa.

—Yo tampoco.

Pensativo quedó el alcalde.

Después de algunos minutos volvió á inclinarse sobre el lecho, haciéndole preguntas al herido; pero éste no respondió.

En vano esperó el severo juez por espacio de más de una hora, pues el señor Antonio seguía siempre aletargado.

Así, cuando menos se esperaba, y por circunstancias imprevistas, se complicaba la situación.

Tal vez el señor Antonio iba á quedar gravemente comprometido si salvaba la vida, porque era posible que durante los momentos del delirio dijese en presencia del alcalde lo que más le convenía callar.

Poco hablaron ya don Diego y don Luis.

El primero recomendó nuevamente al segundo que escuchase y guardase en la memoria cuantas palabras pronunciase el herido, y se despidió y salió prometiendo volver aquel mismo día.

No necesitaba recomendaciones don Luis para escuchar atentamente, pues más interesado que nadie estaba en poner en claro el misterio.

Junto al lecho se sentó, quedando inmóvil y entregándose á las reflexiones más tristes.

Veamos ahora lo que hizo don Juan de Guevara.

CAPITULO LVI

EL CINISMO DE DON JUAN

Sabemos ya que el traidor había salido trastornado profundamente, poseído de pavor, desesperado y maldiciendo su estrella.

El golpe había sido, no solamente demasiado rudo, sino inesperado, y por consiguiente los efectos debían ser sumamente terribles.

A los pocos pasos de la casa tuvo que detenerse y apoyarse en la pared, porque sus fuerzas se habían agotado.

—¡Maldición! —murmuró sordamente. —¡No ha muerto!... Y se salvará, y luego... ¡Oh!... ¿Qué será de mí?... ¿No acabo de cometer una torpeza?... Tal vez... Si mi rival no muere, cuando diga su nombre... ¡Que el infierno me trague!

Don Juan se retorció las manos desesperadamente.

Empero con los arrebatos de la ira no podía mejorar su situación, y lo que le convenía por de pronto era adoptar una resolución que lo pusiese á cubierto de nuevos golpes.

¿Qué le era posible hacer en aquellos momentos?

Para nada le servía entonces su astucia, pues estaba ofuscado.

¿Volvería á la posada ó á la hostería?

Igual era que hiciese lo uno ó lo otro; pero dudó, como si de esto dependiese la salvación de su vida.

Después de algunos minutos de vacilaciones, decidió irse á la posada, porque creyó que mae-

se Bonifacio había de conocerle en el semblante la causa de su profundo trastorno.

Siempre con pasos inseguros y por el camino más corto encaminóse á la posada.

¡Qué cambio en tan pocos minutos!

Cuando se dirigía á la morada de don Luis considerábase don Juan la más feliz de las criaturas, y poco después sufría horriblemente.

Sus miradas eran recelosas.

Como nunca, sentía ese terror que se apodera del criminal después que ha consumado el crimen.

Cuando nuestra conciencia no está tranquila, creemos que nuestro semblante nos va á delatar como si en nuestra frente estuviese escrito lo que pasa en nuestra alma.

En la posada entró don Juan, encerrándose en su aposento y sin contestar al huésped, que le preguntaba si quería comer.

Allí volvió á meditar.

Para considerarse completamente seguro habría tenido que salir de España; pero esto no hubiera podido hacerlo sin verse muy pronto en la miseria y con un porvenir el más espantoso.

Cuanto más cavilaba, más se convencía de que su salvación dependía de muchas casualidades, de circunstancias que él no podía cambiar.

Tenía, pues, que resignarse, aceptando aquella situación y esperando los sucesos con el temor constante de que se descubriesen sus crímenes.

Después de una hora, y más que para satisfacer su apetito, para recobrar las fuerzas, tomó algún alimento.

Luego mandó ensillar su caballo y salió de Madrid, tomando el camino del Escorial.

A medida que pasaba tiempo se despejaba su cabeza.

Volvió á pensar en la torpeza que había cometido al negar que conocía á Quirós; pero se tranquilizaba con que al echarle en cara esta mentira, podría defenderse diciendo que como Quirós estaba lívido y desfigurado, y no lo había visto más que una sola vez en su vida, no pudo reconocerlo.

Más temibles eran los asesinos que le habían ayudado y que cometían todos los abusos imaginables, pues estaba visto que Medio-Beso, á pesar de que se envanecía con su lealtad, era capaz de todo si había de ganar algún dinero.

Al Escorial llegó el señor de Guevara, y sin descansar, ni siquiera detenerse para preguntar

lo que allí sucedía, se fué en busca de don Pedro de Carvajal.

Este lo recibió fríamente, y le preguntó:

—¿Qué os ocurre?

—A vos acudo, mi buen amigo, confiado en vuestra generosidad.

—Pues ya sabéis que yo no soy generoso—respondió don Pedro con aspereza.

—Sin embargo, aún nos unen lazos que no podemos romper fácilmente, y lo mismo está en nuestra mano hacernos mucho mal que mucho bien.

—No os entiendo.

—Puedo seros útil, prestaros grandes servicios.

—¡Vos á mí!—replicó desdefiosamente el señor de Carvajal.

—¿Por qué os admiráis?

—Para nada os necesito, don Juan.

—Os equivocáis.

—Aunque pudiérais servirme, no me inspiráis confianza.

—Tenéis razón, soy un miserable. ¿Para qué he de negar lo que sabéis? Resuelto he venido á presentarme á vos tal como soy, y á deciros con franqueza lo que siento; pero en cambio habéis de hacer vos lo mismo. Así nos conviene á los dos, no lo dudéis, y si no queréis escucharme, peor para vos y para mí.

El cinismo de don Juan rayaba en lo inconcebible.

A don Pedro le convenía disimular, según le había aconsejado el señor Antonio, y se concretó á decir fríamente:

—Lo más beneficioso para los dos sería que no volviésemos á vernos.

—Pero es el caso que como estamos metidos en un negocio tan grave...

—He cambiado de opinión en vista de los peligros que nos amenazan, y ya no daré un solo paso en favor de los flamencos.

—Pero aquel maldecido papel que perdisteis...

—Seguro está.

—No somos de la misma opinión, porque yo cuento con las casualidades, con las coincidencias, con esos sucesos imprevistos que nos sorprenden y desbaratan los planes mejor combinados.

Mientras hablaba así el traidor, sonreía.

Hubiérase dicho que había recobrado por completo la calma.

—El documento—replicó el señor de Carva-

jal—no tiene vuestra firma, y por consiguiente nada tenéis que temer.

—Pero en cambio, otros sucesos me ponen en el mayor apuro, y como vos podéis favorecerme, me ha parecido que nos convendría hacer una alianza ofensiva y defensiva, pues de otro modo creo firmemente que más ó menos tarde iremos á parar á manos del verdugo.

Don Pedro fijó una mirada de profunda extrañeza en el que podía llamar su compañero, aunque no fuese su amigo.

—Cualquiera diría que os sorprendéis.

—Sí.

—No me explico vuestra sorpresa.

—Os entiendo menos cuanto más habláis.

—Torpeza mía debe ser para explicarme.

—O mía, don Juan.

—O de los dos, ó de ninguno.

—Pues continuad y veremos si consigo entender.

—Ante todo os referiré lo que ha sucedido en Madrid, y ya que no otra cosa, apreciaréis mi situación, lo cual es muy justo, pues yo conozco perfectamente la vuestra.

—Os escucho.

—No debe sorprenderos que yo aborrezca al señor Antonio de Quirós.

—Siendo vuestro rival...

—Y rival afortunado, como lo es vuestro Felipe.

—¡Oh!

—No encontrando otra solución, pensé lo mismo que vos pensásteis hace algún tiempo, y lo mismo que piensan cuantos aman y no consiguen que su pasión sea correspondida, porque se levanta el obstáculo de otro amor.

—Es decir, que pensásteis en que muriese el señor Antonio de Quirós.

—Sí.

—El deseo era natural.

—Y las aspiración muy justa.

—Y la realización muy fácil en teoría.

—Pero muy difícil en la práctica.

—Yo también quise quitarme el estorbo de mi afortunado rival, y faltó muy poco para que mis deseos se cumpliesen.

—No contásteis con el doctor.

—Y el señor Felipe de Maldonado se encuentra ya fuera de peligro, y á su lado está á todas horas María.

—Y más que nunca se aman.

—¡Por el infierno!... No sé lo que haré; pero es la verdad que así no puedo vivir.

—Empezamos á entendernos, señor de Carvajal.

—¿Y qué tiene que ver vuestra pasión con la mía?

—Mucho, y pronto os convenceréis.

—¿Habéis intentado matar á Quirós?

—Y busqué asesinos y los pagué con largueza.

—¿Y por qué no provocásteis un duelo?

—Mi rival me amenazaba, ya lo sabéis, porque conoce el secreto de la conspiración y algún otro de mucho interés.

—Don Juan—replicó don Pedro, fijando una mirada intensa en el traidor—, habéis prometido decir la verdad desnuda.

—Y lo cumpliré.

—Mal principiáis.

—Pues bien, si al señor Antonio de Quirós no provoqué, es porque me falta valor para arriesgar la vida.

—Ahora sois franco—dijo desdeñosamente don Pedro.

—Los asesinos dieron el golpe frente á la casa de don Luis de Guzmán.

—¿Cuándo?

—Anteanoche.

—¿Y murió el señor Antonio?

—Quedó gravemente herido, y no pudieron acabar de matarlo porque se presentó una ronda.

—¿No habíais contado con eso?

—Sí, con la justicia conté; pero no creí que tan á tiempo llegase.

—¿Y luego?

—También acudió don Luis, y en su casa acomodaron al herido, que unas veces delira y otras está sin conocimiento, y que morirá muy pronto, según el médico opina.

—También el doctor Olivares se ha equivocado.

—Y temo que por mi desgracia se equivoque el que cura al señor Antonio. Ello es que vive y que no han encontrado quien lo conozca.

—Y doña Luz...

—Guarda el secreto, porque no le conviene decir que aquel hombre es su amante.

—Comprendo.

—Y esta mañana visité á don Luis, ignorando que en su casa se encontraba mi rival.

—Y habéis puesto en duda...

—He cometido la torpeza de decir lo que todo el mundo, que no conozco al herido.

—Sí, ha sido una gran torpeza.

—Todos las cometemos.

—Pero vos, tan previsor y astuto como sois...

—Me aturdí.

—De manera que ahora...

—Hay más, don Pedro.

—Vuelvo á escucharos.

—A uno de los asesinos lo cogieron y está en un calabozo.

—Eso es lo peor.

—Aun no ha declarado; pero ¿quién sabe lo que hará?

—En mala situación os encontraréis, señor de Guevara.

—En la más horrible.

—¿Y qué pensáis hacer?

—Me fui del Escorial diciendo que me era preciso arreglar en Segovia algunos asuntos urgentes.

—Pero si en Madrid os ha visto el señor de Guzmán...

—Hoy, es decir, dos días después del suceso, y le dije que esta mañana llegué.

—Algo es algo.

—En caso de apuro, me sería preciso justificar que en Segovia estuve.

—¿Y es para eso para lo que necesitáis mi ayuda?

—Sí, para eso y lo demás que me convenga.

—Y en cambio me prometéis...

—Emplear toda mi astucia, todo mi ingenio y toda mi maldad hasta conseguir que el documento que tanto os compromete vuelva á vuestras manos.

—Tal vez eso sería una desgracia.

—¡Una desgracia!...

—Sí.

—No comprendo...

—Haré suposiciones, don Juan.

—Como bien os parezca.

—Pues supongamos que otra vez se le antoja al rey mandar que me registren y que lo hace precisamente cuando en mi poder se encuentre el documento.

—Ese mal se remediaría muy fácilmente.

—¿Cómo?

—Rompiendo el papel apenas esté en vuestras manos.

—¿Y si no me dan tiempo?

—Poco se necesita para romper un papel.

—¿Y los pedazos? Mientras no se destruyan...

—Exageráis, don Pedro.

—Debo pensar en todo lo que es posible.

—Pero no es posible que dos veces haga el monarca lo que una os puso en tan grave conflicto.

—Supongamos también que entre nosotros hay un traidor, y esta suposición, don Juan, es muy acertada.

—Pues bien, yo rompería el documento, y para vuestra satisfacción os entregaría solamente el pedazo en que está vuestra firma.

—No es mala idea.

—Nos pondríamos de acuerdo, trabajaríamos, y...

—Escuchad—interrumpió Pedro.

Y como si meditase, inclinó la cabeza, medio cerró los ojos y quedó inmóvil.

Pasaron algunos minutos.

Muy ansiosamente esperaba el traidor.

Por fin el señor de Carvajal levantó la cabeza.

Desplegó una irónica sonrisa.

Miró á don Juan, y le dijo:

—Ya tengo el plan combinado.

—¡Ahl...

—Las manos del verdugo están muy cerca de nosotros.

—Ciertamente.

—Vos tenéis un enemigo muy temible, que es Quirós.

—Y vos otro, el doctor Olivares.

—Así como Quirós es mi amigo...

—¡Vuestro amigol...

—Y amigo vuestro es el doctor.

—¡Amigo mío!...

—Don Juan, tengamos paciencia, esperemos, y si sucumbimos... Entonces acabarían nuestras penalidades... De todas maneras hemos de morir algún día.

—Pero...

—En presencia del mundo seremos los mejores amigos; pero en realidad nos odiamos.

—¡Don Pedro!...

—Somos dos miserables; pero vos sois más ruin que yo, mucho más ruin, porque sois traidor, porque estáis representando el papel de Judas...

—Caballero...

—Salid—gritó el señor de Carvajal.

Y se puso en pie, apretando los puños y lanzando una terrible mirada á don Juan.

—Lo que éste sintió no puede explicarse.

Ni siquiera intentó defenderse.

Sin darse cuenta de lo que hacía, salió del aposento y luego de la casa.

—¡Oh!—murmuró sordamente... Me ha conocido... Peor para él... Cerca de mí está el verdugo; pero antes ha de rodar su cabeza.

El resultado de aquella conversación no había podido ser más extraño.

Cuando á su morada se retiraba don Juan, el alcalde llegaba á la pequeña población. Lo acompañaban cuatro algaciles.

CAPITULO LVII

DE CÓMO EL ALCALDE TUVO QUE REFERIR CUATRO VECES LO SUCEDIDO

Se ocultaba ya el sol.

El alcalde no quiso perder un momento, porque el asunto le parecía demasiado urgente, y después de mandar que cuidasen con esmero de su mula de paso, salió de la posada con dos de los alguaciles y se encaminó primeramente á la morada de Felipe II.

Había salido éste á dar un paseo y no debía volver hasta que acabase de ocultarse el sol.

Así se lo dijeron al buen alcalde, advirtiéndole que aquella hora no era la más á propósito para ver al monarca.

—Está bien—replicó don Diego—; pero por si acaso aguardaré, y su majestad determinará lo que tenga por conveniente.

En la habitación donde estaban algunos caballeros de la servidumbre se sentó el alcalde, viéndose obligado á contestar á las muchas preguntas que le hicieron sobre lo que en Madrid sucedía, y oyendo también relatar los sucesos horribles que allí tenían lugar entonces á consecuencia del motín.

Desaparecieron los últimos rayos del sol.

Resonaron las campanas con el toque del *Angelus*.

Rezaron todos muy devotamente, y cuando entablaron de nuevo la conversacion llegó el gran rey.

Para entrar en su cámara debía pasar por donde se encontraba don Diego.

Este se había puesto en pie.

Aún no había en el aposento más luz que la débil claridad del crepúsculo.

Felipe II se presentó seguido por el príncipe de Eboli, don Pedro de Carvajal y otros cuatro caballeros.

Sin volver la cabeza miró á uno y á otro lado el sombrío monarca.

Apenas conocía al alcalde, puesto que no lo había visto más que dos ó tres veces, y sin embargo se detuvo un momento, volvióse y dijo:

—Bien venido, don Diego... Teníais necesidad de hablarme, ¿no es verdad? Venid, que para hacer justicia todas las horas son buenas... Dejadme vosotros.

Y sin pronunciar una palabra más, acabó el rey de atravesar el aposento.

El alcalde lo siguió.

Llegaron á la cámara, donde ya habían encendido una bujía, única luz que quería el monarca en aquella noche de estío.

Medio aturdido se sentía el alcalde, porque ni esperaba que aquella noche lo recibiese Felipe II, ni mucho menos que lo conociese sin mirarlo apenas, y en un sitio donde la luz era muy escasa.

El rey se sentó, se quitó el sombrero, y como distraídamente lo dejó sobre la mesa y en tal sitio, que la sombra la proyectaba sobre su rostro.

Así podía ver muy bien y sin ser apenas visto.

Esta costumbre la tenía Felipe II, colocándose á la sombra siempre que le era posible, de manera que muy difícilmente se observaban las contracciones ó dilataciones de los músculos de su rostro.

No necesitaba adoptar esta precaución, pues siempre tenía aquella máscara de hiel á través de la que era imposible que ninguna mirada penetrase para adivinar los sentimientos que agitaban el espíritu.

Don Diego quedó en pie, inmóvil y con la mirada fija en el suelo.

Transcurrieron algunos minutos.

El monarca rompió el silencio para decir con reposado tono:

—Supongo que se ha cometido un crimen demasiado horrendo, ó que por sus circunstancias tiene algo de extraordinario.

—Las dos cosas, señor.

—Pues referid lo sucedido, sin ningún comentario, y luego me dareis á conocer vuestra opinión, haciendo todas las suposiciones y deducciones que bien os parezcan.

—Anteanoche rondaba yo por la calle de Convalecientes y sus alrededores, cuando me pareció oír ruido de espadas. Corrimos, y al llegar á la Cuesta de Santo Domingo, resonó un la-



mento que bien claramente decía lo que significaba, y á favor de la luna pudimos distinguir á un caballero que caía herido después de haberse defendido de tres ó cuatro criminales frente á la casa de don Luis de Guzmán.

—Frente á la casa de don Luis de Guzmán—murmuró Felipe II como si hablase para sí.

—Y á pocos pasos de distancia.

—Proseguid.

—Acometimos á los criminales, dándoles la voz de ¡alto! en nombre de vuestra majestad. Huyeron cuesta abajo, y los corchetes los persiguieron. Al mismo tiempo salió de su casa don Luis, blandiendo la espada, porque, apercibido de que un hombre se defendía de tres, quiso socorrer al caballero. Tarde llegaba, lo mismo que nosotros. Examinamos detenidamente al que en tierra estaba. No lo conocíamos, ni lo habíamos visto nunca. Vestía con sencillez, con mucha sencillez, pero con riqueza, y su aspecto era el de un hombre distinguido. Latía su corazón, y esto nos dió alguna esperanza de salvarlo. Llamó á sus criados don Luis, mandó que corriesen en busca del médico, y á su casa se llevó al herido, desnudándolo y restañando la sangre de su herida que á un lado de la espalda tiene. El médico fué, lo reconoció y aseguró que solo milagrosamente podría salvarse.

—¿Tampoco lo conoces?

—Tampoco, señor.

—Está bien—dijo el monarca con su tranquilidad inalterable.

Y cambió de postura y volvió á fijar su penetrante mirada en don Diego.

Este continuaba en actitud respetuosa.

—Registré la ropa del herido, y no encontré más que una bolsa con cien escudos en monedas de oro y seis ducados en plata.

—Parece que es rico.

—Los corchetes consiguieron apoderarse en la calle del Tesoro de uno de los que huían, y que es uno de esos desalmados criminales de oficio que por desgracia abundan en la corte.

—¿Qué ha declarado?

—Que casualmente pasaba por allí, y que al ver que otros corrían perseguidos por la justicia huyó también para evitar que lo confundiesen con los criminales.

—¿Y el herido?

—Cuando no está aletargado delira.

—¿Quién lo ha visto?

—Muchos amigos de don Luis y otras perso-

nas á quienes yo he mandado que lo vean; pero nadie lo conoce, nadie recuerda ni siquiera haberlo visto.

—¿No ha mejorado?

—Nada, señor; su herida está lo mismo, y siempre la fiebre lo devora.

—Durante el delirio debe hablar.

—Sus palabras no tenían ninguna importancia; pero esta mañana ha dicho algo que me parece grave.

—Repetidlo.

—He aquí una por una sus palabras, que guardo en la memoria: "don Pedro, no lo dudeis, don Juan es un traidor que os vende."

Si en la sombra no hubiese estado envuelto el rostro del monarca, se le hubiera visto sonreír levemente.

La sonrisa de Felipe II era un síntoma terrible, como que muy cerca de su sonrisa, según decía el historiador Cabezas, que lo conoció, estaba su cuchillo.

—Don Pedro habéis dicho, ¿no es verdad?

—Sí, señor.

Volvió á cambiar de postura el monarca, añadió:

—También habeis dicho don Juan.

—Ese es el nombre del calificado de traidor por el herido.

—¿No dijo más?

—Ni una sola palabra; pero don Luis apenas se separa del lecho, y bien sabe vuestra majestad que es muy escrupuloso para cumplir sus deberes.

—¿Habéis visto á doña Luz de Guzmán?

—Varias veces, y muy afligida, pues su sensible corazón...

—Comprendo.

—Me ha parecido que...

—Esperad—interrumpió el monarca.

Como una estatua quedó el alcalde.

Felipe II inclinó la cabeza, cerró los ojos y también quedó inmóvil.

Era indudable que había comprendido lo que significaban las palabras pronunciadas por el herido, pues con los antecedentes que tenía era imposible que se le ocultase que el don Pedro era Carvajal, y el don Juan era Guevara.

—¿Y el herido?

En cuanto á éste, nada pudo adivinar el astuto monarca.

¿Era uno de los que conspiraban en favor de los flamencos?

Así parecía, aunque también era posible que conociese el secreto de la conspiración sin tener parte en ella y que hubiera aconsejado á don Pedro que desconfiase del señor de Guevara.

De todas maneras interesaba mucho, muchísimo, averiguar quién era el herido.

Tampoco se le ocultó á Felipe II que algo y más que algo podía tener don Juan de Guevara que ver con lo del asesinato.

Aunque por otra cosa no fuese, habría que considerar á Felipe II como á un hombre extraordinario por la facultad que tenía de penetrar en el alma y conocer á las personas.

Sobre este punto nunca se equivocó, y así pudo tener aquel acierto prodigioso para la elección de aquellos que debían servirlo.

De muy buena gana hubiérase trasladado á Madrid para ver al herido; pero esto no podía hacerlo sin llamar la atención.

Pasó largo rato sin que ninguna palabra pronunciase, y al fin levantó la cabeza, miró á don Diego y le dijo:

—Otra vez vais á repetir el relato del suceso; pero no haréis mención de las palabras que ha pronunciado el herido y solamente daréis importancia á la necesidad de averiguar quién es.

El monarca hizo sonar una campanilla de oro que sobre la mesa tenía.

Se presentó un gentil hombre.

—Que venga don Pedro de Carvajal.

Al oír este nombre se estremeció el buen alcalde.

¡Se llamaba don Pedro el caballero á quien el rey mandaba entrar!

Como éste se encontraba en la antecámara, acudió inmediatamente.

—Oid—le dijo el rey—, porque se ha cometido un crimen y tal vez os sea posible ayudar á la justicia.

—Escucho, señor.

Otra vez refirió el alcalde punto por punto el suceso, y luego añadió:

—En gran apuro me pone lo de ser desconocido el desgraciado caballero, y para salir de este apuro ya no me queda ningún medio á que apelar.

—¿Habéis comprendido?—le preguntó el monarca á don Pedro.

—Sí, señor—, respondió éste.

—Creo que no hay en la corte persona que os sea desconocida, y, por consiguiente, convendría que viéseis al herido.

—Lo veré cuando vuestra majestad disponga.

—Al amanecer ó á la hora que os ofrezca más comodidad saldréis para Madrid y en mi nombre os presentaréis á don Luis de Guzmán.

—Antes de que amanezca partiré.

—Y volveréis inmediatamente para darme cuenta del resultado... Nada más, don Pedro; que Dios os acompañe.

—Soy el más fiel servidor de vuestra majestad.

Salió de la cámara el caballero.

Entonces dijo el rey:

—Don Diego, tendréis que molestaros en referir el suceso otra vez, suprimiendo también las palabras del herido.

—Señor...

—Esperad...

Volvió á resonar la campanilla y el gentil hombre de servicio se presentó.

—¿No ha venido don Juan de Guevara?—preguntó el rey.

—En este momento acaba de llegar y manifiesta el deseo de honrarse saludando á vuestra majestad.

—Que entre.

El criminal se presentó.

Nada de particular revelaba su aspecto.

—Escuchad—le dijo Felipe II—, porque tal vez os sea posible prestar un gran servicio á la justicia.

Con un si es no es de desconfianza miró don Juan al alcalde, y éste por tercera vez repitió el relato.

Escena más extraña no puede imaginarse.

Escuchaba don Juan y alguna vez, aunque muy ligeramente, palideció.

El rey lo miraba con atención profunda.

Grandes esfuerzos tenía que hacer el traidor para aparentar alguna calma.

Don Diego terminó el relato.

—¿Qué os parece?—le preguntó Felipe II á don Juan.

—Señor, no es nuevo para mí lo que acaba de decir don Diego.

—¿Cómo lo sabíais?

—Desde Segovia he tenido necesidad de ir á Madrid, adonde llegué esta mañana y visité á don Luis de Guzmán, pues vuestra majestad sabe que con él me unen...

—Sí, sí.

—Me habló del triste suceso.

—Y veríais al herido...

—Lo vi, pero no lo he conocido.

—Es extraño.

—Quizás por estar lívido, desfigurado...

—No puede estarlo mucho.

—Es posible que alguna vez me haya encontrado con ese infeliz; pero no recuerdo su semblante. Verdad es que para esto tengo mala memoria. Lo que sí puedo asegurar, sin temor de equivocarme, es que nunca se ha presentado en la corte ni frecuentaba los lugares donde pudieran verlo las personas de nuestra clase. Creo que ese hombre se encontraría en Madrid accidentalmente.

—Habéis hecho ya lo que yo deseaba que hicieréis.

—Señor...

—Retiraros y descansad, que debéis necesitarlo.

Se inclinó el señor de Guevara y salió.

—Este—decía el alcalde para sí—se llama don Juan, y mucho me equivoco ó tiene un alma ruin.

Esperaba el buen alcalde la resolución de Felipe II, pero éste agitó otra vez la campanilla y dijo al gentilhombre:

—Que venga el doctor Olivares.

Luego añadió dirigiéndose á don Diego:

—Referiréis el suceso otra vez sin suprimir nada, como á mí me lo habéis referido.

Empezaba á desagradarle al buen juez lo de tanto repetir la misma cosa, pero tenía que obedecer.

¿Para qué se necesitaba al médico, cuando allí no estaba el herido.

Esto era lo que no podía adivinar el alcalde.

Silenciosos permanecieron hasta que Olivares llegó.

Conocía éste á don Diego como á todo el mundo, y lo saludó con un movimiento de cabeza y una leve sonrisa.

—Doctor, escuchad—dijo el rey.

Por cuarta vez empezó el alcalde á relatar el suceso.

—¿Pensaba el monarca hacerle pasar así toda la noche?

Si uno por uno iba llamando á los cortesanos para que oyesen el tristísimo episodio, no acabaría en muchas horas.

Cuando repitió las palabras del herido, Olivares desplegó una muy leve sonrisa, y le dijo al monarca:

—He comprendido, señor.

—Me interesa la vida de ese hombre.

—Pues esta misma noche partiré, y al amanecer estaré en Madrid.

—Antes de partir me veréis.

—Entonces volveré dentro de dos horas.

—Sí.

Salió el médico.

—Acercaos—le dijo el rey al alcalde.

Este dió algunos pasos.

—Más—añadió Felipe II.

Don Diego obedeció, quedando junto al monarca.

Entonces éste dijo con la frialdad que hablaba siempre:

—Ya he averiguado quién es el asesino.

—¡Señor!...

—Y vos lo conocéis también.

Don Diego se sintió aturdido, y miró con asombro al monarca.

Este añadió:

—Las palabras que el herido pronuncie son un secreto de Estado...

—¡Ahl!...

—Y un secreto también lo que voy á deciros.

—Señor...

—Escuchad.

Frio sudor empezó á correr por la frente del alcalde.

Arrepintióse de haber ido al Escorial.

—Si el tormento no basta—repuso Felipe II, —ofreceréis dinero á ese desdichado que preso está, y haréis cuanto es imaginable para conseguir que declare quién es el autor del crimen. Hasta el indulto podéis ofrecer en mi nombre.

—¡El indulto!

—Solamente para los ejecutores del crimen.

—Entiendo, señor.

—Tomaréis las declaraciones sin asistencia del escribano.

—En ese caso...

—Nada se escribirá mientras yo no lo disponga.

—Así se hará.

—Y lo que ese hombre declare será también un secreto.

Don Diego se inclinó y siguió escuchando.

El rey añadió:

—Para que os sirva de gobierno, os diré que el asesino es don Juan de Guevara.

—¡Don Juan de Guevara!...

—El tiempo os probará que no me equivoco.

—¡Dios bendito!...

—Y nada más, don Diego, nada más.

—No es poco, señor, no es poco.

—¿Tenéis alguna duda para cumplir mis órdenes?

—Ninguna, señor.

—Justicia se hará.

—Pero tratándose de ciertas personas...

—La justicia es ciega, don Diego.

—Ciega debe de ser.

—Ahora descansad, y por la mañana temprano os volveréis á Madrid. No olvidéis que tienen muchísima importancia todas las palabras que pronuncie el herido.

—No lo olvidaré.

—Os felicito, porque habéis sabido cumplir vuestros deberes.

—Gracias, señor.

—Que Dios os guarde, don Diego.

—Y á vuestra majestad le dé salud para bien de la justicia.

El alcalde salió, y seguido de los dos alguaciles encaminóse á la posada, mientras decía:

—¿Por qué me he metido en este enredo?... Que Dios me ayude... ¡Un secreto de Estado!... No vivire con tranquilidad. Y asegura el rey que el asesino es don Juan de Guevara, y cuando lo asegura muy convencido debe estar. Ello es que el señor de Guevara pareció que estaba intranquilo mientras yo hablaba del suceso. ¿Y por qué desde luego no se le prende?... Y ha llamado también á don Pedro de Carvajal... No lo entiendo, no lo entiendo.

Se quitó el sombrero el alcalde y se limpió el sudor que por su frente corría.

Cuanto más pensaba en aquel endiablado negocio, más aturdido se sentía.

Grande era desde aquella noche su responsabilidad.

Llamábale la atención que ninguna advertencia le había hecho el monarca respecto á don

Luis de Guzmán, lo cual probaba que ninguna desconfianza le inspiraba éste.

A la posada llegó, cenando, porque le presentaron la cena.

Dió las órdenes necesarias para partir antes que amaneciese.

Se acostó; pero no pudo inmediatamente conciliar el sueño.

Entretanto conferenciaba el rey con el doctor Olivares.

No tenemos para qué repetir lo que hablaron, y que no fué mucho, porque el médico no necesitaba más que algunas indicaciones para comprender lo que pensaba y deseaba Felipe II.

Aquella misma noche tomó el camino de Madrid el doctor con su criado de confianza.

Antes de que la aurora desplecase su sonrisa, don Pedro de Carvajal partió también con cuatro criados.

Media hora después, el alcalde también partía seguido de los cuatro corchetes.

Ojeroso estaba don Diego y muy pensativo. Nada de particular le sucedió durante el viaje.

Cuando amanecía entró en Madrid el doctor.

Una hora después llegaba don Pedro de Carvajal que había caminado muy de prisa.

El alcalde no debía entrar en la corte hasta las once de la mañana, sofocado por el calor, preocupado siempre, y sin que le fuese posible tranquilizarse.

Felipe II había calculado como calculaba siempre, y el doctor Olivares debía secundarlo con admirable acierto.

No tenemos que decir que acrecentaban los temores de don Juan, pues sabía que era muy peligroso que en aquel asunto tomara parte el rey.

Iremos á la morada de don Luis de Guzmán para saber lo que allí sucedió.

FIN DEL TOMO SEGUNDO

V. Blasco Ibáñez

Argentina y sus grandezas

(Segunda edición)

La gran República Argentina, con su historia, sus costumbres, sus paisajes y su vida toda, aparece admirablemente descrita en este libro de incomparable belleza y de observación minuciosa y documentada. Blasco Ibáñez, el ilustre novelista español, no ha escrito de memoria. Recorrió todo el país argentino, desde las mesetas del Norte, bañadas por un sol tropical, hasta las comarcas del Sur que cubren los hielos antárticos. Visitó territorios que los mismos nacionales de otras latitudes desconocen, y á sus notas y apuntes de descriptor magistral y colorista, acompañó el documento gráfico, recogiendo millares de fotografías de todas las comarcas. Después de estos estudios, algunos de los cuales le ocuparon meses enteros, escribió su obra. Va en primer término la descripción del país argentino, la grandeza del territorio, sus montañas, sus lagos, sus ríos, la raza, el clima, la fauna y la flora, la agricultura, la ganadería, el comercio y el valor de la tierra. Sigue el estudio histórico de la Argentina de ayer, los conquistadores, los exploradores del Río de la Plata, la época de D. Juan de Garay, la vida colonial, la ciudad, el campo, las miserias jesuíticas, el virreinato y la independencia. Relátase después la Argentina de hoy, su organización definitiva, la política, el ejército, la marina, la educación, las ciencias, letras y artes, la prensa, el carácter argentino, la mujer, la beneficencia, la riqueza del país, los barcos, los ferrocarriles, la colonización y los extranjeros. Sigue una hermosa visión de lo que será la Argentina de mañana con el glorioso porvenir de aquel país floreciente y poderoso, que, así como avanza, acelera la velocidad de sus progresos. Y por último, como complemento de estos estudios de conjunto, va uno particular y especial de cada una de las provincias argentinas, con la impresión literaria del autor en su excursión por ellas, con su historia regional, su geografía, sus costumbres, su estadística y su producción.

Poco hemos de decir en cuanto á la parte material de esta obra, editada á todo lujo y sin escatimar ningún gasto. Su mejor elogio es rogar al lector que la examine en cualquier librería. Forma un volumen en folio de cerca de ochocientas páginas en papel couché, con millares de fotograbados en cobre. Fuera del texto van unas hermosas láminas en colores que, como todo el gráfico de la obra, son un modelo de estampación. Está encuadrada en piel, con oro y hierros especiales. Agotada la primera edición, hemos puesto á la venta la segunda al precio de **25 pesetas.**

Pedidos á la

EDITORIAL ESPAÑOLA AMERICANA,

Mesonero Romanos, 42, Madrid. Apartado núm. 376.

La libertad de la Cátedra.

Asalto de la Universidad de Madrid por la policía en 1884.

Esta obra del ilustre catedrático don Miguel Morayta, relata uno de los episodios más dramáticos de la vida universitaria española. Se lee con el mismo interés que una novela y con la misma emoción que un documento histórico. El asalto y clausura de la Universidad Central por la policía, las cargas en las calles, los sucesos del Noviciado y en la Facultad de Medicina, la prisión de los estudiantes, todos los hechos universitarios conocidos con el nombre de la Santa Isabel. Estudia su repercusión en provincias y en el extranjero; el movimiento escolar en Barcelona, con sus manifestaciones en las Ramblas; la agitación estudiantil en Valencia, Valladolid, Zaragoza, Salamanca, Santiago, Granada, Oviedo, Sevilla, Cádiz y en todas partes. Los telegramas y mensajes de los estudiantes italianos asociándose á la protesta de los estudiantes españoles. La dimisión del rector señor Pisa Pajares, y la actitud de los catedráticos. Velada. La que los escolares

madrileños intentaron celebrar en honor de Giordano Bruno y que fue suspendida por el Gobierno. La campaña periodística y la fundación del semanario escolar *La Universidad*. La censura eclesiástica con las pastorales de los obispos. La discusión parlamentaria iniciada por don Claudio Moyano, y en la que intervinieron, entre otros, los señores Comas, Pidal, Romero Robledo, Silvela, Villaverde, Cánovas, Sagasta, Canalejas, Montero Ríos, Moret y Castelar. El sumario seguido contra los estudiantes; la denuncia presentada por los catedráticos contra el coronel Oliver.

Por último, la definitiva conquista de la libertad de la Cátedra por la que había luchado denodadamente todo el Cuerpo escolar.

Esta interesantísima obra se vende al precio de 2 pesetas en todas las librerías.

Pedidos á la Editorial Española Americana, Mesonero Romanos, 42, Madrid. Apartado de correos 376.

90 —

73 —

32 —

21 —

05 —

115 —

25 —

95 —

50 —

25 —

100 —

25 —

455

100

575

PROLOGO DE EL ARTE DE LEER

Por EMILIO FAGUET, de la Academia Francesa, una de las obras más hermosas que se han publicado recientemente y que acaba de ponerse á la venta en todas las librerías.

"Se lee demasiado poco—decía Voltaire—; y, aun entre los que lo hacen para instruirse, la mayoría lee muy mal."

También un epigramista desconocido—al menos yo le desconozco—decía á principios del siglo XIX:

He aquí la suerte de los hombres:

Muchos los llamados y pocos los elegidos.

He aquí la suerte de los libros:

Muchos los deletreados y pocos los leídos (1).

De aquí se deduce que el saber leer constituye un verdadero arte. Pensando en ello escribió Sainte-Beuve que "la crítica no es más que un hombre que sabe leer y enseña á leer á los demás".

Pero ¿en qué consiste este arte?

He aquí una pregunta difícil de contestar.

Puesto que todo arte ha de definirse según el objeto que aspira á conseguir, debemos, antes de nada, preguntarnos por qué y para qué leemos.

¿Es para instruirnos? ¿Es para juzgar las obras? ¿O es, por el contrario, para simple deleite ó regocijo?

En el primer caso debemos leer lentamente; con la pluma en la mano, anotando todo cuanto nos enseñe el libro, todo lo que haya en él de desconocido para nosotros. Después debemos releer muy despacio cuanto hayamos escrito.

Se trata, por lo tanto, de un trabajo serio y grave, donde no hay otro placer que el de sentirse cada vez más instruido.

En el segundo caso, cuando se leen las obras para juzgarlas ó, dicho en otros términos, cuando se lee en crítico, también hay que leer lentamente tomando notas á cada momento é incluso sobre fichas ó tarjetas de índice.

Fichas relativas á la invención, á las ideas nuevas; referentes á la disposición, al plan ó especial manera con que el autor desarrolla su tema, é intercala en éste los pensamientos y las imágenes; fichas acerca del estilo y dominio del idioma; y fichas, por último, que se refieran á la diferencia ideológica entre el autor y el lector, acerca de su criterio comparado con el nuestro y el de su generación frente al de la nuestra.

De todas estas notas surge el concepto en que

(1) *Beaucoup d'appelés, peu d'élus.*

Beaucoup d'épelés, peu de lus.

debemos tener al autor, y ya sólo nos resta reunir, generalizándolas, las ideas particulares que hemos ido observando y anotando para hacer, si no un buen artículo, por lo menos un artículo que se pueda leer.

Sin embargo, hay que reconocer que este sistema tiene el inconveniente de enseñar á leer como crítico y no sirve para gozar con la lectura. Pero no por eso debemos destruir la afirmación de Sainte-Beuve. El crítico que no lee gozando con la lectura, es incapaz de enseñar á los demás ese placer.

Podrá enseñar á leer como crítico y, por lo tanto, no enseñará sino un placer muy relativo, algo seco y árido.

Recuerdo que pocos meses antes de su muerte, me decía Sarcey: "Estoy ya cansado de leer los libros para hablar de ellos. Esto no es leer, no es abandonarse á la lectura. Es reaccionar, leer uno en sí mismo en vez de leer al autor."

Tenía razón.

¿Para qué sirve la crítica? Para hacernos leer desde un punto de vista determinado.

Los artículos críticos son como introducciones ó prólogos de la obra criticada. Y algunos hasta sirven de algo.

Según que el lector haya leído ó no al autor, el crítico ejerce sobre él una influencia distinta, instándole á leer en la misma disposición ó á releer en otra nueva y desconocida.

En el primer caso dice: "¿Le enseña usted sobre esto?"; y en el segundo: "¿Ha pensado usted sobre esto?"

Del mismo modo que Bonald veía siempre las cosas y los seres bajo un triple aspecto y para el cual toda triada tenía siempre un agente intermediario, toda lectura se compone de tres personajes: el lector, el autor y el crítico.

El crítico es el intermediario; es un hombre que no sabe leer más que como crítico y sólo sabe enseñar, por lo tanto, lectura crítica.

Nada más lejos de mi ánimo que censurar esa clase de enseñanza; pero no obstante, al escribir esta obra me propuse todo lo contrario.

Es decir: enseñar el placer de la lectura. Que el lector aprenda el arte de leer como se aprende otro arte cualquiera, el de tocar un instrumento musical, por ejemplo, para obtener con ello la mayor cantidad de espiritual goce.

Pedidos á la EDITORIAL ESPAÑOLA AMERICANA, Mesonero Romanos, 42, MADRID

Precio del ejemplar, 2 pesetas.